

ANÉDOTAS DEL P. D'ALZON

ÍNDICE DE LA 3ª SERIE

TERCERA SERIE	1	Lección de tiro al conejo.....	19
Introducción.....	1	El arte de tratar con Dios.....	22
De paseo.....	2	Formación de caracteres.....	23
"Forma gregis" (<i>Modelo de la grey</i>).....	3	Amigo fiel.....	25
Sobre las amistades particulares.....	5	Las Vincas.....	27
Extraña valoración del arte.....	5	Los higos de Lavagnac.....	28
Sólidas virtudes.....	6	NOTA.....	30
Consejos a un neosacerdote.....	8		
Invitado en apuros.....	9	APENDICE	30
Víctor Cardenne.....	9	Oración fúnebre sobre el Padre Manuel d'Alzon ...	30
Víctor Cardenne "segundo".....	11	El perfecto gentilhomme.....	32
Cómo tratar a los niños.....	13	El verdadero sacerdote.....	33
Ocurrencia feliz.....	14	El religioso santo.....	35
El pozo de la Asunción.....	14	El Padre Pernet.....	39
Ambición contra lealtad.....	14	El Crucifijo.....	42
Superiores.....	16	El sentido común del Padre Pernet.....	42
La parte de Dios.....	17	Proyectos de panegíricos.....	44
Final de controversia.....	19		

TERCERA SERIE

El señor Galeran había cerrado la segunda serie de sus Anécdotas del Padre d'Alzon con el número 259 de Souvenirs que lleva la fecha del 30 de mayo de 1896. Su silencio se prolongó hasta el número 299 del 24 de abril de 1897. ¿Por qué este silencio de casi un año? Algún cambio de humor debió ser la causa. Los Souvenirs anunciaban la tercera serie de esta manera:

"Qué de veces hemos escuchado decir: los *Souvenirs* han dejado bruscamente de publicar las *Anécdotas* del Padre d'Alzon, ¿por qué?...

Nuestros deseos, nuestros suspiros, nuestros ruegos han finalmente vencido los "serios motivos" que condenaban a la oxidación una pluma de oro, digno instrumento de una memoria y de un corazón de oro.

...Tras un año de silencio, (el señor Galeran) realizó una amplia cosecha; ahora va a sembrar sin fatiga, sin parar, sin esperar otra recompensa que la de saberse acogido y apreciado tanto por los jóvenes como por los antiguos de la familia de la Asunción".

Pese a esta acogida reconfortante, la pluma del señor Galeran, aunque siempre alerta y siempre joven, perdía entusiasmo. Las Anécdotas de esta tercera serie se hacían a veces de rogar y tardaron dos años y medio en publicarse: la última apareció el 14 de octubre de 1899. Y sin embargo, las notas del señor Galeran, según sus afirmaciones, estaban lejos de agotarse. (Nota del editor).

INTRODUCCION

El Padre Emmanuel (Bailly) ha tenido a bien expresar el deseo de ver la reaparición de las *Anécdotas*. Lo ha hecho en términos tan benevolentes y tan afectuosos, y da la impresión de tomar tan a pecho esta publicación que, tras haber vacilado largo tiempo, retomo el lápiz y la pluma. Lo hago, no lo oculto, pese a ciertos motivos serios que deberían imponerme un silencio absoluto.

Creo necesario hacer preceder esta tercera serie de la siguiente introducción.

Nos queda una preciosa colección de escritos de nuestro Padre. Los archivos de la Congregación poseen discursos, conferencias, tratados sobre la vida espiritual, un buen número de artículos de periódicos y de revistas. Además existe una parte bastante considerable de su correspondencia.

Todos esos documentos forman un conjunto de considerable valor. Nos dan a conocer la inteligencia, la fuerza de penetración, la seguridad de su intuición, el profundo conocimiento de los hombres, la grandeza de alma y la amplitud de corazón de un hombre eminente.

Y sin embargo, hay que decir que cuando un hombre hace un discurso o entrega a la imprenta los pensamientos que su pluma ha redactado, no lo hace sin cierta preparación. Está más o menos en guardia, se vigila, y por otra parte ¿no es bueno que así sea? Si bien hay mayor abandono y descuido en la correspondencia, sobre todo íntima, también ahí hay una prudencia instintiva que impone cierta reserva.

Para conocer a fondo el carácter de un hombre, hay que sorprenderle y captarlo en sus revelaciones repentinas y espontáneas, trátase de un impulso, una efusión, una palabra, un grito; a veces de una sentencia breve, enérgica, que cae de repente de sus labios; de un rayo de luz, brillante y cálido, saliendo del corazón como de un fuego; de una reflexión súbita, un movimiento de entusiasmo, de admiración, de amor... ¿qué sé yo?

En esos momentos de abandono es cuando el alma sale y se confía. Entonces es cuando los sentimientos de un corazón bien formado saltan al exterior con todas sus fuerzas, en toda su limpidez. Entonces es cuando el espíritu de un hombre se deja captar como realmente es.

Estas son las consideraciones que nos convencen para que comuniquemos a los hijos del Padre d'Alzon algo de esos felices momentos de intimidad que nos han permitido gozar de la expansividad de una grande y hermosa alma.

El número de los mayores, de los discípulos de la primera hora, disminuye; son cada vez más raros los que han conocido al Padre; no es bueno que las olas del tiempo, rodando rápidamente hacia los insondables abismos del olvido, se lleven con ellas los menores detalles de una vida ilustre que es nuestra gloriosa herencia.

¿Acaso los más jóvenes no tienen el legítimo derecho a poseer todas las informaciones capaces de darles a conocer a un Fundador que debe ser su modelo? ¿Y los antiguos han de guardar enterrados en el fondo de su memoria los recuerdos que pertenecen al tesoro de las tradiciones asuncionistas?

Un cofre rico está lleno de piedras preciosas y raras, variables en brillo y en dimensiones. ¿Podemos decir que las más pequeñas, las que no tienen ni la deslumbrante belleza de los rubíes, ni el titilante brillo de los diamantes, no contribuyen al efecto del conjunto?

El historiador de Manuel d'Alzon dirá las cosas importantes de esta maravillosa y santa vida. En cuanto a nosotros, nos corresponde algo más modesto, entregar nuestros recuerdos, contando con sencillez lo que hemos visto, oído y observado.

Esta tercera serie contendrá confidencias que no tendrán para los demás -muy probablemente- el interés que tienen para el narrador. Harán bien en tomarlas como simples añadidos a las *Notes et Documents*¹; así, en el momento de la selección resultará fácil ponerlas aparte.

H.-D. G.

De paseo

Era en 1849, el primer jueves del mes de mayo. Los alumnos del colegio habían salido para todo el día, menos un grupito del que yo formaba parte. Me apresuro a señalar que si nos habíamos quedado era fruto de nuestra voluntad, no de un castigo.

Por la tarde, hacia el anochecer, el Padre vino a buscarme para que le acompañara a dar un paseo y rezar con él el Breviario. Después de haber seguido la carretera de Saint-Gilles, hasta divisar el pueblo de Caissargues, tomamos el camino angosto que serpentea a través de los campos hasta dar con el *Prado de los Anèdes*.

La tarde era espléndida, el sol aún alto sobre el horizonte, el cielo puro, el aire en calma; en la tierra todo resplandecía de vida, de frescura, de alegría. Una brisa ligera, acariciadora, ondulaba graciosamente a nuestro paso, a lo largo de las vallas verdeantes, las tiernas ramas del marjoleto, cargadas de flores blancas cuyo perfume nos llegaba en suaves oleadas. En los grandes sauces, a lo largo del riachuelo, los pajarrillos gorjeaban; mil mariposas de ricos colores revoloteaban de flor en flor, entre los arbustos verdes o entre los botones dorados de las margaritas de las que el césped estaba suntuosamente sembrado.

Estábamos en Laudes, en el *Benedicite*. El Padre, parándose de repente, impresionado por el hermoso espectáculo de la naturaleza, levantó los ojos al cielo exclamando:

- ¡Dios mío!, ¡qué hermoso debe ser tu cielo, cuando tu tierra es tan bella!; las flores se abren bajo tu mirada; los pájaros te alaban con sus cantos; los insectos zumban para darte gracias. ¿Sólo el hombre se niega a cantar su *Benedicite* o lo

¹ Notas y documentos recopilados por el Padre Emmanuel Bailly con el fin de que sirvieran para escribir la historia del Padre d'Alzon y de sus obras. Bonne Presse, Paris, 1894-1910, 5 volúmenes. Ver también nota en página 179 (nota del traductor).

canta mal cuando consiente en hacerlo? Los malvados te olvidan, no ven la mano que ha adornado tan ricamente la tierra. ¿Pero acaso los buenos, te alaban como mereces?

Luego volviéndose hacia mí:

- Niño, me dijo, apliquémonos a alabar bien a nuestro Dios. No dejemos que el sol, las plantas, las flores, los pájaros nos ganen en himnos de alabanza, en agradecimiento mudo o acentuado. Nosotros tenemos un corazón y una lengua: un corazón para sentir y una lengua para expresar lo que sentimos....

Terminada la recitación del Breviario, el Padre me comunicó este pensamiento:

- Al recitar los salmos hemos hablado a Nuestro Señor y Nuestro Señor nos ha hablado. Estas conversaciones de corazón a corazón -más íntimas aún en la meditación- me han impactado siempre como un aperitivo de las alegrías del cielo. Tú, quizá no lo sabes, niño, pero te puedo asegurar lo difícil que es predicar sobre el cielo. ¡Pues bien! cuando quieras tener una preguetación de lo que es el cielo, aunque en cantidad ínfima, ponte directamente en contacto con Nuestro Señor. Pídele, en la oración o la meditación, una de esas conversaciones íntimas, de una suavidad inexpressable, que concede a quienes le dicen con fe y amor: *Loquere Domine, quia audit servus tuus!* (*¡Habla Señor, que tu siervo escucha!*). No oírás su voz, no es necesario; sentirás todo tu ser penetrado, lleno de una dulzura, de un perfume del que nada en el mundo puede dar idea. Le sentirás, a él, cerca de ti; experimentarás el santo estremecimiento causado por su presencia divina; dirás como Pedro en el Tabor: *Domine bonum est nos hic esse!* (*Señor, bueno es estarnos aquí*). Los grandes santos han sido arrebatados en éxtasis por la intensidad de esta delectación. Supón ahora una conversación así, prolongada durante horas, días, semanas, años, en una progresión ascendente, sobre el principio de que "toda fuerza constante es por su naturaleza aceleradora, ya que se añade constantemente a sí misma"; todavía no será el cielo, pero te harás una idea de lo que debe ser el cielo...

Estas efusiones espontáneas de nuestro Padre me han causado mayor bien que muchas largas lecturas espirituales. Su recuerdo es todavía tan vivo que su solo pensamiento enciende en mi corazón el entusiasmo que me hacía estremecerme, en los lejanos días de mi infancia, mientras el Padre esparcía así ante mí la unción de su hermosa alma. Él había disfrutado de aquellos maravillosos coloquios con Nuestro Señor.

"Forma gregis" (Modelo de la grey)

Nos quedamos asombrados ante la alta estatura moral del Padre d'Alzon como ante aquellos monumentos antiguos, cuya grandiosa majestad ha hecho creer que habrían sido construidos por genios y no por hombres.

El fundador de la Asunción es la obra de la gracia divina que ha querido suscitar entre nosotros un gran carácter. En un discurso magistral, Monseñor de Cabrières caracterizó así la actividad del Padre d'Alzon: "Era a veces como el corcel impaciente por devorar el espacio y que tasca el freno bajo la mano de quien lo gobierna...".

Quisiera comentar las elocuentes palabras de nuestro hermano mayor con la ayuda de algunos recuerdos y de mis impresiones. El ánimo guerrero de Manuel d'Alzon le habría colocado a la cabeza de batallones armados. Despreciaba el miedo, nunca huía ante la punta de la espada. Mezclada a los sonidos de las trompetas, su voz era: ¡Adelante! ¡Adelante!

Su grito de guerra se ha articulado en una forma vibrante y se ha tornado: *¡Adveniat Regnum Tuum!*

Hoy son numerosas las bocas que lo repiten; son valientes los corazones de los soldados de la Asunción que continúan la batalla bajo la influencia de su valeroso espíritu.

Como cualquier gran jefe que tiene una misión que cumplir, Manuel d'Alzon se había trazado un plan de ataque; las líneas son valientes, la táctica audaz, la estrategia sabia y combinada con una rara sagacidad.

Si tenemos en cuenta el modo de comprender las astucias del enemigo, la elección de los medios, la audacia de los ataques, la increíble rapidez de movimientos que distinguen a la Asunción, nos damos cuenta pronto de que el fundador ha introducido en la Iglesia un nuevo arte de la guerra.

Tuvo opositores empedernidos entre sus enemigos; era lo natural. Pero también entre algunos de sus amigos tuvo una oposición que uno no se esperaría, pese a que esto nunca deja de llegar como prueba suprema.

En 1872, en el banquete de los antiguos alumnos del colegio, el Padre hablaba así:

- La Asunción hasta hoy ha sabido ocupar su lugar en esta tarea general (de regeneración de la sociedad). Mis votos más sinceros son que sepa siempre hacer brillar su espíritu de franqueza, de iniciativa y de entrega.

He ahí al auténtico Padre d'Alzon y la marca que su mano ha dejado en todas sus obras en estas tres palabras: franqueza, iniciativa, entrega.

Con él siempre sabía uno a qué atenerse; su franqueza era proverbial; se le ha podido acusar de ser demasiado franco; pero nunca de haber utilizado la astucia, la simulación, los medios bajos de los que se sirven los espíritus mezquinos, estrechos e hipócritas. Iba directo a la meta, sin rodeos. Decía su pensamiento abiertamente, en el púlpito, en el confesonario, en las conversaciones familiares, lo mismo que en sus escritos.

No fue locamente precipitado ni imprudente en sus empresas. Cuando un plan bien madurado estaba claro en su pensamiento, decía abiertamente lo que pretendía hacer, y ponía inmediatamente manos a la obra. Cuando no tenía éxito de una manera, enseguida probaba otra. Eso es lo que algunas lenguas "templadas en el acibar", de acuerdo con la expresión del Padre, han llamado sus inconstancias, cuando en realidad se mantenía firme en su objetivo, aunque variando en los medios de conseguirlo.

La Congregación de los Asuncionistas heredó el espíritu de su Padre; desde que comenzó a moverse en la Iglesia, siempre supo lo que quería, y todo el mundo lo ha sabido por ella. Variable en sus medios de acción, no vacila en cuanto al objetivo. Recuerda estas máximas de su fundador: "El celo por los derechos de Dios en la tierra y la salvación de las almas, he ahí la forma esencial de nuestra caridad... No damos importancia a lo que nos suceda, con tal de que Jesucristo sea anunciado".

Decía también: "Cualquier terreno en que el pensamiento cristiano pueda desarrollarse legítimamente será nuestro terreno...". El poder de iniciativa supone audacia. Cuando el Padre d'Alzon tenía claro a dónde debía ir, se lanzaba de inmediato con ardor valeroso. Había consultado a Dios en largas y fervientes plegarias; había sometido sus puntos de vista al juicio de la Sede Apostólica; su audacia no era temeridad, ni su celo locura.

Es cierto que se preocupaba bastante poco de los recursos; contaba con la Providencia de aquel Amo a quien deseaba servir.

- En lo que a mí me atañe, decía, quisiera confiar siempre perdidamente en la Providencia de Dios, aunque abandonado por todos tenga que ir a morir al hospital.

Ante sus religiosos reunidos, en 1868, pronunciaba estas admirables palabras: "Nos acusan de comprometernos demasiado, ¡pues en eso consiste nuestra gloria!".

Tal era el espíritu del fundador, tal es el de su familia religiosa. Los Asuncionistas han tenido la audacia de emprender, para gloria de Dios y el servicio de la Iglesia, obras juzgadas como imposibles. Han osado, y cosa admirable, su iniciativa ha sido coronada con éxitos esplendorosos que hoy son realizaciones, justamente admiradas por los espíritus rectos.

¿Qué decir de la entrega de nuestro venerado Padre? ¿De este hombre eminente que lo ha sacrificado todo al servicio de Jesucristo, en la Iglesia, bajo la dirección de la Santa Sede? Él mismo ha dicho: "La Iglesia es tan admirable, que en la pluma de los escritores sagrados todas las expresiones parecen insuficientes para pintar sus grandezas, sus riquezas, su poder, su belleza, su gloria".

Escuchémosle aún en los consejos que da a sus hijos: "Tengamos, pues, la audacia de la fe; poco importa que la llamen temeridad... Llevamos en nosotros un principio divino de resurrección y de triunfo si sabemos ser auténticos cristianos y verdaderos soldados de Jesucristo. ¡Fijaos en un apóstol! ¿Hay algo más oscuro y más inculto? Pero, abre la boca y ¡sentimos que la Palabra de Dios ha pasado por sus labios! ¿Cuáles serán nuestros trabajos? Todas aquellas obras mediante las que se pueda elevar al pueblo, instruirlo, moralizarlo y mediante las que la democracia pueda ser cristianizada, son nuestras obras".

La entrega del gran religioso de quien estoy bosquejando el retrato se extiende, pues, a cuanto pueda salvar a las almas y dar gloria a Dios; es universal. Sus hijos siguen fieles en esta dirección, ya que su celo abarca todos los ministerios apostólicos y no excluye ninguno.

Hay que señalar aquí un aspecto muy notable del temple de carácter de nuestro Padre. El Padre d'Alzon era siempre grande; nunca se mostró pequeño; nunca fue posible rebajarlo, menos aún ignorarlo. Se le veía con los cardenales, los obispos, los hombres ilustres de todo rango y de toda elevación social; el Padre estaba dotado de un tacto demasiado exquisito para no saber mantenerse en su sitio en medio de estos personajes; pero por humilde que fuera el lugar que se escogía, dominaba desde allí a su pesar; el círculo se formaba en torno a su atractiva persona; se volvía pronto el centro de la reunión. No es inexacto decir: A veces eclipsaba, nunca fue eclipsado. Este prestigio asombroso y raro duró toda su vida; siempre fue grande. Desde su muerte, ¿no ha crecido aún más mediante esa reputación de santidad que rodea su memoria con tanto brillo?

A medida que la pluma traza estas líneas de la fisonomía moral de este sacerdote tan extraordinario, nos damos cuenta de que al reproducir al Padre, salen a la luz los rasgos de sus hijos, a tal punto la expresión del Fundador aparece de modo llamativo en sus discípulos, los religiosos de la Asunción.

La vida de toda Sociedad religiosa consiste, de un modo general, en el espíritu del Evangelio, y de modo particular en el espíritu propio que inspiró su fundación, presidió su nacimiento y llenó a sus primeros miembros. Fuera de este espíritu no hay sino decadencia y muerte para una Congregación.

Mientras el Padre d'Alzon siga siendo la *forma gregis* de la Asunción, cumplirá victoriosamente la hermosa vocación que la misericordia de Dios le ha asignado en la Iglesia.

Sobre las amistades particulares

Un viento cálido del Mediodía había soplado sobre el colegio de la Asunción. En un orden del día, el Padre habló así a los alumnos reunidos:

- Señores, cuando fundé un colegio, no se me vino a las mientes la idea de hacer un palomar. Sin embargo, un número bastante grande de entre vosotros ha tomado ademanes de "pichones que se aman con tierno amor". Arrullan, y tales arrullos perturban la paz, molestan a los espíritus serios, dañan a los estudios y hacen ridículos a quienes los practican. Tenemos en estos momentos una colección de palomos bastante notable: tenemos pichones-pavo real que hacen la rueda, palomos calchones bastante torpes, palomas torcaces un tanto salvajes, pichones que se pavonean; también tenemos tórtolas quejumbrosas y los cándidos -por no decir los tontos- tortolitos. Sería para morir de risa, porque, os lo aseguro, no estoy en modo alguno alarmado. A pesar de todo, os ruego que abandonéis vuestros diversos plumajes y volváis a ser hombres, que juguéis en el recreo, dejéis los suspiros y terminéis con tanta ridiculez. ¡Oh, mi sección de mayores! ¿Qué ha sido de tu sensatez? *Quantum mutatus...*! (¡*Cuán distinto...*!) no, habría que decir: *Quantum mutata ab illa...*! (¡*Cuán distinta de aquella...*!), pero el final del verso no caería bien; ¿cómo decirlo entonces?

El señor Germer-Durand le sopló inmediatamente:

- *Mutatur ab illa* (¡*Cuánto se diferencia de aquella...*!).

- Eso es, respondió el Padre: *Quantum mutatur ab illa!* ¡Mi querida sección de los mayores!

El verso quedó bien; estas palabras pusieron fin a los arrullos de una vez; el viento cambió de repente de dirección.

Extraña valoración del arte

Es probable que el rasgo siguiente, como otros parecidos, no habría aparecido en la colección de *Anécdotas*, si el Padre Picard no me hubiera animado a decirlo todo, con estas palabras:

- Todos hemos amado al Padre d'Alzon con sus salidas, que los mediocres llamaban sus grandes defectos, pero que en realidad hacían resaltar su carácter...

Tras una cita así, uno se siente autorizado para hablar y escribir con audacia.

Había antaño un sacerdote bueno, virtuoso, celoso. Por desgracia, estaba dotado de espíritu estrecho y visión miope; más aún, era escrupuloso del modo más desesperante..., escrupuloso al punto de resultar peligroso para las personas y para las cosas..., e incluso para los ángeles. He aquí una prueba entre muchas otras.

Aquel digno sacerdote, místico de un estilo nuevo, era el capellán de cierto convento cuyo nombre callaré por esta vez. En la capilla del susodicho convento, sobre la puerta principal, había un cuadro buenísimo de la escuela italiana. No era ni un Perugino, ni un Rafael; sin embargo, era realmente hermoso: una enorme tela de cerca de dos metros de alto, y ancha en proporción.

El tema representaba a santa Cecilia sentada al órgano, rodeada de ángeles que la escuchaban con arrobamiento. Había un gran número de estos espíritus celestes. Los habían revestido para la ocasión con cuerpos humanos con alas y algunas piezas de finas telas. Ninguno de ellos llevaba un vestido completo; el artista no había querido limitar sus movimientos. Mantenían posturas variadas: algunos revoloteaban en torno a la cabeza de la santa música, otros estaban posados sobre una moldura del órgano; los había de pie al lado del teclado.

Nada, absolutamente nada de inconveniente en tan variadas posturas, a menos que se estuviera decidido a verlo todo del revés.

El excelente sacerdote estaba incómodo. Hay quien dice que cerraba los ojos cuando pasaba ante el cuadro, porque había uno de los ángeles cuya vista le turbaba, incluso le escandalizaba. Este ángel, de pie junto al taburete, daba la impresión de leer la música por encima del hombro de la santa, empinándose sobre la punta de los pies. Daba la espalda

a los que contemplaban el cuadro y -hemos de decirlo a fuer de fiel historiador- no llevaba precisamente un traje de invierno. Este querido angelito, de buen ver en todo caso, sin saberlo, tenía un enemigo declarado.

Ahora bien, este enemigo declarado, este gran simplón de capellán, no aguantó más: poseído de repente de un violento acceso de celo, tomó un día una escalera y se encaramó hasta la soberbia tela. Allí, armado de un trapo tosco empapado con un ácido abrasivo, tuvo la atroz devoción de frotar el cuerpo inofensivo, aunque ligeramente vestido, del ángel así sorprendido de improviso. Aquel cuerpo fue frotado y raspado sin piedad, sin pausa, hasta el boceto de la tela. Tras una hora de violentos refrotos, sólo quedó una cabeza, dos trozos de ala y un pie. Estos fragmentos parecían restos dispersos al borde de un abismo cuya naturaleza era de difícil comprensión.

¡Horroroso espectáculo! Aquellos cuyos tristes ojos hubieron de contemplarlo, nunca habían visto algo semejante y nunca después se les presentó a sus miradas cosa tan indignante. ¡Y decir que semejante bárbaro estuvo asistido en su horrible tarea por tres monjas! Dos sostenían la escalera, la otra la botella de ácido.

El Padre d'Alzon conocía el cuadro, que había admirado, mucho tiempo antes del inconcebible atentado, cuando un sacerdote con sentido común era capellán de aquel convento.

La autoridad diocesana, justamente indignada, no logró hacer comprender al santificado Vándalo que había realizado un acto insensato, del que tenía el valor de vanagloriarse, creyendo haber actuado como un nuevo Pinjás¹.

Aquel Pinjás no pertenecía a la diócesis de Nimes.

La idea de fundar una asociación de mozas viejas penetró un día en su estrecho cerebro; la única clase de ideas que podía aún entrar en semejante angostura. ¿Con qué fin una asociación semejante? Nunca he querido saberlo; el título me bastaba. Aquel iconoclasta, metido a fundador, quiso consultar con el Padre d'Alzon. A petición suya, se lo presenté al Padre en el colegio de la Asunción.

Esperé en el patio el final de la entrevista que se prolongaba en demasía. Estaba ya pateando el suelo de impaciencia, cuando se abrió al fin la puerta del despacho del Padre. Salió solo, vino derecho a mí y me dijo:

- Libérame, no puedo más. Ya he rezado dos rosarios mientras me exponía planes confusos, teorías absurdas, proyectos impracticables. Una de dos, o me libras inmediatamente de él llevándotelo, o le digo alto y claro que pase por sus planes el trapo con el que frotó hace algún tiempo la cara del ángel. Esta vez, al menos, hará un gran servicio a la causa del sentido común...

Me resultó fácil inventar un pretexto para sacar al Padre del atolladero, y luego un segundo para librarme yo mismo.

Sólidas virtudes

La reputación de santidad que ilumina la noble fisonomía de nuestro Padre reposa sobre la convicción universal de la solidez de sus virtudes. Todos sabemos en efecto -sobre todo nosotros que le hemos conocido y seguido de cerca- que sus virtudes no eran artificiales, sino verdaderas y resistentes. Aparecían al exterior como una rica floración y la planta robusta que llevaba tales flores tenía raíces profundas.

En los informes canónicos para introducir la causa de un servidor de Dios, la primera cuestión que se examina es la de sus virtudes.

Esperemos que Dios nos conceda un día la introducción de la causa de Manuel d'Alzon. ¿Cuál será la generación asuncionista que disfrutará de esta felicidad? Dios lo sabe. ¿Ese día brillará sobre nuestra familia en una época que nadie puede precisar aún? Los que han conocido al Padre no pueden renunciar a la esperanza de que el nombre de Manuel d'Alzon sea inscrito, tarde o temprano, en los fastos de la Iglesia, entre sus héroes ilustres.

La virtud se da a conocer en los sufrimientos; el soldado despliega su valor en el campo de batalla; el marinero afirma su valentía cuando la tempestad ruge y levanta olas. Nuestro Padre demostró su valía. Dios y los hombres pueden contar con él: Dios, porque respondía fielmente a la gracia; los hombres, porque siempre fue franco, leal y desinteresado.

Daba a Dios lo que le es debido. Por ejemplo, su inteligencia, cuando se separó de Lamennais desde el momento en que el Papa hubo hablado. Leemos en una carta fechada en Roma, dirigida al abate Vernières: "Es probable que se me pida un acto de sumisión a los decretos de la Santa Sede. Estoy dispuesto a firmar de todo corazón, sin la mínima vacilación, todo lo que el Papa pida. Nunca he tenido más que un Maestro, y ése es Jesucristo. Quiero continuar siendo su discípulo al precio de todos los sacrificios, *usque ad effusionem sanguinis (hasta derramar la sangre) inclusive*".

Sabemos que el acta fue firmada antes de la ordenación sacerdotal, entre las manos del cardenal Odescalchi, Vicario de Gregorio XVI.

¹ Pinjás es el vengador que aplacó el furor de Dios contra los israelitas que adoraron a Baal Peor en el desierto (Números 25, 1-13; Salmo 106, 28-31). (Nota del traductor).

El Padre pasó también por encima de su propio punto de vista cuando, pese a las repugnancias de su alma altiva, sometió su voluntad cediendo a los meros deseos del Papa. No sólo se prestó a la gestión humillante de pedir la autorización gubernamental para su Congregación, sino que firmó su petición de rodillas. Se trató por su parte de una sumisión heroica en la que doblegó su propio juicio. No olvidemos que había expresado su pensamiento en estos términos: "Un árbol religioso así decapitado (por la autorización del Estado) perdería su savia ya que estaría destinado al desprecio...".

Admirable se muestra también cuando, tras haber firmado, escribe a quienes calificaban su gesto como una gran debilidad: "No he vacilado, he obedecido. Un superior de Congregación no tiene otra alternativa cuando el Papa ha hablado. ¿Qué es un coronel que discute en el campo de batalla? Es un rebelde que merece ser fusilado".

El corazón de nuestro Padre, aquel corazón tan cálido, tan generoso, "ardía siempre del lado del cielo, como el fuego del incensario", para decirlo con palabras de Bossuet. Hacia Jesucristo y su Madre inmaculada se elevaba siempre la nube olorosa de su oración ardiente, de su conversación íntima o de los cánticos apasionados de un alma que repetía a menudo estas palabras del Apóstol: *Mihi enim vivere Christus est! (para mí la vida es Cristo: Filipenses 1, 21)*. Su corazón no ha pertenecido nunca sino a Dios. Una vez, una sola vez antes de su sacerdocio, estuvo -no me atrevo ni puedo decir prendado- impresionado por una belleza humana, tan atractiva como pura. Mientras esta imagen inocente comenzaba a ejercer sobre él un encanto fascinante, vio de pronto ante sí al divino Maestro plegado bajo el peso de su cruz. Su corazón se lanzó inmediatamente con ardor hacia el Salvador, y exclamó:

- ¡Oh, Señor, tu rostro manchado y ensangrentado es más hermoso que todo cuanto hay de hermoso en las criaturas! ¡Sólo quiero amarte a ti, y a ti en las almas selladas con tu sangre!

¿Qué clase de manifestación fue ésta? ¿De qué manera fue impactada la vista de nuestro Padre? Lo ignoro; no me lo dijo. ¿Obra de la sola imaginación? No lo sé. ¡Cuántas veces la gracia se sirve de las potencias y las facultades de nuestra alma, incluida la imaginación, para causar maravillosos efectos de salvación, sin que sea necesario que se produzca una intervención milagrosa!

Nuestro Padre amó a Dios en primer lugar y por encima de todo; después a los hombres por Dios y en Dios. "Amó a los suyos hasta el final". Nunca un corazón de hombre fue más fiel a la amistad. Algunos contrariaron sus puntos de vista, decepcionaron sus esperanzas, criticaron sus empresas. Otros torturaron su alma, sensible y tierna pese a su apariencia altiva y a veces desdeñosa, como aquellos caballeros antiguos cuyo corazón palpitaba de amor bajo una coraza de hierro.

Temblábamos antes de acercarnos a él cuando sabíamos que había buenas razones para esperar un reproche merecido. Nos separábamos de él siempre con el alma consolada, fortificada, a menudo incluso jubilosa. En más de una ocasión le vi lanzar miradas terribles, encogerse como un león que va a saltar, y luego, de repente, retomar su calma otra vez, relajarse, mirar con aire sonriente; ¡se había vencido a sí mismo!

Sí, sabía vencerse. Me gustaría contar aquí la historia de su perfeccionamiento; es decir, mostrar con hechos cómo corrigió sus defectos el Padre; cómo el abate d'Alzon, canónigo y Vicario general, y el Padre d'Alzon, monje Agustino de la Asunción, aun permaneciendo la misma persona, presentan sin embargo dos caracteres diferentes bajo más de un aspecto.

El abate d'Alzon había heredado los prejuicios de la antigua nobleza al mismo tiempo que preciosas tradiciones. Sin despreciar nunca a nadie, tenía aquel sentimiento -o mejor dicho aquel instinto de origen- de que las razas ilustres y con blasones, siendo superiores por el rango y la sangre, también lo son por el espíritu, la dignidad, la generosidad, la entrega, el heroísmo; en fin, por todo cuanto le parecía que marcaba la diferencia entre los caracteres elevados y las clases llamadas vulgares.

Nos dábamos cuenta en el colegio -nosotros, sobre todo los niños salidos de las capas humildes del pueblo- que el señor d'Alzon sin dejar de ser justo, se inclinaba sin embargo siempre, aunque ligeramente, hacia los alumnos de sangre llamada noble. Necesitó un tiempo largo para comprender que un retoño de la aristocracia podía disimular, mentir, ser grosero, carecer de dignidad y de lealtad tanto como el hijo del obrero o del labrador, y que los sentimientos de honor, el heroísmo de la entrega, la altivez caballeresca, no eran el patrimonio exclusivo de los condes y barones.

Desde la fundación del colegio, el director trató de rodearse de los jóvenes herederos de nombres ilustres del Mediodía. Con este fin mantuvo el precio de la pensión elevado, inaccesible, excepto para los más ricos.

Sin embargo, no obraba así por un sentimiento de vanidad de la que era incapaz; actuaba bajo la influencia de aquel prejuicio de raza, de que la aristocracia le ofrecería un plantel mejor de hombres distinguidos, de apóstoles, de sacerdotes, para servir a la Iglesia y extender el Reino de Jesucristo. Allí, en una palabra, pensaba encontrar "almas ambiciosas de predicar a Jesucristo crucificado".

Es sabido cómo, tras una experiencia de varios años, declaró un día en la capilla, ante el colegio en pleno, "que se había equivocado, que iba a volverse *hacia los gentiles* como san Pablo hizo en otro tiempo, y dirigirse hacia las clases inferiores según el mundo, pero sencillas, enérgicas, llenas de fe, capaces de grandes sacrificios...".

Este hábil movimiento estratégico nos dio los Alumnados. ¿Quién no ve hoy la mano de Dios en la fundación de estos semilleros de sacerdotes y de religiosos? Ciertamente que la aristocracia de la Asunción cuenta en la sociedad con hombres notables y del más alto valor; sin embargo, no ha dado a la vida religiosa y al sacerdocio sino unos pocos candidatos.

¿Tendré que decir aún, para acentuar los rasgos de esta *Anécdota* cómo nuestro Padre, nacido con un temperamento imperioso, incluso altivo, brusco y tajante, logró volverse dulce, sencillo, sumiso, sin desprenderse totalmente de aquel temple particular de su carácter? ¿Diré incluso que, cuando no había podido contener un exabrupto, sabía hacerse perdonar su descuido mediante una humildad conmovedora, con un tacto lleno de delicadeza y al mismo tiempo de grandeza?

Estudiaba yo un día en la habitación del querido y añorado Padre Alexis su colección de fotografías del Padre. Me parecía poder seguir con los ojos, de un retrato a otro y en orden cronológico, aquellos cambios progresivos hacia la perfección que las distintas fisonomías me parecían revelar.

Existen cartas del Padre d'Alzon que tienen como objetivo dirigir reproches severos y merecidos, y sin embargo, pese a ciertas expresiones ásperas y vivas, estas cartas, si puedo expresarme así, traspiran el amor más paternal y más tierno.

Todos los recuerdos que me permiten escribir estas apreciaciones de las grandes virtudes de quien es nuestro Padre en el espíritu, han invadido mi alma con una vehemencia irresistible, en la calma de la soledad, bajo el techo de Nuestra Señora de Francia (Jerusalén). Es cierto que los cristales se forman cuando el agua-madre, muy saturada, está tranquila.

Terminaré con una palabra de la pluma del Padre d'Alzon, que mis lectores no dejarán de aplicarle, con el deseo de verla un día sancionada por la autoridad de la Sede Apostólica y referida a él: "Uno de los más hermosos triunfos de la Iglesia es poder mostrar el ideal de lo grande, de lo bello, de lo justo, en las maravillosas figuras de aquellos de sus hijos que propone a la admiración de los pueblos y a *su invocación*".

Consejos a un neosacerdote

El Padre escribía desde París, a uno de sus antiguos alumnos de cuya ordenación acababa de enterarse:

"¡Hete aquí sacerdote, querido amigo! Has recibido un poder temible sobre el cuerpo de Jesucristo. Que este depósito sagrado sea en adelante el objeto de tus más respetuosos, de tus más tiernos cuidados. Cumplirás con Nuestro Señor el oficio de María y de José. Dios te conceda poder decir, en el momento de tu muerte: ¡He guardado fielmente el depósito!

Que el sagrario que te será confiado, así como los objetos que sirven para el Sacrificio, estén siempre bien cuidados. No te ocupes de ti mismo, de la casa cural, o de tus apartamentos mientras no hayas puesto tu iglesia -cuando tengas que cuidar de una- tan digna del Santísimo Sacramento como sea posible. ¡Oh, hijo mío!, que el Maestro sea siempre lo primero. Es muy sensible a estas atenciones que le son debidas. ¡Desgraciadamente, cuántos sacerdotes le descuidan de modo vergonzoso! La Santísima Virgen nos estará agradecida si continuamos su misión para con su Hijo.

Después del Cuerpo sagrado de Jesucristo, debería decir mejor, al mismo tiempo, cuida del Verbo, es decir de la predicación. San Agustín ha dicho: *Non est minus Verbum Dei quam corpus Christi (no es menos la Palabra de Dios que el Cuerpo de Cristo)*.

De la jurisdicción sobre el Cuerpo de Cristo, se sigue para el sacerdote la jurisdicción sobre el Verbo de Dios. Sabes que son palabras de san Alfonso. Cuidarás, pues, de tus predicaciones con respeto, con fe, preocupándote únicamente de la gloria de Dios y del bien de las almas, desapareciendo tú mismo lo más posible.

Voy a citarte también al gran obispo de Hipona, cuyas enseñanzas han sido siempre mi norma. Escucha este magnífico pasaje: *Non minus reus erit qui Verbum Dei negligenter audierit, quam ille qui corpus Christi in terram cadere negligentia sua permiserit (No es menos culpable quien escuchare con negligencia la Palabra de Dios, que quien permitiera caer en tierra el Cuerpo de Cristo por negligencia)*. Si esto se dice de los oyentes, ¿qué no habrá que decir de quien habla?

Bossuet ha dicho en algún sitio: "Existe la obligación de tratar de la misma manera a la Palabra santa que a los demás misterios sagrados".

Ya ves, querido hijo, que mis felicitaciones por tu ordenación toman la forma de consejos. Me alegro, no lo dudes, pero te quiero demasiado para callar aquello que me parece útil para el cumplimiento de tus arduas funciones sacerdotales... Con mi afecto, que ya conoces, te abrazo y te pido que me recuerdes en el altar". A estas hermosas palabras sólo añadiré yo ésta: ¡Bendito sea por siempre el Dios que nos ha dado un Padre así, un tal Maestro!

Invitado en apuros

En todos los refectorios de los religiosos Agustinos de la Asunción, se lee en letras bien grandes la sentencia del gran doctor que prohíbe hablar mal de los ausentes. Esta sentencia no se lee en todos los obispos, en todas las casas curales, y tampoco en los comedores de las personas bien, pero en todas partes es conocida y apreciada. He aquí cómo el Padre d'Alzon recordó esta advertencia al tiempo que defendía con energía el carácter de uno de sus hijos.

Se almorzaba en el obispado de Nimes en grupo reducido. Estaban allí Monseñor Plantier, el Padre d'Alzon y el abate Boucarut, Vicarios generales, el abate de Cabrières y el abate Thibon, secretario general. También estaba un cierto abate extranjero de quien me siento feliz de haber olvidado su nombre.

Este extranjero, que el abate de Cabrières me señaló un día en la estación, entre la multitud de los viajeros, era alto, seco, rígido, con una complexión de mulato. Cuando me fue presentado no estaba yo de humor para encontrar en él una persona interesante, por ello no diré nada de mi impresión; pero otros han afirmado ante mí que el personaje era muy mediocre.

Todo esto sería poca cosa si no hubiera resultado ser galicano empedernido y admirador apasionado del *Ami de la religion*, dirigido en aquel entonces por el famoso abate Scisson, a quien Louis Veuillot lamaba *Saucisson* (*salchichón*).

El susodicho almorzaba, pues, en el obispado de Nimes. Acababa de recorrer varias diócesis; venía henchido de noticias. Era el momento en que la prensa y el público hablaban mucho de cierta carta, aparecida en los diarios, escrita por un joven párroco de la diócesis de Montpellier. La carta no era galicana, más bien todo lo contrario. Nuestro abate viajero, en viaje de chismeras, creyó de buen tono hablar de la carta con indignación, con disgusto, creyendo que así complacía al obispo de Nimes.

De la carta pasando a la persona del autor, declaró saber de modo positivo que todo el clero estaba contra él, que le criticaban en todas partes con severidad, y que finalmente el obispo había actuado correctamente castigándolo. Añadía que la Iglesia no estaba de su parte... y que por otra parte, aquel sacerdote era esto y lo otro... y lo de más allá.

Mientras el despiadado crítico quiso hablar, se lo permitieron sin interrumpirle; se le dejó enredarse a su gusto. Cuando terminó, Monseñor Plantier dijo:

- Tenga cuidado, está usted hablando ante los amigos del párroco del Hérault cuyos actos juzga usted tan severamente.
- Sí, dijo inmediatamente el Padre d'Alzon, estoy asombrado, señor abate, de oírle decir: "la Iglesia no está con él". ¿Se lo ha dicho a usted la Iglesia? ¿En qué rincón de sacristía ha estudiado usted el Derecho Canónico? ¿Quién representa a la Iglesia y habla en su nombre? Aquél que es la cabeza y la boca: el Papa. El sacerdote de quien habla, que usted no conoce y cuya reputación está usted destruyendo, es mi antiguo alumno y le quiero como a un hijo... Es lamentable oírle a usted, un sacerdote, hablar semejante lenguaje cuando aquél a quien ataca no está aquí.

El infortunado parlanchín, abrumado -"Pierre l'Ermite"¹ diría: *devastado*- volvió la mirada hacia el abate de Cabrières como para implorar ayuda en el aprieto. Este comprendió la mirada y dijo:

- ¿No sabe usted que ese sacerdote es mi antiguo camarada y sigue siendo mi viejo amigo?

El almuerzo llegaba a su fin; el postre se tomó con rapidez y en semisilencio; el infortunado invitado no tomó café. Corrió a la estación para volverse a Montpellier donde tenía que predicar un retiro en no sé qué comunidad. Podía predicar *ex professo* de los inconvenientes de la lengua.

Esta anécdota prueba, una vez más, que jamás corazón de amigo fue más fiel que el de nuestro Padre.

Víctor Cardenne

Mientras el Padre Alfred era mi superior en Kadi-Köi, a donde me había llamado, me pidió, pero sin que esto fuera una orden, que escribiera la monografía de cada uno de los primeros compañeros del Padre d'Alzon, o al menos, que redactara mis recuerdos en sus más minuciosos detalles.

¹ Pierre l'Ermite: seudónimo del abate Edmond Loutil (1863-1959), sacerdote y escritor francés; fue redactor en el diario *La Croix* desde 1889; autor de unas cuarenta novelas de gran tirada. (Nota del traductor).

He tomado la resolución de obedecer, y comienzo desde ahora eligiendo de entre los principales rasgos aquellos en los que aparece la figura del Padre d'Alzon. Así no saldré del cuadro de las *Anécdotas*.

En 1847, Víctor Cardenne, profesor de historia en el colegio de la Asunción, decidió cumplir con su largamente aplazado deseo de visitar la célebre feria de Beaucaire. Se preparó para ello con mucha antelación. Se hizo confeccionar para el evento un traje nuevo, cuyo diseño y colores decidió él mismo. Como era un gran original en todo, a veces incluso excéntrico, no era temerario pensar que el vestido de feria no estaría falto de distinción y sería a la vez extraordinario y raro. No nos equivocábamos.

Víctor Cardenne debía tomar el primer tren, de Nimes a Beaucaire, un jueves, hacia las ocho de la mañana. Debía, pues, atravesar el gran patio en el momento en que los alumnos de la primera sección estarían en recreo. Le esperábamos con toda la curiosidad del caso, todos los ojos estaban atentos. Formados en grupos diversos, esperábamos la aparición del viajero. El propio Padre d'Alzon estaba de pie en la escalinata de su despacho.

Por fin apareció, saliendo del "Arca de Noé". Estaba radiante como el sol, pero mucho más variopinto, matizado y abigarrado que el astro del día en su esplendor matutino. Para poder describir bien la aparición y dibujar la deslumbrante figura hay que comenzar por abajo. El ojo del transeunte mira en primer lugar el calzado; es lo que observó todo el mundo.

Víctor Cardenne llevaba polainas blancas sobre finos zapatos amarillos; pantalón blanco, chaleco blanco; corbata rosa tierna, con nudos de grandes orejas. El cuello era recto, el sombrero de copa, ala estrecha. La levita corta era verde olivo; los guantes, de gamo; sobre el pecho, en el centro de la camisa de pliegues fruncidos y brillantes, brillaba una piedra gris, con irisaciones, del grosor y las dimensiones de una avellana. Los joyeros llaman a esta piedra: ojo de gato.

Del bolsillo derecho del chaleco pendía una cadena de reloj, de hermoso acero pulido, terminada por una llave en forma de pequeña daga que se fijaba en uno de los ojales. Finalmente, de uno de los bolsillos de la levita salía a medias un pañuelo de seda del más hermoso azafrán. La mano enguantada sostenía a guisa de bastón una varilla ligera y flexible con el pomo dorado.

Una descripción tan detallada sorprenderá a los lectores. Han de saber que se trata de la copia exacta de mis notas tomadas en 1847, aunque con ciertas correcciones de estilo exigidas en 1897, época en que el autor ya no es un niño de quince años.

Así es como se presentó Víctor Cardenne saliendo hacia la feria de Beaucaire. ¡Tal era la indumentaria del futuro primer monje de los Agustinos de la Asunción, una hermosa mañana de verano de 1847! ¿Nada que decir de su fisonomía? Completemos el cuadro ya que tenemos en mano el pincel.

Cabello rubio, engominado, que le cubría las orejas; barba corta, bigote a cepillo; nariz muy acentuada; ojillos azules, inteligentes, socarrones y maliciosos. Imaginaos ahora la diversión de todos aquellos jóvenes traviesos que esperaban algo curioso, pero nunca tan incomparable. La realidad sobrepasaba todos los sueños de nuestras jóvenes imaginaciones meridionales.

El Padre d'Alzon no pudo aguantarse, fue el primero en dar la señal de una hilaridad que contagió a todos los grupos como una corriente eléctrica.

- Mi querido Cardenne, dijo el Padre, has logrado disfrazarte perfectamente de loro de una nueva especie. Si te presentas en el campo de la feria con semejante plumaje te auguro un éxito colosal. Todos los muchachos de Beaucaire correrán detrás de ti. Serás la gran atracción del día. Te lo suplico, no vayas a hacer reír a expensas de la Asunción. Toma el tren de las diez y mientras tanto, vete a retocar tu extraña apariencia con un toque de seriedad y de buen gusto...

El Padre podía hablar así a un profesor delante de sus alumnos que adoraban al señor Cardenne. Por otra parte, en aquellos hermosos días de la Asunción, el ambiente era tan excelente, que un reproche de este calibre, sazonado con risas burlonas, no podía dañar lo más mínimo el prestigio habitual de quien lo recibía.

Cardenne, cuya humildad era aún mayor que su originalidad, se unió cordialmente a la hilaridad general. Luego, como un buen novicio -pues ya lo era- sometiéndose con prontitud a la orden de su superior, volvió a subir a su habitación, de donde volvió a bajar en traje casi irrepachable, para ir a Beaucaire.

Este cuadro parece describir bien el primer Capítulo de culpas de la Asunción, al aire libre, en presencia de una comunidad irregular, implacable, pero que quedó edificada por una conducta que podría servir de modelo incluso a los novicios más fervorosos.

Pronto, en la próxima *Anécdota*, volveremos sobre Víctor Cardenne para presentar su otra cara, es decir, al religioso con el heroísmo de sus virtudes. El contraste hará resaltar el fiel retrato.

Víctor Cardenne "segundo"

Tras la *Anécdota* titulada: *Víctor Cardenne*, era conveniente volver sin demora sobre el primer religioso de la Asunción. Después de haberlo presentado en un papel que habrá movido a risa, es justo que pongamos de relieve su aspecto serio, tan ricamente adornado de virtudes religiosas.

Cardenne tenía genio de cómico. Los antiguos alumnos de la Asunción han afirmado repetidamente que nunca habían encontrado su igual en ningún escenario. También decían que mediante sus papeles cómicos este profesor incomparable ejercía un auténtico apostolado entre sus alumnos.

¿Puede haberse olvidado aquella famosa sesión recreativa hacia el final de la cual Víctor Cardenne apareció de repente disfrazado de Satanás? ¡Sí, Satanás! Cuernos en la cabeza, cara negra, frente surcada por el rayo. ¡Y aquellos ojos lanzando chispas siniestras! ¡Aquellas manos ganchudas! ¡Aquella cola larga en forma de gran serpiente cuya punta Cardenne-Satanás levantaba graciosamente hasta acariciar su barba!

¡Si hubiérais visto al Padre d'Alzon, sorprendido como todos los demás con esta aparición inesperada! ¡Si le hubiérais oído reír con aquella risa suya tan franca!

Satanás pidió silencio con voz cavernosa. Luego, fijando sus ojos fosforescentes sobre uno u otro, les fue sirviendo a cada uno un examen de conciencia de lo más alarmante, con gracia, con encantadora malicia, sobre todo con tacto; reveló algunas maldades, contó algunas menudencias, refirió algunas conversaciones. Nadie tuvo motivo de enfadarse, todo el mundo se rió a mandíbula batiente, el Padre d'Alzon y el buen señor Germer-Durand más que los alumnos.

Pero he de frenarme; mi pluma se desboca; me arrastra hacia el lado cómico, cuando he declarado querer hablar del lado serio. Volvamos sobre nuestros pasos.

La monografía de cada uno de los compañeros del Padre d'Alzon, los verdaderos fundadores de la Congregación, no está hecha todavía.

Sin tener la pretensión de escribirla yo mismo, quizá esté en mis manos aportar numerosos detalles sacados de las notas tomadas durante los primeros años de mi vida en el colegio. ¡Quién me iba a decir en aquel entonces que aquellas notas de niño se transformarían en *Anécdotas* para edificar, un día, a una generación de monjes de los que casi ninguno existía en aquella época!

Para hablar de los antiguos a gusto, necesito gran libertad. Ahora bien, me encuentro limitado por la existencia de los dos supervivientes, los Reverendos Padres Hippolyte y Pernet. He aquí la razón: Esta presencia me ha molestado hasta hoy porque no puedo decir de ellos todo lo que sé. Tasco el freno sin embargo frente a esta limitación, estudio los medios de sacudírmela. ¿Por qué resistir al gusto de hacer el panegírico de los queridos Padres Hippolyte y Pernet, pese a sus protestas más que probables? ¿No sería por mi parte como una expiación ejemplar de los desvelos, de las molestias causadas a tan dignos maestros por el más desagradable aunque no el menos amante de sus alumnos?

Pero en este momento nos ocupamos de Víctor Cardenne. Tenemos sobre él la obra de Jules Monnier: *El Maestro cristiano*¹. Cuando apareció este libro, nos interesó su lectura, porque nosotros los contemporáneos podíamos añadirle lo que sabíamos y lo que le faltaba: los detalles de su vida.

Hoy, *El Maestro cristiano* no sirve para que conozcamos a Cardenne. Este opúsculo nos ofrece sus escritos, meditaciones, oraciones, exámenes de conciencia; no nos presenta sus conversaciones, no nos cuenta sus acciones. Jules Monnier nos presenta a su amigo de rodillas, absorto, pero quisiéramos verle actuando, escucharle hablando. Hay muchísimo que decir sobre la vida íntima de los primeros discípulos de Manuel d'Alzon.

Una de las señales más impactantes, más características de la santidad de nuestro Padre ha sido su pureza de alma. Esta pureza nunca fue empañada. Nadie, con toda seguridad, conoció mejor al Padre d'Alzon que sus confesores. Eso es evidente. Pero me pregunto si, desde fuera (pido perdón por hablar así), alguien pudo observar más de cerca a este santo sacerdote que yo, el menor de sus discípulos; el que más le hizo ejercer su paciencia, debería haber agotado su afecto, si este afecto no hubiera sido inmovible por naturaleza. Aquí apelo al testimonio de mis venerables amigos, los Padres Hippolyte y Pernet.

Cuantos se han encontrado en contacto con nuestro venerado Padre, han aprendido de él la estima de la virtud de la pureza. Había a su alrededor como un ambiente saturado de santidad. Alguien ha dicho: "Cuando se ha estado algún

¹ *Un Maître chrétien, Victor Cardenne*, Bray, 1855, 298 páginas. (Nota del traductor).

tiempo en compañía del Padre d'Alzon, uno se retira perfumado como después de haber paseado en un bosque de naranjos en flor. Se siente uno impregnado de un aroma virginal". Está bien dicho, y sobre todo es muy cierto.

Víctor Cardenne, es cosa sabida, había tenido una juventud de lo más borrascosa. Había ido lejos, muy lejos por el sendero de la iniquidad y del desorden. Vuelto a Dios por uno de esos empujones de la gracia que purifican y transfiguran, tuvo la suerte de caer bajo la dirección de nuestro Padre. Trabajado por manos tan hábiles en el manejo de las almas, subió mediante admirables ascensiones a tan admirable grado de santidad, que al acercarse a él, el gran pecador de antaño, uno creía aspirar el perfume del lirio.

Su conversación, tan delicada y tan pura, impresionaba. Si el Padre no había podido devolverle aquella flor que sólo florece una vez, porque no está en el poder de nadie devolver la virginidad perdida, sin embargo, su sabia dirección había logrado afirmar a su ferviente discípulo en aquel estado de arrepentimiento que es una segunda inocencia.

El Padre d'Alzon estaba en su elemento entre las almas inocentes; tenía también el don de purificar los corazones manchados. "Todo cuanto había hecho le parecía poca cosa, decía, comparado con la cantidad de vírgenes que había dado a Nuestro Señor". Podía también hablar de la cantidad de almas caídas que había levantado y hecho subir muy alto. Era en efecto el sacerdote que se necesitaba para preparar y presentar a Dios el alma del primer fallecido de la Congregación; un alma recogida del barro, luego trabajada, purificada, ennoblecida, revestida de una blancura angélica. "La gracia es buena obrera". ¿Qué no hace cuando toma como instrumento las manos hábiles de un sacerdote según el corazón de Dios?

Un día, Cardenne fue sorprendido y atrapado por una tentación peligrosa. Los recuerdos de su vida desfilaron ante sus ojos. Desprevenido, asustado, encendió una vela y puso su mano derecha en la llama. El índice y el dedo medio se quemaron de tal modo, que el heroico converso pasó varios meses sin poder servirse de esa mano. He visto aquella mano sin las vendas, y sabía la causa de aquellas dos heridas, mientras todo el mundo, menos el Padre d'Alzon, creía que se trataba de un sencillo accidente.

Las paredes de la habitación de Cardenne estaban manchadas con la sangre que salpicaba de los golpes de implacables disciplinas.

Durante las vacaciones de no sé qué año, todavía era yo alumno, vino a alojarse en nuestra casa en Montpellier, durante tres días. Esperaba allí al Padre d'Alzon procedente de Lavagnac. Debían ir juntos a El Vigán. Cada noche, se daba la disciplina con crueldad, a tal punto que paredes, muebles y sobre todo la ropa de cama estaban manchados de sangre.

El Padre d'Alzon al llegar se alojó en el Hotel de Londres para estar más cerca del puesto de las diligencias. Me envió una nota invitándome a almorzar con él y "traerle al señor Cardenne con armas y bagajes".

Antes de pasar a la mesa, el Padre me tomó aparte:

- Háblame francamente, ¿qué ha hecho Cardenne desde que llegó a tu casa?
- Se ha paseado.
- Sin duda, ¿y luego? ¿Ha hecho penitencias?
- Atroces, espantosas, crueles. Se ha molido a palos; ha dejado sangre por todas partes.
- Querido amigo, no necesitas acumular tantos calificativos; habla con sobriedad. Ha hecho penitencias, pues; pero no debió regar de sangre una casa que no es la suya. Ya hablaré con él.

Efectivamente, debió de reñirle, porque después del almuerzo, antes de subir a la diligencia, Cardenne vino, orejas gachas, a presentarme sus disculpas.

He visto a aquel hombre, tan humilde, en casa de los pobres. Le he visto hacer sus camas, lavar a los niños, vaciar y lavar sus bacinillas, ¡todas sus bacinillas! Le he visto subir la colina de Nuestra Señora de Rochefort descalzo y con los pies sangrando. Y él, tan severo, tan cruel consigo mismo, era un modelo de dulzura con los demás. ¡Qué de sabios, tiernos, penetrantes consejos nos dió durante nuestra vida de colegio! En la Asunción, iba de patio en patio poniendo los juegos en movimiento, sabiendo bien que cuando los niños juegan, no piensan en hacer nada malo. Volveré de nuevo sobre esta vida admirable, que es la vida de un auténtico santo, poco conocido todavía. ¡Oh, cuántos tesoros escondidos en la historia de los primeros tiempos de la Asunción!

En la página 7 del número 1 de *Souvenirs* se puede leer esta nota: "Víctor Cardenne, muerto en Fontainebleau, el 11 de diciembre de 1851. Convertido como san Agustín, dotado de una viva inteligencia, tenía algo del ardor de nuestro

patriarca por la conversión de los pecadores y en ello empleaba todos los recursos de su celo y de su espíritu. El primero en abrir la puerta de la Asunción de la tierra hacia la Asunción del cielo".

Cómo tratar a los niños

Nadie ignora cuánto estimaba el Padre d'Alzon el ministerio de la educación. Sobre eso, como sobre todas las demás cosas, tenía ideas elevadas y sobrenaturales. Fundó una Congregación docente: los Agustinos de la Asunción han tenido por cuna un colegio; los primeros religiosos han sido profesores y encargados de la vigilancia. Este origen no se debe perder de vista; es un origen glorioso.

He recogido con minucioso cuidado, desde la fundación del colegio de Nimes, una gran cantidad de consejos sobre el modo de tratar a los niños; consejos caídos en forma de sentencias breves, precisas y prácticas, de la boca de nuestro Padre y Maestro. He anotado solamente las que he oído yo mismo y lo que he cosechado en las cartas dirigidas a mí. Lo que diga aquí debe ser considerado como inédito; pero la cosecha más rica está guardada en los archivos de la Congregación.

¿Se me permitirá contar el uso que he hecho de estos preciosos consejos?

Si preguntara a todos los misioneros, me responderían que nada hay tan importante, vital, al tiempo que digno y elevado como la formación de los niños.

Cuando tuve que dirigir escuelas en Inglaterra, mi mayor preocupación era la de hacer comprender a los profesores y profesoras cuán elevada era su vocación y cómo exigía de su parte un espíritu sobrenatural, un corazón entregado, una acción paciente, prudente y delicada. Para instruirlos mejor había traducido consejos del Padre d'Alzon, tal como me los proporcionan mis notas y mis recuerdos, añadiendo lo que me parecía de importancia local, requerido por el carácter de niños de nacionalidad inglesa o irlandesa.

Terminé por componer un librito, impreso con gusto, que regalé a todos mis profesores y profesoras, lo mismo que a todos sus colaboradores y colaboradoras. Quiere decirse que aquellos niños ingleses e irlandeses recibían una formación auténticamente asuncionista en su base. Era lo que me importaba decir.

¿Por qué no haría yo hoy una *Anécdota* con los elementos que encuentro entre mis notas? He aquí lo que decía nuestro Padre y Maestro:

"El niño inocente es el templo del Espíritu Santo. Respetadlo como un sagrario.

Rezad a menudo a los ángeles custodios con los cuales compartís el cuidado *ex officio*.

Que los niños vean en vosotros algo más que un vulgar maestro de escuela.

Tened ideas justas y sobrenaturales sobre vuestra vocación, y creed que la educación, el cuidado, la vigilancia de los niños no es un ministerio indigno del sacerdote, ya que los ángeles mismos lo ejercen.

No os dejéis desalentar ni por los defectos ni por los pecados. No olvidéis que existen hermosas almas bajo cuerpos poco atractivos, y que en todo pecador existe madera para hacer un santo.

Ved siempre en los niños almas marcadas por la sangre de Jesucristo. Pensad en los sentimientos que debía tener san José respecto del Niño Jesús.

No los desmoralicéis mediante reproches imprudentes y guardaos de hacerles perder el sentimiento de su propia dignidad.

A menudo, a fuerza de llamar al niño con expresiones despectivas, se le empuja a interiorizarlo; termina por resignarse a perder su reputación; se hace testarudo; se vacuna contra todos los consejos y va de mal en peor. ¡Tened cuidado!

Cuando el niño es joven, se deja amasar y moldear como la cera, y las primeras marcas se endurecen y no se borran. ¡Ved, pues, con qué tacto, con qué sabiduría un buen maestro debe imprimir sus enseñanzas!

Vigilaos vosotros mismos; el niño tiene el ojo clarividente, pronto habrá descubierto vuestro lado débil y vuestros defectos. Sed naturales y no adoptéis poses; la raza de los teatreros es a la vez ridícula y detestable.

Mantened siempre un humor constante. Nada mejor para hacer *naufregar* a un profesor que un temperamento extravagante o una pasión mal controlada.

¡Sobre todo, respetad al niño! Los antiguos decían: *Maxima parvulis debetur reverentia (a los niños se les debe el mayor respeto)*. Los antiguos eran paganos. ¿No debemos nosotros subir más alto? ¿No vamos a ver en ellos almas que Dios nos ha confiado, almas que le son tan queridas como sus más preciosas joyas?

Evitad la rigidez; huid ante todo de la familiaridad, las preferencias, los afectos particulares.

No intentéis *confesar* a los niños bajo el pretexto falaz de conocerle a fondo. No intentéis sonsacarles secretos íntimos que son competencia exclusiva del tribunal sagrado. Perderíais en ello vuestro prestigio. Es una práctica peligrosa y

nada honorable. Una de dos: o el niño quedará herido o la confianza creará entre profesor y alumno una intimidad excesivamente peligrosa. Graves imprudencias han comenzado por ahí".

Estas breves notas, como se puede ver, no forman un tratado completo. Pero bastan para mostrar el espíritu del Padre y su pensamiento sobre el arte de tratar a los niños. Sólo publico hoy un elenco que me parece suficiente.

Nuestro Padre era él mismo un modelo perfecto de educador cristiano. Siempre digno, afable, de modales distinguidos, sin afectación, nos trataba con tal respeto que nos forzaba a respetarnos a nosotros mismos. Grave y reservado, actuaba sin embargo con un abandono encantador; era el amigo y el Padre.

¡Cómo le queríamos y nos quería! Había algunos alumnos a quienes quería de un modo particular, pero tan bien, con un tacto tan exquisito, por razones tan evidentes, que los menos privilegiados nunca sentían la tentación de la envidia.

Voy a repetir aquí lo que digo tan a menudo y que repetiré más veces: ¡Cuánto bien nos ha hecho aquel maestro admirable! ¡Felices los Agustinos de la Asunción, por haber heredado el espíritu y las enseñanzas de un fundador así, de un tal Padre, de un santo semejante!

Ocurrencia feliz

El Padre d'Alzon, en París, sube a un ómnibus. Tiene la agradable sorpresa de encontrarse con un amigo, Monseñor Bessieux, Vicario apostólico de Guinea, que viaja en traje de simple sacerdote.

- ¡Ah, Monseñor, le dice de entrada, ya sabía yo hace tiempo que era usted obispo *in partibus*; encantado de verle, hoy, obispo *in omnibus*.

Monseñor Bessieux había sido profesor en el Seminario Menor de Saint-Pons, en la diócesis de Montpellier.

El pozo de la Asunción

El buen Hermano Louis Prouvèze, uno de aquellos hermosos prototipos de la vieja Asunción, dijo un día algo que hizo reír tanto al Padre d'Alzon que creo que hago bien en traerlo a colación aquí.

Habían decidido limpiar el pozo de la Asunción, aquel pozo famoso cuyas aguas puras y deliciosas han refrescado a tantas generaciones de Asuncionistas. Está a dos pasos de la estatua de nuestro Padre: simboliza por la inagotable abundancia de su manantial la inagotable fecundidad de un corazón que ha volcado sobre el mundo, a mares, tantas obras que desalteran a las almas sedientas de la justicia de Dios y de la salvación de los hombres.

El Hermano Prouvèze era el encargado de dirigir los trabajos consistentes en bombear primero el agua y luego quitar el lodo del fondo. Esta operación se llama en lenguaje del Mediodía: *curar* un pozo.

Pero el pozo de la Asunción, alimentado por un manantial abundante, no era fácil de secar. Tras varias intenciones reiteradas durante varios días, los trabajadores declararon sus intentos baldíos y el pozo imposible de vaciar.

El Hermano Prouvèze, desalentado, vino a buscar al Padre d'Alzon y le dijo en su lenguaje meridional y además nimense:

- Padre, hay que renunciar... el pozo es *incurable*...

Imagínense ustedes la carcajada que soltó el Padre d'Alzon; cosa que se repetía cada vez que aparecía el tema del famoso pozo.

He ahí una vez más una escena de los tiempos primitivos. Poca cosa sin duda, pero esa poca cosa resulta preciosa, porque hace revivir la memoria de aquellos a quienes amamos y veneramos.

Ambición contra lealtad

Cuando se escribe la vida de un hombre notable que ha vivido en contacto con un gran número de personas de todo estrato social, de caracteres diversos, de méritos dispares, se hace necesario hablar de los contemporáneos para hacer resaltar la fisonomía del héroe.

En un cuadro, el fondo y los contornos hábilmente dispuestos por el pintor mediante una luz favorable, es lo que pone de relieve a los personajes, los grupos o el movimiento del tema principal.

En una biografía, el escritor a menudo se siente incómodo por las piezas secundarias, es decir, por aquellos caracteres que se presentan con tintes oscuros y que sin embargo hay que mencionar.

El historiador, se dice, ha de pasar de puntillas sobre ciertas memorias, dejar a los muertos dormir su sueño, respetar a los que han entrado definitivamente y para siempre en la sombra del olvido. ¿Respetar? ¿Qué quiere decir eso? ¿Para

salvar a los que han hecho el mal, habrá que correr un tupido velo sobre las hermosas acciones de aquellos que han hecho el bien y que sólo se explican desvelando la conducta de algunos miserables intrigantes?

Osemos hablar audazmente: el historiador del Padre d'Alzon habrá de denunciar cosas escondidas. Escribirá con calma y moderación, sin duda, pero ¿habrá de callarse so pretexto de no dañar a los contemporáneos de este sacerdote eminente?

¿Habremos de ocultar o borrar aspectos del gran carácter de nuestro Padre, porque al ponerlos en evidencia, proyectamos una luz despiadada sobre la estrechez de espíritu o la ambición de aquellos hombres que habrían servido mal a la Iglesia si una mano firme no les hubiera frenado en sus caminos tortuosos?

¿Acaso han tenido miramientos quienes han criticado o perseguido a nuestro maestro? ¿Nosotros, los hijos de este valiente sacerdote, vamos a temer defender su ilustre memoria por creer necesario contar los hechos y gestos de algunos personajes mezquinos? No, no dejaremos en la sombra uno solo de los rasgos de una fisonomía amada y venerada.

El Padre d'Alzon tuvo enemigos implacables. He aquí la biografía de algunos de ellos.

Un sitial de canónigo titular estaba vacante en la diócesis de un obispo amigo del Padre d'Alzon. Un eclesiástico de muy poco mérito, escribió al Padre una carta de lo más tristemente obsequiosa para implorar la protección de su influencia. En aquellos tiempos predicaba yo en una ciudad donde el mencionado eclesiástico ocupaba el púlpito de una de las principales iglesias. Vino a verme sombrero en mano y con profundas zalemas para suplicarme que apoyara su petición ante el Padre d'Alzon. Me guardé bien de aceptar el encargo. Refiero esto para explicar cómo y por qué estoy enterado del asunto.

El Padre respondió mediante un frío acuse de recibo. Pero habiendo encontrado un día al eclesiástico en una calle de Montpellier, le dijo sin más:

- Señor abate, ha tenido usted a bien enviarme una petición. Me alegro de encontrarlo para decirle lo que pienso con toda franqueza. No sólo no le ayudaré en sus gestiones, sino que mientras tenga la mínima influencia, la usaré para impedirle alcanzar dignidades. Créame, trabaje en santificarse; tenga la ambición de revestir su alma con las virtudes de un buen sacerdote y no la de cubrir sus hombros con la seda y el armiño. ¿Me ha entendido? Adiós.

Otro -estaba yo presente en la entrevista- solicitaba una canonjía honoraria, tras predicar una estación de Cuaresma, bastante mal, según parecer unánime.

El Padre: - ¿Qué quiere usted hacer con una canonjía honoraria?

- Eso me daría prestigio en el púlpito.

- Señor abate, respeto como nadie en el mundo las dignidades que la Iglesia ha instituido; pero desde el punto de vista en que usted se sitúa, permítame que le diga: Predique siempre a Jesucristo y no se predique a sí mismo; intente convertir, no conseguir un efecto teatral; prepare sus sermones mediante el estudio, la penitencia y la oración. Así tendrá usted el verdadero prestigio de los apóstoles que no le dará nunca un roquete bordado o una esclavina de botones rojos. ¿Cree usted que san Pablo habría predicado mejor y más eficazmente si hubiera cubierto sus hombros con la púrpura imperial?

Un predicador bastante mediocre, pero de muy altas pretensiones, era canónigo honorario por duplicado. Tenía el privilegio de llevar botoneras y botones morados en la sotana. Con todo, se sentía desgraciado; quería la mitra. El Padre d'Alzon por entonces tenía influencias. Nuestro predicador se dirigió a él para ser promovido. El Padre, que le conocía muy bien, le escribió: "Señor canónigo, ya hace tiempo que usted predica. Usted mismo ha dado cuenta en los periódicos del éxito de sus predicaciones, añadiendo algunos de los más bellos pasajes de sus sermones. El día que las personas serias publiquen la lista de las conversiones operadas por usted podré pensar en serle útil si le creo capaz de servir a la Iglesia. Por el momento, no puedo hacer nada por usted, excepto pedir a Dios que le conceda vivir y morir como buen sacerdote".

Así como los dos anteriores murieron sin ser canónigos, éste murió sin mitra.

El cuarto, del que voy a dibujar la silueta, deseó la mitra, terminó por conseguirla y murió tras haber sido exonerado del peso del episcopado. He aquí cómo entró en relación con el Padre d'Alzon.

Tras la muerte de Moseñor Cart, obispo de Nimes, el Padre d'Alzon, antiguo Vicario general, fue elegido Vicario capitular. El Gobierno imperial, queriendo atraerse las simpatías de un hombre tan influyente, se dignó consultarle

directamente sobre la designación de un sucesor. Se decía que el abate d'Alzon podía disponer de la mitra de Nimes y los ojos de numerosos candidatos estaban fijos en él.

Cosa notable: a nadie se le ocurrió la idea de que el Vicario capitular tomaría para sí aquella mitra y aquel báculo pastoral. Si a alguien le tentó la idea, nadie osó expresarla.

Se encontraba por entonces en algún sitio hacia el Norte, un eclesiástico de blancos cabellos que había acariciado durante largos años la secreta idea de que sería un buen obispo. Esta ilusión había desarrollado en él un deseo que varias decepciones no habían logrado calmar. Este hombre venerable por la edad, tuvo el valor de escribir al Padre, para persuadirle de que apoyara su candidatura para Nimes. En su carta, desplegaba ingenuamente el catálogo de sus cualidades personales, las numerosas predicaciones que le habían granjeado una cierta reputación; sobre todo alababa una serie de homilías para señoras, homilías que dichas señoras habían mandado imprimir a su costa.

Añadía, con los más minuciosos detalles, el programa que se proponía desarrollar "una vez sentado" -decía- sobre el "trono de Fléchier"¹. Un punto del programa mantenía al abate d'Alzon en el cargo de Vicario general.

Podéis figuraros al Padre leyendo semejante carta. Se contentó con acusar recibo, mediante una carta fría, digna y severa.

Habiendo sido elegido Monseñor Plantier, de Lyon, el candidato, frustradas sus esperanzas, escribió de nuevo al Padre una carta cuyo contenido se resume en estas palabras que son textuales: "No sabe usted lo que han perdido...".

El Padre ¿no había rendido un servicio a la Iglesia rehusando patrocinar una candidatura así? Sin embargo, una mitra descarriada terminó por caer sobre la blanca cabeza del ambicioso que, mediante uno de sus primeros actos de autoridad, se declaró adversario irreconciliable del Padre d'Alzon y de sus obras.

Dejémoslo aquí, a pesar de que me quedan muchas cosas que decir. He querido mostrar quiénes eran los enemigos de nuestro Padre. Soy probablemente el primero en revelar estas cosas; no lo lamento. Aquellos de quienes he hablado están muertos y juzgados; el Padre también está muerto y juzgado. Nosotros, los vivos, tenemos nuestro derecho a formarnos una opinión sobre todos esos muertos.

No contaré cómo el Padre d'Alzon, tras la muerte de Monseñor Plantier, no fue nombrado Vicario capitular; ni por qué, tras haber sido Vicario general de Monseñor Besson durante cierto tiempo, creyó deber presentar su dimisión. Sobre estos dos acontecimientos el Padre me escribió para explicarme las circunstancias y exponerme los motivos de su retiro. Me decía que comunicara su carta al cardenal Manning. Es lo que hice.

Como los grandes santos, el Padre tuvo en su vida tres etapas muy marcadas: el período de pruebas, el de la impopularidad y el del triunfo. Por el tipo de sus enemigos, se puede uno hacer la idea exacta del temple leal y franco de su espíritu. El triunfo se evidencia en la prosperidad de las obras que fundó. Nuestro corazón nos dice que su triunfo es completo en el cielo, ¡en el soberbio grupo de sus hijos coronados! Esperemos que la voz de la Iglesia lo proclame algún día.

Superiores

Los jóvenes religiosos han aprendido de los antiguos, al recibir las tradiciones de familia, cuán estricto y enérgico era su Padre y Fundador en cuestión de superiores, depositarios de la autoridad. Sin duda tenía un espíritu amplio; pero repetía a menudo que amplio no quería decir sin límites y que la obediencia debía ser el nervio de la vida religiosa.

- El sistema nervioso del cuerpo humano, decía, mantiene el equilibrio, une los distintos miembros en un todo vigoroso, hace que la acción sea firme y precisa. La voluntad dueña actúa sobre los nervios; imprime el movimiento, lo activa o lo frena sin la menor resistencia. Tal es la admirable organización de nuestro cuerpo constituido en el orden y la salud.

Añadía: - Deseo que nuestra obediencia a los superiores sea no sólo leal, sino incluso heroica si se presenta la ocasión, pese a los defectos evidentes de esos mismos superiores.

El Padre gustaba de citar a menudo la palabra de san Pedro: *Subditi estote non tantum bonis et modestis, sed etiam discolis (sed sumisos... no sólo a los buenos e indulgentes, sino también a los severos: 1 Pedro 2, 18)*. Más de una vez nos recordó, a nosotros sus primeros discípulos que, puesto que el apóstol hablaba así de los superiores en la vida

¹ Fléchier, monseñor Valentin-Esprit (1632-1710): fue obispo de Lavaur (1685) y después de Nimes (1687); poeta, académico, célebre predicador y autor de libros de historia. (Nota del traductor).

ordinaria y en el orden natural, con mayor razón había que inclinarse ante quienes nos dirigían en virtud de los votos religiosos.

En una conferencia íntima, comentó un día el pasaje de san Dionisio que escribía al monje Demófilo para advertirle "que merecía la censura más severa y cargaría su conciencia si no venía en ayuda de la autoridad en apuros, incluso en el caso de que la culpa estuviera del lado de aquella autoridad". Esta conferencia será publicada más tarde, al menos lo que queda de ella: el plan y los pasajes esenciales.

Un sacerdote, antiguo alumno de la Asunción, estaba en desacuerdo en más de un punto con su obispo. El Padre le escribió:

- Ten paciencia, sé prudente, vigila tus palabras. No dudes en sobrepasar la línea del estricto deber en lo que atañe al respeto debido a tu obispo. Sube hasta el heroísmo si es necesario. Dios tendrá en cuenta tus sacrificios si adoptas este plan de conducta. Soy yo quien te da este consejo, yo que he sido abofeteado en tu mejilla...

El asunto habiéndose tornado serio fue necesario apelar a la Santa Sede y viajar a Roma para sostener la apelación. En tan graves circunstancias, el Padre escribió aún: "Hete aquí en lucha abierta con tu superior eclesiástico. Los periódicos se muestran preocupados. El Papa juzgará, y tú someterás tu juicio al suyo, sea cual sea, sin la menor vacilación. Más que nunca te recomiendo la prudencia. No te apartes por ningún concepto de la línea recta que es la del respeto por la autoridad, incluso cuando parece tener claramente la culpa. Dios así lo quiere. Cuento con tu buena voluntad; sin embargo, el fuego de tu sangre y la impetuosidad de tu carácter me inquietan.

No olvides esto: Cuando hemos luchado contra un superior, en el orden espiritual casi siempre queda algo, aunque la justicia esté de nuestra parte. Podemos ganar el pleito, ser plenamente justificados por la autoridad suprema; pero no hay que mostrarse triunfante por ello, sino más bien humilde y modesto. Cueste lo que cueste, actúa con deferencia y generosidad en el modo de reivindicar tus derechos. Hay casos como el tuyo, en que nada debe arredrarnos en la reivindicación de estos derechos; sin embargo, no nos separemos nunca de los principios de humildad, de caridad, de dignidad.

Me he detenido muchas veces en aquel pasaje del Génesis que cuenta la lucha de Jacob con un ángel. El ángel es ciertamente el superior de Jacob, él es quien provoca. El combate dura toda la noche; Jacob queda vencedor y es proclamado tal por el adversario. Sin embargo, este ángel toca el muslo de Jacob, el hueso se disloca e Israel victorioso queda cojo para el resto de su vida. Sin duda hay ahí un misterio, no hay que forzar las aplicaciones de la Sagrada Escritura. La experiencia prueba, sin embargo, cómo muy a menudo queda algo después de una lucha con la autoridad...".

Se puede afirmar del Padre d'Alzon que el principio primero establecido por él como piedra angular en el orden moral, tanto en el nacimiento del colegio como más tarde en el de la Congregación, fue el respeto absoluto a la autoridad, fuesen quienes fuesen sus agentes o depositarios. Los inferiores siempre tienen la facultad de recurrir a los superiores mayores, sin olvidar su propia condición ni el espíritu de su voto de obediencia.

Nota: En esta *Anécdota*, el autor no se ha sentido cómodo, porque ha tenido que decir cosas que se refieren sobre todo a la vida religiosa¹. No olvidemos, para excusarlo, que los primeros discípulos del Padre recibieron de él cierta iniciación elemental, por así decir, cuya floración en todo el esplendor de su manifestación es el espíritu de los Agustinos de la Asunción.

La parte de Dios

El abate Barre, de Montpellier, era profesor agregado de la Escuela de Medicina de aquella ciudad antes de abrazar el estado eclesiástico. Como doctor, aunque muy joven aún, había adquirido una reputación europea. La merecía por su asombrosa ciencia práctica; había llevado a cabo curas extraordinarias; su destreza y su éxito constante en las más delicadas operaciones le habían colocado en primera fila de los cirujanos de renombre.

El doctor Barre reunía en sí mismo todas las cualidades que han dado lustre a los genios del arte médico. Discípulo del sabio fisiólogo Lordat, venerable decano de la Facultad de Montpellier, era como su maestro un excelente cristiano. Su presencia simpática, su inteligencia amplia y cultivada, la seguridad de su ojo clínico en el diagnóstico, sus ademanes distinguidos, suaves y afectuosos le aseguraban una influencia preciosa sobre el ánimo de sus enfermos. Estaba en lo

¹ Sin ser temerarios, podemos pensar que la incomodidad del autor provenía también de la evidente alusión a su propia historia. El sacerdote que se encontraba en desacuerdo con su obispo y le entabló un proceso en Roma no era otro que el propio señor Galeran.

más alto de su reputación, cuando se extendió la noticia de que abandonaba la medicina para hacerse sacerdote. El doctor Combal debía heredar su envidiable clientela, y le nombramos aquí porque es él quien cuidó largo tiempo la salud de nuestro Padre con la abnegación de un auténtico amigo.

La noticia de la determinación del doctor Barre causó una especie de estupor en todos los estratos de la sociedad; se resistían a creerlo. Hubo que rendirse a la evidencia cuando se supo que el doctor había salido para Roma para seguir allí los cursos de teología; más aún, cuando en las siguientes vacaciones le vieron vestido con sotana.

Una vez sacerdote, pidió con insistencia la humilde capellanía de las Hermanitas de los Pobres, en Montpellier, por la que no quería recibir ningún salario. Solicitó el cargo al obispo por intermedio del autor de estas líneas. En este cargo, tras muchos años de entrega heroica y perseverante, es donde el abate Barre murió, dejando como sacerdote una fama de santidad mucho más estimable que la gran reputación de que había disfrutado como médico.

Esta vocación tan notable, preparada largo tiempo en secreto, sorprendió a todo el mundo y fue criticada por un cierto número de cristianos tanto como por la multitud de los mundanos. Los unos y los otros acusaron al Padre d'Alzon y a su amigo el abate Berthomieu, de haber arrebatado a la ciencia y a la beneficencia a un hombre tan hábil y ya célebre. El Padre, sobre todo, considerado como el más influyente consejero, fue objeto de los dardos acerados de las peores lenguas. Al principio dejó decir; luego, cuando se presentó la buena ocasión de exponer sus principios, no la dejó pasar sin cogerla al vuelo. Debía predicar a las señoras en cierta capilla. El auditorio era numeroso. Entre aquellas damas muchas eran clientes del doctor Barre, cuyo retiro habían juzgado severamente y cuya vocación calificaban de "deplorable".

Escuchemos al Padre d'Alzon, he aquí sus palabras:

- Dios es el supremo y absoluto Dueño de todo, ya que lo ha creado todo: hombres y cosas, espíritus y cuerpos. *Mea sunt enim omnia*, dice el Señor (Exodo 13, 2): *Todo me pertenece*. Todas las creaturas están bajo su dependencia soberana; puede hacer de ellas lo que le parezca. Tiene derecho al homenaje, al amor, al sacrificio de sus criaturas; en una palabra, a un culto que se resume en esta virtud: la obediencia. La sola razón, sin el auxilio de la revelación, ya nos enseña esta doctrina.

No hay, entre los hombres, ninguna excepción a esta ley del homenaje. Lo es para los poderosos como para los débiles, para los ricos como para los pobres, para los sabios como para los ignorantes. Abarca y obliga a los sanos y a los enfermos, a los que caminan derechos y a los cojos, a los que ven bien y a los ciegos, a los bienparecidos y a los feos, a los sanos de cuerpo y de espíritu tanto como a los leprosos y a los impedidos. Ya lo veis, no hay excepciones, ni siquiera para los médicos.

Por eso el doctor Barre, habiendo escuchado la llamada de Dios, creyó su deber obedecer. Mientras que ustedes, o al menos muchas de ustedes, le critican por haber obedecido.

¿Pero por qué le critican? Porque quedarán privadas de sus hábiles cuidados y de sus sabios consejos. Así es como uno se prefiere a Dios.

Me acusan de haber dado mi parecer en este asunto, cuya resolución habría, según dicen, precipitado. Si di mi parecer, probablemente es porque me lo pidieron; y si he precipitado la resolución, es porque siempre me pareció bueno levantarse y caminar en cuanto Dios ha hablado, poco importa de qué modo. Lo declaro aquí, no me arrepiento de nada. ¡Qué! ¡Os quejáis de la partida del doctor Barre porque era demasiado hábil, demasiado útil, demasiado solicitado en su profesión para abandonarla y hacerse sacerdote! ¡Oh, qué doctrina páfida, falsa, injusta, sin generosidad, injuriosa para con la Providencia divina! ¡Queréis, pues, dejar para Dios la parte que no queréis para vosotras, lo que no os sirve para nada, y guardar para vosotras y para el mundo lo que os gusta y os parece ventajoso! ¡Esas son las ofrendas escogidas que reservamos para Dios! Para él lo que es vil, feo, repelente y deforme, en lo moral como en lo físico; ¡para nosotros todo lo que es bueno y atractivo!

Muchos cristianos, por desgracia, piensan y actúan como mundanos: reparten las cosas entre Dios y el mundo o el diablo. La parte de Dios es siempre la más mezquina. Para Dios los pobres, los cojos, los tuertos, los imbéciles. He ahí una muchacha fea, ¡que se vaya a un convento para ser la esposa de Jesucristo! He aquí una muchacha rica, bella, perfecta, hay que guardarla para adornar la sociedad, y si se siente llamada a la vida religiosa, hay que destruir esta vocación. ¿Con qué derecho va Dios a privarnos de esta encantadora criatura? Que se tome a la hermana pequeña que es bizca y no vale mucho; nos someteremos entonces a su voluntad...

Éste es el lenguaje de las gentes del mundo que no tienen el sentido de Jesucristo, del que presumía san Pablo: *Nos autem sensum Christi habemus (pero nosotros tenemos la mente de Cristo)* (1 Corintios 2, 16).

Os digo con la mayor franqueza que, por lo que a mí me atañe, amo los cuerpos deformes tanto como los demás, a causa del alma que encierran, porque esa alma está sellada con la sangre real de mi Salvador. Pero me esforzaré toda mi vida por dar a Dios lo que encuentre de más perfecto entre los hijos y las hijas de los hombres, en cuanto encuentre en ellos o en ellas un signo de vocación. Moriré contento si he logrado llenar los conventos de jóvenes vírgenes arrancadas al mundo para consagrarlas al servicio de la oración y de la expiación de los pecados del mundo. Ciertamente prefiero el sacrificio virginal, realizado en la flor de la edad, en el florecimiento de un corazón puro, al de un viejo libertino o de una vieja mundana que, al final cansados, vacíos, decepcionados, renuncian a lo que no han podido retener, y consagran a Dios los tristes restos de una vida que, sin embargo, Dios les había dado para estar totalmente a su servicio. Los inválidos, los ignorantes, los desgraciados de la naturaleza son preciosos ante Dios, tanto como los convertidos tardíos. Pero nosotros no tenemos derecho, lo repito, a decidir cuál es la parte de Dios según nuestros caprichos y nuestras pasiones. Es como decir: "¡Toma para ti, Señor, lo que a nosotros ya no nos gusta!". Os conjuro, recemos por la conversión de los pecadores; pero recemos también por la conversión de los buenos, para que Dios eleve su espíritu, ensanche su corazón y les dé el auténtico sentido del Evangelio...".

Pensemos, después de esta cita, en quien pronunció estas palabras con tanta elocuencia y autoridad. ¿No era, él mismo, ejemplo vivo de la doctrina que predicaba? Él había ofrecido a Dios, con generosidad, su fortuna, sus talentos, su belleza física, todas las ventajas de una magnífica posición social a los ojos del mundo, al mismo tiempo que todas las dignidades que hubiera podido alcanzar con sólo poner las manos.

Nuestro Padre tenía el sentido de Jesucristo; vivió como un monje, murió como simple sacerdote; y cuando, en el último momento, su mirada entrevió el cielo abierto para él, pudo repetir con alegría inefable aquella palabra que resume su hermosa vida: *Deus meus et omnia!* (*¡Mi Dios y mi todo!*).

Final de controversia

Un tal señor Puaux, pastor protestante en la región de los Cevenas, había atacado, con más insolencia que ciencia y más grosería que literatura, los sermones de un misionero jesuita que predicaba en Mende.

La discusión tomó poco a poco proporciones tales, que se organizó una seria controversia entre los jesuitas de Puy-en-Velay y el susodicho ministro, mediante una correspondencia que significó la fortuna de algunas hojas públicas de aquel tiempo.

Era el año de gracia de 1853. El señor Puaux, muy vapuleado por las respuestas de sus hábiles y sabios adversarios, pensó actuar bien cambiando de táctica. Abandonó el mosquetón para usar la artillería pesada, es decir que abandonó la correspondencia por carta y publicó un libro, un libro contra la Iglesia Católica.

Este libro, para hablar con mayor precisión este folleto, absurdo de punta a cabo, no decía nada nuevo, nada reseñable. El autor había recurrido a los rancios argumentos de la Reforma de los primeros calvinistas, a las antiguallas sobre "la Gran prostituta de Babilonia", sobre la "Mujer idólatra y adúltera", sobre la "Corruptora de todas las naciones", etc. Todo ello causó risa; pero el señor Puaux tuvo la desafortunada idea de mezclar en la controversia el nombre del Padre d'Alzon.

Éste respondió de inmediato. He aquí las primeras palabras de su respuesta ingeniosa, acerada, gallarda y al mismo tiempo doctrinal y erudita:

"El señor pastor Puaux, tras haber impregnado su larga correspondencia con los Padres jesuitas del tufo agrio que exhala una bilis recalentada, acaba de esparcir mediante un folleto, las esencias más fuertes que salen de su propio fondo. ¿Emanan de su cerebro? Estas esencias no tienen el perfume de la rosa, del jazmín, de la lavanda, del naranjo, ni el de la violeta; son *Puaux* destilado¹. Para recorrer el folleto del señor pastor, hemos necesitado no sólo valor, sino heroísmo".

Tras esta entrada en materia, el Padre toma al hombre, lo sacude, lo fustiga, lo aplana, lo cubre de ridículo. A tal punto que, convertido en el hazmerreír de todos, incluso de sus feligreses, el pastor Puaux, tuvo que abandonar el país.

Lección de tiro al conejo

Hay pocas comunidades de los Agustinos de la Asunción donde no se críen conejos para engordarlos primero y para comerlos después, con motivo de una fiesta o de un día extraordinario.

¹ Juego de palabras por proximidad fonética con *puant*, que significa maloliente (nota del traductor).

¿Cómo explicar este fenómeno de la presencia del conejo, que vive, por decirlo así, codo con codo, cuando no bajo el mismo techo, con los monjes Asuncionistas? ¿De dónde procede este gusto tan pronunciado por la carne de este roedor? Sin intentar dar una respuesta, que surgirá quizá espontáneamente al final de este relato, voy a contar una partida de caza del conejo, organizada y dirigida por el fundador de la Asunción.

La partida fue muy corta y sin embargo notable por las incidencias y por la lección práctica que el Padre supo sacar de ella. Juzguen ustedes.

Un día del mes de septiembre del año 1859, el Padre d'Alzon me esperaba en el castillo de Lavagnac. Me había citado allí con el fin de hablar de asuntos serios, que para tratarlos necesitábamos, él y yo, de calma y soledad. Por eso ningún lugar nos pareció más apropiado que las solitarias avenidas del parque señorial, sombreado por grandes árboles. Llegué a pie hacia las cinco de la tarde, tras haber dejado en Montagnac el coche que había tomado en Pézenas.

El Padre, de pie en la escalinata del castillo, me vio de lejos llegar; corrió a mi encuentro hasta la gran verja.

- ¿Por qué vienes a pie? Debiste avisarme y te habría mandado la calesa.

- He preferido hacer a pie una parte del camino para gozar de la campiña, del aire y del buen tiempo.

- ¿Estás cansado?

- Nada, en absoluto, Padre.

- Entonces ven enseguida a refrescarte; luego iremos juntos a dar una vuelta que te agradará.

- ¿A dónde iremos?

- Siempre quieres saber el cómo y el porqué. Fíate de mí. ¡Verás, verás! No será lejos, te lo aseguro.

Estaba yo en el comedor ocupado en comer un bocado, cuando el Padre entró trayendo dos escopetas.

- Están cargadas, dijo, ésta es la tuya.

- Padre, ¿qué quiere decir? ¿Qué voy a hacer con esta escopeta y qué pretende usted con la suya?

- Está bien claro, amigo mío. Primero la vas a llevar con precaución, luego me vas a seguir y llegado el momento abrirás fuego. Por mi parte, haré lo mismo que tú, quizá lo haga mejor que tú. Vamos de caza. Hay unos cuantos conejos de monte en una finca cercana que pertenece a mi padre. Vamos a matar uno para asarlo y comerlo mañana para almorzar. Lo vas a matar tú; dispararás primero, aunque tengo mis dudas sobre el éxito de tu tiro.

Las escopetas eran unas magníficas armas, de dos cañones y de cartuchos.

En fin, henos aquí caminando a la hora en que el sol caía hacia el horizonte; la hora en que Juan Conejo sale a pacer entre el tomillo, o mejor -vista la hora- entre el rocío. Llegamos a la vista del campo, o mejor dicho, de la *garriga*, para dar el exacto color local. El Padre, con ojo alerta, se para de repente.

- Helos ahí, dice, están saliendo de sus madrigueras. Tomemos por la derecha para rodear este montículo y los tendremos a punta del cañón, a una excelente distancia. ¡Vamos! ¿Ves aquel grandote cerca de aquel olivo? ¡Rápido!, apunta..., dispara ya..., ¡pero dispara...!

Disparo, me creo seguro del tiro... ¡Oh!, ¡he ahí al conejo que corre y desaparece, rabo al viento! Todavía le estoy viendo... pero todavía oigo también la risa del Padre d'Alzon..., ¡aquella risa tan burlona!

- ¡Fallado!, querido amigo, ¡vergonzosamente marrado! Me lo esperaba al verte echar el arma al hombro; tu torpeza, lo confieso, superó mis previsiones... Mira, ahí va otro corriendo... Tiro yo... apunto a la cabeza...

Dicho y hecho; el animalito da un salto y cae inmóvil, muerto. No tenemos perro. Corro, recojo la presa. ¡Un golpe soberbio!, el animal había recibido los perdigones en plena cabeza.

Nunca hubiera creído al Padre d'Alzon tan experto. Ya sabía, sin embargo, que la señora d'Alzon se jactaba de la habilidad de su hijo. Había incluso mandado disecar el primer pájaro cazado por su querido Manuel; y es el mismo pájaro, un arrendajo creo, que el joven d'Alzon tiene en la mano en el retrato dado al Padre Picard por el señor conde de Puysegur.

Si tras la muerte del conejo tan bien apuntado y alcanzado, el Padre se hubiera contentado con eso, la cosa hubiera terminado bien para mí. Pero terminada la caza, me convertí en el punto de mira de una descarga de reproches, sazonados de risas y ¡qué risas!

"Escucha, me dijo el Padre, fallaste tu conejo como fallas un montón de cosas en otro orden de ideas. Eres precipitado, impaciente y demasiado impresionado por la idea entusiasta de que vas a dar un gran golpe. Con cualidades, que no quiero llamar incontestables, fallas a menudo el objetivo porque tus defectos paralizan tus cualidades. Voy a darte pues, al volver a Lavagnac, una lección de tiro que podrá servirte en el orden moral tanto como en el orden físico si sabes hacer buen uso de mis consejos.

Las principales cualidades para tirar bien son: tener nervio, estar atento, poseer un temperamento tranquilo, buen ojo, gran poder de concentración.

Para avanzar en la perfección, hay que ver bien las cosas, estar dotado de un juicio sano, actuar con calma, precisión y energía.

He leído en algún sitio que un inglés famoso en ejercicios corporales -se llamaba Benjamín Richardson- había escrito un libro sobre el arte de desarrollar las fuerzas musculares, de formar verdaderos atletas y diestros tiradores. En su libro plantea cuatro exigencias *específicas* indispensables.

Helas aquí: Abstenerse de todo cuanto sea perjudicial y debilitante; tener un temperamento tranquilo; estar movido por una ambición laudable; adquirir hábitos de regularidad en todo. El autor añade que es absolutamente necesario abstenerse de licores alcohólicos y del uso del tabaco de fumar. He ahí lo que los atletas deben hacer, según un hombre de gran experiencia.

Pon al lado de estas prescripciones la palabra de san Pablo: *Omnis autem qui in agone contendit ab omnibus se abstinet...*(*el que corre en el estadio...se priva de todo*: 1 Corintios 9, 25), y eso para ganar una corona corruptible. ¿Qué debremos hacer nosotros, que apuntamos a conseguir una corona incorruptible? Seguir las mismas reglas. Cambia los términos y pronto verás que los *específicos* para los atletas de Jesucristo son: mortificación de los sentidos y de todo, paciencia, celo y regularidad. Y será absolutamente necesario además practicar el desapego hasta de las cosas más pequeñas, para no ser esclavos de ningún hábito inútil, aunque sea inocente en sí mismo".

Así me hablaba el Padre mientras caminábamos hasta la entrada del castillo.

- Padre, le dije, cuando hubo terminado, estamos bastante lejos de los conejos...

- Amigo mío, deberías considerarte feliz de estar lejos de ellos, para hacer olvidar tu torpeza. Sin embargo, no olvides mi lección de tiro.

La lección no ha sido olvidada, la prueba...

Esta historia me trae a la memoria, con fuerza irresistible, ciertos recuerdos que me permitiré mencionar aquí. No me saldré de mi tema; se trata también de conejos.

En los viejos tiempos de la Asunción, cuatro alumnos del colegio se encontraban un día en Saint-Gervasy, en la casa paterna del Padre Picard. Sentados a la mesa, se les servía un suculento guisado de conejo con el que se regalaron alegremente. Aquel conejo quedó memorable para siempre porque, mientras lo saboreaban tuvo lugar una conversación a media voz entre dos de los invitados sobre los proyectos del Padre d'Alzon; François Picard, que escuchó tales revelaciones, vio brillar en seguida ante sí, como un relámpago, la luz que dirigió sus pasos hacia la vocación religiosa.

En estas *Anécdotas* hemos dado ya los detalles de aquella escena inolvidable.

En el colegio de la Asunción había conejos en una gran jaula que formaba la base de una pajarera adosada a la tapia que daba a la "Taberna del Prado de los Clérigos". Los alumnos les daban pan por la mañana al desayuno y por la tarde a la merienda. Desde que la Congregación fue fundada, los conejos aparecieron al mismo tiempo que los monjes. ¿Quién no conoce la historia del Padre Brun, criador de conejos en la casa de campo del canónigo Couderc de la Tour-Lisside?

Allí, en Miramont, el querido Padre Brun había encontrado el secreto para hacer engordar a los conejos y adelgazar al Hermano François Picard. Además, vino a causar grandes déficits, pérdidas regulares del 50 %, ya que conejos que le costaban, supongamos dos francos, los vendía en el mercado de Nimes a uno o uno y medio. Aquello no duró, y el Padre Brun demostró en Australia, en Inglaterra y en los Estados Unidos que se puede ser un gran misionero y salvar muchas almas sin tener las cualidades necesarias para ser un buen criador de conejos.

En 1892, en una rápida visita a Livry, vi también conejos.

En 1896, he visto, contemplado y admirado los conejos del Hermano Marc, en Kadi-Köi. Los mostraba, uno tras otro, abriendo con precaución las portezuelas de las jaulas. Se hubiera dicho una *laura* de conejos, gordos como frailes, incluso como canónigos.

En Fanaraki, en el noviciado, se necesitaban conejos, y los había. Eran animales de élite, alimentados con celo por el Hermano Léandre, de dulce memoria. En Jerusalén, la casa de estudios posee una colección de conejos. Son tratados aquí como grandes señores: casa de invierno, casa de verano, refugio contra la lluvia.

Desde los orígenes de Nuestra Señora de Francia, el cuidado de los conejos ha sido confiado a Hermanos distinguidos, inteligentes y dotados de buen corazón. Estos Hermanos *conejeros*, forman ya un linaje honorable, con sus tradiciones, que no carecen de cierta gloria.

El arte de tratar con Dios

Hoy es la fiesta de la Presentación de la Santísima Virgen María¹. Cuando las campanas del *Angelus* proclamen a mediodía los grandes misterios de la fe, anunciarán al mismo tiempo el décimoctavo aniversario de la muerte del Padre Manuel d'Alzon, nuestro Padre.

¡Ha muerto! No diremos que nos ha abandonado; su recuerdo está vivo, su protección la sentimos, su espíritu sigue siendo, después de la gracia de Dios, el molde de nuestra vida. Cuando nuestros amigos han muerto, nos gusta recordar el pasado de su existencia, porque su memoria nos es querida; sin embargo, la mirada del recuerdo ha de detenerse en el momento del último suspiro cuando se dijo: "¡Se terminó! ¡Se fue! ¡Ya no está!". Nada ha terminado para nuestro patriarca. Al contrario, una nueva vida ha brotado de su tumba.

Podríamos decir que la corriente, lejos de desvanecerse, se ha remansado contra esa tumba para acumular allí sus aguas poderosas y lanzarse luego formando un río de curso majestuoso, de amplios bordes, de lecho profundo. ¿Acaso no es esto la familia de la Asunción cuya fuente fecunda es verdaderamente la tumba de Manuel d'Alzon, ya que de ella manó su nueva y abundante vida? Ya está muy mermado el número de los antiguos alumnos y de los primeros discípulos de este gran educador de almas. Los que quedan tienen la cabeza blanca por los años, y sus pies se arrastran y pronto van a detenerse; pero una multitud de religiosos y de religiosas se levanta, crece, se expande; la pequeña familia de antaño se torna un pueblo.

Que los Hermanos jóvenes interroguen a los raros testigos de los primeros días; les dirán todos que sus almas, modeladas por las manos de este sacerdote eminente, templadas por él en el auténtico espíritu que forma al hombre y al cristiano, no han dejado de ser fuertes en las pruebas, valerosas en la adversidad, calmadas en la tempestad, serenas en los días sombríos, siempre alegres y satisfechas en el servicio a Dios, porque su vida ha sido la vida de la Asunción. Afirmamos que los antiguos discípulos del Padre se honran más con el título de "hijos de Manuel d'Alzon" que con todas las dignidades y distinciones con que los han podido condecorar en sus largas carreras.

Los jóvenes saben todo esto, están ávidos de oír hablar de los comienzos. Decimos *comienzos*, porque en la Asunción, nada de lo que concierne al Padre parece pertenecer al pasado: *Defunctus adhuc loquitur!* (*¡después de muerto, todavía habla!*).

Hagámosle hablar, nosotros que le hemos visto y escuchado, y contemos a la joven generación cuanto sabemos de los pensamientos, palabras y actos de aquel que Dios nos ha dado como Padre, como maestro y como modelo.

El Padre d'Alzon decía a uno de sus penitentes:

"He aquí mi método para tratar con el divino Maestro, presente en el Sagrario:

Entro en materia con estas palabras: *Loquere, Domine, quia audit servus tuus (habla, Señor, que tu siervo escucha)*. He aquí, Señor, Dios mío, mi Maestro y mi Doctor, que necesito luz en un asunto importante. Los libros no me dicen nada; los oráculos de la ciencia se quedan mudos o bien dan respuestas confusas, inciertas; los sabios confiesan su impotencia e ignorancia. Voy a examinar este asunto y discutirlo en presencia de tu Majestad, de acuerdo con mi manera de ver. Como en esto no busco más que tu gloria, me atrevo a pedirle a tu inefable bondad que ilumine mi inteligencia, que dirija mi juicio, que afirme mi voluntad...".

Estas palabras son textuales. El Padre declaraba que esta manera de resolver las dificultades de toda especie le había dado siempre buen resultado y que a menudo, habiendo llegado a una solución contraria a la que había previsto, se encontraba sin embargo en el camino recto, empujado por una fuerza suave al mismo tiempo que irresistible.

Podemos decir aquí que, en el transcurso de una conversación con el venerable cura de Ars, creímos deber nuestro someterle a aquel santo sacerdote un caso de conciencia que habíamos encontrado en nuestro ministerio, sobre el que el Padre d'Alzon nos había dado ya su parecer motivado. La decisión de aquel hombre de Dios, el señor Vianney, y la del Padre, fueron idénticamente las mismas, expresadas casi en los mismos términos.

Contábamos un día este hecho a Monseñor Ginouilhac, por entonces arzobispo de Grenoble y muerto más tarde como arzobispo de Lyon. El sabio prelado, gran teólogo y viejo amigo del Padre d'Alzon, nos dijo:

- Yo mismo he presentado al cura de Ars casos muy difíciles; me ha indicado decisiones que me han parecido a primera vista contrarias a todas las reglas; luego, tras examen más profundo, las he encontrado de una pertinencia muy notable.

¹ Es el 21 de noviembre de 1898. Se constata, según esta fecha, que esta tercera serie de *Anécdotas* se alargaba demasiado. La primera había aparecido en el número de los *Souvenirs* que lleva la fecha del 24 de abril de 1897.

Afirmamos lo mismo del Padre d'Alzon en lo concerniente a los casos que le hemos comunicado a menudo a lo largo de un prolongado ministerio, casos que habían puesto en apuros a más un eminente teólogo o sabio canonista.

Formación de caracteres

El Padre d'Alzon era sobre todo competente como educador de almas. Conocía a fondo el corazón del hombre; su ojo era observador y penetrante; su juicio seguro, su dirección firme, precisa, práctica. Así es como formó hombres de carácter. Es interesante seguir su acción en el colegio de Nimes, para luego conocer bien el talante que infundió a su Congregación religiosa.

Este espíritu se encuentra en los antiguos profesores y alumnos, en los religiosos y religiosas; en todo cuanto recibió la impronta de una mano fuerte y suave, dirigida por un alma apasionada por la gloria de Dios.

El colegio fue la preparación de la familia de los Agustinos de la Asunción; es realmente la cuna de las obras de este eminente fundador. Las Hermanas Oblatas y las Hermanitas de la Asunción están formadas a imagen de un modelo creado por la inteligencia del patriarca de los Asuncionistas, con las modificaciones exigidas por su respectivo estado.

En el colegio de la Asunción teníamos maestros distinguidos, elegidos con cuidado por el Padre d'Alzon. Eran notables, no sólo por su ciencia, su prestigio y la autoridad de su enseñanza, sino también y sobre todo por sus cualidades morales y sus hermosas virtudes cristianas.

¡Qué hombre aquel Germer-Durand, tan grave, tan erudito; siempre lleno de tacto y delicadeza cuando tenía que dirigirnos algún reproche! ¿Quién no se acuerda del brillante Jules Monnier y del trabajador y heroico Víctor Cardenne? ¿Quién no piensa con gusto y agradecimiento en el intrépido y entregado Hippolyte Saugrain y en el dulce y simpático Esteban Pernet?

Sólo hablamos ex profeso de los profesores laicos: laicos entonces ya que hoy tenemos -Dios nos los guarde muchos años- a los venerados Padres Hippolyte y Pernet.

De este hermoso grupo de valientes cristianos, los primeros educadores de la Asunción, dos solamente sobreviven, cargados de años y de buenas obras. Los jóvenes que educaron en los primeros días de la Asunción, ya son hombres en declive, sobre la pendiente a la que les empuja el inevitable fardo de la edad.

En sus viejos días, cuando el crepúsculo de la vida comienza su descenso, tienen una alegría que los rejuvenece: la de pensar en su querido colegio y en los maestros que les formaron. A aquellos maestros es a los que deben este espíritu de la Asunción que les conserva frescos y animosos, pese a los años y a los sufrimientos de la existencia; todavía florecientes y robustos, pese a los años acumulados, porque desde muy pronto les han disciplinado y curvado bajo las costumbres de la temperancia en todo y de la regularidad en sus deberes.

Con semejantes instructores, no nos faltaban ni consejos ni dirección; eran nuestros amigos más que nuestros maestros. Si tuviéramos derecho, diríamos a todos los jóvenes religiosos que están en este momento en las obras: Si queréis triunfar en la formación de los niños que os están confiados, imitad a vuestros predecesores del colegio de Nimes, vuestra casa paterna; ¡que su espíritu sea vuestro espíritu, sus métodos vuestros métodos, sus virtudes vuestras virtudes! No se puede triunfar en las obras de una Congregación si no es obrando según el espíritu de esa Congregación.

Dicho esto, dejémoslo aquí ya que estamos pisando terreno ajeno, sin haber recibido permiso.

El Padre d'Alzon ejercía tal influencia, que no hemos encontrado nunca nada parecido en ningún hombre, fueran cuales fueran su autoridad, sus talentos y su prestigio profesional: nos conocía mejor que nadie. Nos seguía con la mirada y nos estudiaba; poseía, como nadie, el arte de dirigirnos y de mantenernos en la rectitud del deber. Su mirada sondeaba las profundidades íntimas de nuestra alma; nos sentíamos atravesados, captados, descubiertos. Nos leía como en un libro.

Nos llevaba con tacto tan perfecto que, tomados de su mano, como un jinete que domina a su corcel, nos dejaba la satisfacción de creer que avanzábamos por nuestros propios esfuerzos, mediante nuestra enérgica voluntad. Le queríamos tanto, teníamos en él tal confianza, que con gusto dejábamos que su dedo volviera, una tras otra, cada página de nuestra conciencia para escrutar en ella nuestros secretos.

¿Qué hombre ha ejercido nunca tal influencia? Para encontrar algo comparable, habría que consultar la historia de los grandes directores de almas: un san Felipe Neri, un cura de Ars, por ejemplo. Lo confesamos: después de tantos años, sentimos que la impronta dejada en nosotros por aquella mano venerable está aún viva en nosotros.

El Padre nos contaba, en una época en que habíamos alcanzado ya la madurez, cómo rezaba día y noche por sus niños, pidiendo a Dios que le diera para ellos luz y dirección. Se preocupaba en particular de los que parecían tener vocación al sacerdocio y al estado religioso. Es sabido que la ambición de su alma apostólica era dar vírgenes a los conventos y jóvenes a los seminarios y monasterios.

Citemos algunas palabras textuales:

"Nunca sabréis, nos decía, ¡cuántas lágrimas he vertido para conseguir de Dios la perseverancia de ciertos alumnos que hoy son, unos, sacerdotes diocesanos, otros, sacerdotes religiosos!".

Los que repetimos estas cosas, ¿no seremos nosotros mismos hijos de esas lágrimas? El Padre tenía una manera irresistible de volver a encarrilarnos bien, de animarnos a mantenernos firmes en las resoluciones que él mismo nos impulsaba a tomar. No hacía largos sermones. Tenía aquel don, tan precioso y tan raro, de decir la palabra justa, en el momento más adecuado y del modo más persuasivo. Con una asombrosa destreza sabía servirse de nuestra pasión dominante para orientarnos hacia el bien. Lo que en nosotros era principio de caídas, se tornaba así en una fuerza transformada en principio de bien.

Tenía el talento de encender en nuestros corazones una emulación por la virtud. En un instante nos ponía en pie, en nuestros momentos de tentación y desfallecimiento. Sus consejos tenían algo de firme, lúcido, apuntando derecho a la meta. Salíamos de aquellas conversaciones entusiasmados para todo lo que es grande y noble. ¡Entusiasmados! Sí, la expresión no es exagerada; a menos que prefiramos decir que en la antigua Asunción reinaba una auténtica rivalidad para los actos de piedad y de entrega.

Hemos visto a hijos de familias aristocráticas y orgullosas de sus blasones honrarse lavando con sus propias manos a los niños pobres, repelentes de suciedad, sin vacilar en despojarles de la horrenda piojera que les devoraba. Servicios a menudo heroicos, realizados con espíritu sobrenatural que hacía ver en aquellos seres desgraciados a miembros de Jesucristo.

Podríamos dar los nombres de ciertos alumnos que consagraban la mayor parte de sus días de vacaciones a barrer la basura de cuchitriles infectos en los que vivían algunos míseros paráliticos abandonados de todo el mundo.

No contaremos lo que nos han dicho sino lo que hemos visto. Llenaríamos un libro bien gordo con la historia detallada de estas acciones virtuosas de la primera Asunción.

Una palabra más sobre este tema que nuestra pluma nunca conseguirá agotar. Queremos afirmar aquí para gloria del Padre d'Alzon y de nuestros maestros, en lo que atañe a las virtudes más delicadas, que la inocencia de los niños de la joven Asunción era sencillamente maravillosa. Y si he de hablar conforme a mis propias convicciones, era milagrosa. El Padre nos atraía, mediante sus oraciones y sus terribles penitencias, gracias excepcionales. Rodeaba a sus alumnos de precauciones que entonces no sospechaban, pero que comprendieron más tarde con un reconocimiento que durará tanto como sus almas.

¿Hay que asombrarse, después de lo que acabo de contar, de que el colegio haya llegado a ser la cuna de una Congregación religiosa? ¿No encontramos en los monjes, el espíritu y las virtudes de la infancia de la Asunción, llevadas sin embargo a ese grado tan alto de perfección que da por resultado al verdadero religioso? ¿No es cierto que los primeros hijos del Padre d'Alzon reconocen que están en su propia familia, con sus hermanos, entre los religiosos Agustinos de la Asunción, y que éstos miran a los antiguos como a sus hermanos mayores?

Terminemos esta *Anécdota* con un pasaje de Monseñor de Cabrières, sacado de su discurso para el cincuentenario de la Asunción. Encaja bien en nuestro tema: "Era mediante su acción paternal, a la vez suave y firme, vigorosa y dulce, tierna y sin blandura, como el Padre d'Alzon ganaba nuestro corazón y le llevaba a gobernarse y a reformarse a sí mismo. Felices confesiones de aquellos años lejanos, ¿hemos podido olvidarlas?... Nada de palabras inútiles, nada de explicaciones largas en sus labios, una palabra corta y penetrante que estimulaba el arrepentimiento, se adelantaba al desaliento, levantaba la conciencia y le devolvía la serenidad...".

Amigo fiel¹

Benedicto XIV declara, al principio de su tratado sobre la canonización de los santos, que para llegar a ser un héroe del cristianismo, hay que ser primero un héroe de la humanidad. De ahí su directiva de proceder al examen serio y detallado de la heroicidad de las virtudes cardinales. Son el fundamento de la perfección, y reciben su culminación de las virtudes sobrenaturales que las coronan; y el hombre en su ascenso progresivo no pierde nunca el contacto con esta base. ¡Nada tan bello como ver un alma adornada con todas las virtudes! Forman, en su admirable conjunto, aquel soberbio edificio que la Sabiduría se ha construido, reposando sobre siete columnas, de acuerdo con el lenguaje de la Escritura inspirada.

Dios mismo se deleita en la contemplación de un alma santa, reproducción de su imagen, a la que iluminan los rayos de su rostro. ¡Pues bien! nos ha sido dado contemplar de cerca un alma grande y bella. Podemos tomar una tras otra las virtudes del Padre d'Alzon, estudiar su fisonomía, los detalles; constatar su solidez, gozar de su esplendor, luego quedarnos maravillados ante el espectáculo de tanto heroísmo. A medida que vamos avanzando en este estudio apasionante, convendrá contar los hechos, citar las palabras preciosas y auténticas que prueban el grado de heroicidad de cada virtud. Más de una vez, sin duda, habremos de exclamar, tras las revelaciones del pasado: "¡Realmente no conocíamos aún a nuestro Padre!".

Penetremos hoy en el corazón de Manuel d'Alzon para admirar al *amigo fiel*. Los libros sagrados nos dicen: "El amigo fiel es una protección poderosa; quien lo encuentra encuentra un tesoro" (Eclesiástico 6, 14). La fidelidad es una virtud del orden natural que la fe hace sobrenatural. Supone la paciencia, la perseverancia, la magnanimidad, que son los complementos de la fuerza.

Dios nos ama; es fiel. Huimos de él, le ofendemos, nuestra ingratitud es sin límites; pese a todo él sigue siendo el mismo, sin cambio; en cuanto volvemos a él por el camino recto, encontramos que su amor por nosotros no ha cambiado.

No sabemos si ha habido alguna vez en el mundo un corazón más probado, más maltratado y torturado que el del Padre d'Alzon. Al mismo tiempo sigo convencido de que jamás corazón de hombre ha sido más inmovible en su fidelidad. Que quede claro que aquí no hablo de los enemigos del Padre, sino de ciertos amigos. Entre estos amigos, sinceros admiradores de Manuel d'Alzon, se encuentran quienes consideraron un deber contrariar sus designios, criticar su celo, poner obstáculos al desarrollo de sus obras. Afirmo con pleno conocimiento de causa, que esos amigos descarriados quisieron reanudar con el Padre los lazos que consideraban rotos para siempre; pues bien, le vieron venir a su encuentro, sonriente, con el corazón abierto y lleno de la vieja amistad que nada había podido alterar. Más de una vez, esta fidelidad conmovió a espíritus prevenidos contra él, y se vio a hombres poco simpatizantes al comienzo, recibir luego la influencia del Padre d'Alzon y pasar a ser sus amigos más abnegados. Era el prestigio de un corazón magnánimo, dotado de aquella amplitud realmente regia que Dios da a ciertos hombres privilegiados: *Dedit quoque Deus Salomoni... latitudinem cordis...* (Dios concedió a Salomón... un corazón dilatado) (1 Reyes 5, 9).

Guardando las debidas proporciones, se pueden aplicar al Padre d'Alzon aquellas palabras del Evangelio: *Cum dilexisset suos.. in finem dilexit eos* (habiendo amado a los suyos...los amó hasta el extremo: Juan 13, 1). No olvidemos que tuvo que luchar enérgicamente para conseguir vencerse; era por naturaleza orgulloso, impetuoso, acostumbrado a recibir servicios al instante. Quienes conocieron al joven y brillante Vicario general de Nimes, saben que estaba bien armado contra sus contradictores. Manejaba la ironía de un modo terrible; tenía un modo de plantarse, de tomar un aire de desdén que aterraba a cualquier adversario. Y este hombre extraordinario, en el trato íntimo de la vida, era el amigo más dulce, más sencillo, de una fidelidad a toda prueba.

¹ Esta *Anécdota* publicada en el número 392 de los *Souvenirs*, con fecha del 24 de junio de 1899, iba precedida de la nota siguiente del señor Galeran:

"Me piden, el Padre Picard en cabeza, *Anécdotas* del Padre d'Alzon, del Padre Pernet, de todos los antiguos. Me encuentro en apuros, como cogido en una trampa. No es la materia lo que falta, es la delicadeza de los temas lo que me frena. Me atrevo a lanzar el "Amigo fiel", pero con esta *Anécdota* tendré, como en otros casos, algunas dificultades, en el sentido de que habré de decir cosas que quisiera ocultar de ciertas circunstancias de mi vida. Lo que más he estudiado de la vida del Padre d'Alzon es

su alma. Parecerá pretencioso por mi parte, pero es la verdad. La belleza de esta alma me arrebató; pero para abrirla y ponerla de relieve, he de contar cosas íntimas que me harán quedar mal. Sólo se conocen las almas en sus relaciones confidenciales, en aquellas *conversaciones* en las que dos corazones se vuelcan el uno en el otro. Tendré, pues, que decir cosas poco elogiosas para mí, en detrimento mío. Deberé trazar episodios en los que ciertamente no brillaré. ¿Qué hacer? ¿Optar por ser algo heroico? Intentemos...".

No dudemos en expresar nuestro pensamiento en la forma que acude a nuestra imaginación. Pongamos al abate d'Alzon al lado del Padre d'Alzon: se trata del mismo hombre, pero ¡qué transformaciones tan admirables las de esta personalidad bajo la acción de la gracia! No sabríamos hacer nada mejor para trazar el retrato del amigo fiel, que contar la historia de su corazón en las distintas fases de una amistad de un temple excepcional.

Hemos conocido muy íntimamente a un antiguo alumno del colegio de la Asunción que nos contó algunas cosas confidenciales cuyos sellos se nos autoriza a romper hoy. No diremos todo lo que sabemos; diremos lo suficiente para poner de relieve un aspecto del alma cuyas virtudes queremos hacer apreciar.

El Padre d'Alzon quería tiernamente a este alumno. Le había recibido como niño al principio de la fundación del colegio de Nimes. Aunque este afecto paterno era correspondido con sincero amor filial, también es muy cierto que el Padre experimentó a menudo, por parte de este hijo, muchas dificultades y contrariedades. Sus más hermosas esperanzas fundadas sobre este niño fueron defraudadas y sus planes de futuro destruidos. En una palabra -para expresar mejor nuestro pensamiento con una imagen- el joven corcel, tan atolondrado como fogoso e indomable, se encabritaba bajo la espuela, resistía a la brida, para saltar y precipitarse sin freno *in regionem longinquam (en tierras lejanas)*.

¿No había en esta conducta motivo suficiente para cansar al amigo más abnegado y para enfriar el más cálido afecto? ¿Qué más se necesitaba para romper los lazos de la más fuerte amistad? No, el Padre d'Alzon fue fiel; esperó, paciente y magnánimo, hasta el final. Hizo más: con una destreza increíble, sin dejar adivinar la acción de su mano, no cesó de dirigir a aquel que se creía liberado de toda dirección. Decía a alguien sonriendo:

- Le aflojo la brida, pero la mantengo lo suficiente para impedirle abandonar el camino recto, aunque le dejo salirse un poco.

Sólo la muerte pudo interrumpir una correspondencia activa entre este sacerdote generoso y su discípulo. La última carta, fechada en la Cartuja de Valbonne, poco antes de la fecha memorable del 21 de noviembre de 1880, aporta un testimonio irrecusable y supremo a la verdad que hemos querido resaltar: el Padre d'Alzon fue el amigo fiel por excelencia: *in finem dilexit...(amó hasta el extremo)*.

Deberíamos callarnos tras haber hablado tanto. Mas, ¿por qué callarnos? cuando el velo que esconde el pasado se desgarrar ante nuestros ojos y nos muestra, viva, una escena cuya descripción puede dar a nuestra tesis un toque acabado. El Padre escribía en 1874: "¿Acaso Nuestro Señor no tuvo que sufrir mucho de la grosería y de la incredulidad de los propios apóstoles? A cada instante surgían las más absurdas pretensiones de prioridad, de dignidad, de ambición, de rivalidad; a cada instante vemos que no comprendían: *Et ipsi nihil horum intellexerunt...*" (pero ellos no entendían lo que les decía: Lucas 9, 45).

Un día, en 1859, en Montpellier, nos paseábamos el Padre y yo bajo los árboles de la explanada, frente a la ciudadela. La conversación rodaba sobre la inconstancia de los afectos humanos y su escaso valor; sobre los amigos diplomáticos, calculadores, de corazón estrecho, temerosos de comprometerse...y teníamos a nuestra disposición numerosos ejemplos para citar. El tema de esta conversación se basaba en una carta que el Padre tenía en la mano. Aquella carta no estaba dirigida a él. ¿Cómo había llegado a sus manos? Lo ignoro. Era autógrafa de un obispo que no necesitamos nombrar aquí. La conducta del Padre, bajo ciertas circunstancias, era criticada; su celo calificado de imprudencia; sus acciones tachadas de locura. Además se insinuaba que haría bien retirándose de la administración diocesana...

El Padre sonreía recorriendo aquellas líneas; ni una sola palabra de descontento salió de sus labios después de la lectura. Tras cerrarme la boca cuando comenzaba a proferir palabras de indignación, hizo las siguientes reflexiones, muy dignas, creo yo, de ser recogidas y conservadas:

"No hay amigo más perfecto que Nuestro Señor, el único con el que se puede contar en días de tormenta como en días soleados. Es el verdadero modelo de fidelidad; lo era ayer, lo es hoy, el mismo para los siglos que vengan. Nunca rechazó a nadie; valora nuestros mínimos servicios; recompensa hasta nuestra buena voluntad. Te lo aseguro, porque conozco el corazón de mi Maestro; si Judas hubiera dado el más mínimo signo de arrepentimiento, o manifestado un sencillo deseo de retorno, o dado un paso... su Salvador habría corrido hacia él con los brazos abiertos. Tú sabes cómo era amado Juan a causa de su pureza. Sin embargo, no fue el corazón virginal de Juan el que fue escogido para ser la piedra fundamental de la Iglesia; prefirió el corazón no virginal pero ardiente de Simón-Pedro. Me emociono cuando pienso en la fidelidad de Jesús para con Pedro, que le niega tres veces; a pesar de esta falta, el apóstol no es rebajado de rango en el colegio apostólico. No estuvo a la altura del honor; pero es perdonado a causa de su arrepentimiento; ¿pero

podía seguir considerándose jefe de los apóstoles? ¿Incluso simple apóstol? Confieso que se me conmueven las entrañas cada vez que leo el Evangelio de san Marcos, escrito bajo la mirada de Pedro. Encontramos ahí una palabra emocionante en grado superlativo: "El ángel dijo a las mujeres: *Id a decir a los discípulos y a Pedro...*". Lo que quiere decir: ¡sobre todo no olvidéis a Pedro! Sin esfuerzo de imaginación, veo al apóstol recibiendo el mensaje inesperado y exclamando: "¿De veras?, os ha dicho: ¿y a Pedro?". No se atrevía a creerlo. ¡Oh, amigo mío, qué corazón fiel y delicado el del divino Maestro!".

¡Nada que añadir a estas palabras de nuestro Padre! ¿Habré logrado describir un poco la fisonomía del *amigo fiel*?

Las Vincas

He aquí el relato de un hecho del que no encuentro ninguna nota en mis cuadernos. El recuerdo habría quedado probablemente perdido, al menos en lo que respecta a los detalles, si una curiosa circunstancia, absolutamente fortuita, no hubiera devuelto ante mis ojos el cuadro vivo de una escena muy curiosa e interesante. Juzgad vosotros mismos, pero antes dejadme que os cuente a mi manera, el relato ingenuo de mis impresiones.

Durante la pasada primavera¹, volvía yo de Belén a la hora en que el sol empieza a declinar en el horizonte. En vez de seguir el camino ordinario, tomé un estrecho sendero, campo a través, para disfrutar en paz del aire perfumado, del verdor y de las flores. Al bajar por una pendiente tapizada de césped, mis ojos tropezaron con un macizo de hermosas vincas abiertas, brillantes de frescor sobre el fondo verde de su tupido follaje.

Esta vista produjo en mí el efecto de una aparición sobrenatural: me quedé inmóvil bajo el efecto de ideas confusas. Los recuerdos de un pasado lejano invadieron mi alma. La gran figura del Padre d'Alzon se presentó ante mí. Volví a ver en sus detalles más ínfimos, una escena olvidada que me recordaron aquellas encantadoras flores y que parecían invitarme a contársela a mis hermanos jóvenes. Hela aquí.

En los primeros días de primavera -si no recuerdo mal era en 1858- había ido yo de Montpellier a Gignac para predicar en aquel lugar. Le había prometido al Padre ir a verlo al castillo de Lavagnac, que distaba poco de allí, y donde él se reposaba. Habíamos decidido pasar un día juntos. Llegué temprano por la mañana. Tras el almuerzo y la acostumbrada visita a la capilla, el Padre me propuso dar un paseo por el parque, a la sazón en toda su magnificencia.

Había yo preparado un tema de conversación referente a ciertos proyectos que me ocupaban. Desde la primera palabra, el Padre me cerró la boca con aquel aire de autoridad irresistible que le era connatural; hablaríamos de esos asuntos más tarde cuando él pasara por Montpellier. Comprendí que quería hablarme de algo distinto y que también él tenía preparado un tema de conversación. Efectivamente, comenzó una auténtica conferencia sobre la vida religiosa.

Me atrevo a confesar que encontré en un principio el tema muy mal elegido, demasiado serio para un día de vacaciones en el campo, cuando yo habría preferido relajarme y reír un poco, tras haber predicado la víspera un panegírico muy solemne, al menos a mi propio parecer. Mi descontento no duró más que un momento; quedé inmediatamente subyugado por el encanto de la palabra de aquel maestro eminente. Cautivado, encantado, me dejé fascinar sin intentar resistir a su hechizo.

El Padre ampliaba constantemente su tema. Su poder de síntesis le permitía abrazar vastas visiones de conjunto; luego, desde las alturas en que se colocaba, sabía bajar, con facilidad, a los detalles del análisis más minucioso.

Lamento hoy no haber consignado por escrito, en aquel entonces, los retratos de los patriarcas de la vida monástica, esculpidos por este artista con mano segura y delicada. Nunca he escuchado nada tan hermoso como la apreciación del Padre con respecto al carácter distintivo de las obras ilustres de los fundadores de Órdenes. A los que más admiraba eran: san Basilio, san Agustín, san Benito y san Norberto de Magdeburgo.

Durante esta deliciosa conferencia bajo los castaños de Indias, fui iniciado a la doctrina de los célebres místicos de las escuelas benedictina, dominicana, franciscana y la de los Carmelitas. Sin duda, el Padre trazaba con rapidez las líneas maestras de esta teología, pero sus trazos tenían tal vigor, quedaban grabados con tal precisión y nitidez, que me han servido para guiarme más tarde en el difícil ministerio de la dirección de las almas. No diré todo lo que escuché y retuve sobre la vida religiosa durante aquel paseo memorable. Me acuerdo, sin embargo, muy bien de las ideas desarrolladas por este patriarca creador de una nueva Orden.

Tengo presentes en la memoria sus reflexiones sobre el tipo de religioso que deseaba ver establecerse en la Iglesia: la más enérgica y universal actividad, unida a la regularidad de las observancias monásticas. Aunque alabando a los jesuitas, deploraba que hubiesen abandonado las funciones más solemnes de la sagrada liturgia. Ningún servicio

¹ De 1899. Esta *Anécdota* fue publicada en el número 394 de los *Souvenirs*, fechado el 8 de julio de 1899.

religioso, decía, ningún ejercicio de piedad igualaba la belleza de las ceremonias de la Iglesia; ninguna oración pública podía superar a la salmodia o al canto del Oficio divino en coro.

Añadía: "La Iglesia es una monarquía cuyo Rey invisible está, sin embargo, presente bajo un velo misterioso. Esta presencia sagrada debe ser rodeada por una corte, con esplendores de una pompa verdaderamente regia. *Quantum potest tantum aude...*(Osa llegar lo más lejos que puedas). El Ceremonial contiene, bajo el nombre de rúbricas, las prescripciones que regulan el despliegue de aquella pompa o culto externo. Quiero -cito sus propias palabras- religiosos que salgan del Oficio para subir al púlpito, hombres que abandonen el claustro para mostrar caras decididas, en las que se pueda ver no los signos del miedo, sino las audacias de la fe...".

No es posible hacerse una idea del ardor del Padre durante esta conferencia; las palabras salían de su boca inflamadas. Yo le escuchaba encantado; no le había visto nunca en un tal arrebató de entusiasmo.

Caminábamos lentamente, la conversación se desarrollaba progresivamente, cuando a la vuelta de una de aquellas avenidas, al pie de un viejo roble, se nos presentó un soberbio lecho de vincas cultivadas. El Padre se paró silencioso para admirarlas. Luego, retomó la palabra, siguiendo el curso de sus pensamientos, y dijo:

"¡Oh, mira la hermosa imagen de una comunidad de monjes! ¡Mira estas hermosas flores! Lástima que Jean-Jacques Rousseau las haya hecho sus flores favoritas. Después de todo ese pobre hombre nunca vio en ellas lo que yo veo. Dios que creó a la vinca, la hace hablar para su gloria. ¿Acaso no es una ilustración de lo que acabo de decir sobre la vida religiosa?"

Mira bien, del centro inmóvil de la planta arrancan en todas direcciones sus tallos flexibles, vigorosos, llenos de savia. Estos tallos innumerables irradian en torno a su punto de partida, es decir, de su cuna. Crecen y se elevan cargados de hojas y flores. Se insinúan y penetran por todas partes, superando los obstáculos que terminan cubriendo con su verdor.

Las ramitas -míralas bien- sólo tienen vida y energía en cuanto están en contacto con la planta madre. ¡Y esas flores! Examínalas de cerca: llevan los colores de la humildad, como la violeta; pero lo que más admiro, es la actitud de su cabeza, que no se esconde bajo las hojas. No, está derecha, se yergue y domina. Estas flores presentan audazmente su corola al sol, abriendo su cáliz a la luz que las fecunda.

Mi querido amigo, ¡me gustan las vincas! Simbolizan a mis ojos mi ideal de una Congregación religiosa. No olvidemos que el divino Maestro se sirvió de una planta para dar a entender la organización de su Iglesia, cuando dijo: "Yo soy la vid, vosotros sois los sarmientos".

Aquí tengo que cerrar mi relato, una *Anécdota* no debe ser un volumen.

He citado las palabras del Padre con fidelidad, tal como las ha conservado mi memoria. Repito, mis notas escritas no me han dado datos sobre este episodio. No dudo, sin embargo, en garantizar la exactitud de los detalles que doy, aunque el discurso que reproduzco sólo sea un resumen abreviado.

Este discurso o conferencia se prolongó hasta tan tarde que me resultó imposible marcharme aquel mismo día. Con el encanto de su elocuencia se me olvidó la hora de partida, con gran alegría del Padre d'Alzon, que se guardó bien de avisarme. Se permitió incluso declarar, con la mejor gracia y su fina sonrisa, "que era el primer éxito de su enseñanza".

Ahora, ¿resultará difícil comprender mi emoción al ver de pronto las vincas en el camino de Belén, que me recordaron con tanta viveza las vincas del castillo de Lavagnac? Entre unas y otras, sin embargo, mediaba la distancia de cuarenta años.

Los higos de Lavagnac¹

¿En qué año preciso tuvieron lugar los hechos que voy a contar? Lo ignoro; lo he olvidado. No puede ser antes de 1857 ni después de 1859. Sin embargo, la estación exacta del año se fija por sí misma ya que se trata de la época en que maduran los primeros higos. Vayamos al grano.

El sol lanzaba sus primeros rayos a través de los vapores espesos de la noche cuando, cierto día, la diligencia de Pézenas se detuvo ante la casa de la Providencia de Montpellier. En ese momento preciso el capellán salía de su casa para ir a la iglesia. El conductor le entregó una hermosa cesta, de formas elegantes, de la que sobresalían por encima de la tapadera medio cerrada, algunas hojas verdes y frescas.

- Conductor, ¿de dónde viene esta cesta?

¹ Esta *Anécdota* del Padre d'Alzon es la última publicada por los *Souvenirs*. Se encuentra en el número 405, fechado el 14 de octubre de 1899. El 11 de noviembre siguiente comenzaron las pesquisas... Fue el fin de las *Anécdotas* y de muchas otras cosas.

- De Montagnac; fue entregada en la oficina del relevo, la recogí al pasar.
- ¿Quién la envía?
- No sé nada. Me han encargado entregársela sin falta.

Cuando se marchó la diligencia, el capellán entró de nuevo en su casa con gran curiosidad. Hizo entonces lo que hacen muchas personas que reciben un paquete o una carta: en vez de abrir inmediatamente la cesta, la gira, le da vueltas en todas direcciones, la interroga. La escritura de la dirección le es desconocida. ¿De dónde procede el envío? ¿Será del Padre d'Alzon? Montagnac está cerca del castillo de Lavagnac; pero no, de memoria de hombre, el Padre d'Alzon jamás ha enviado una cesta.

¡Una cesta! Es demasiado gran señor para eso. Sólo envía cartas; aunque una vez, por san Enrique, hizo llegar una caja, sellada con el escudo de la familia, que contenía una disciplina nueva y una nota con esta consigna, bajo la forma de un consejo benevolente: "utilizarla generosamente".

Tales eran los pensamientos que flotaban en el espíritu de nuestro capellán en presencia de tan misteriosa cesta.

Finalmente, hela aquí abierta; sobre una capa de hojas se encuentra una nota del puño y letra del Padre d'Alzon. "Mi querido amigo, acepta los primeros frutos de Lavagnac. Los he cogido yo mismo al amanecer. Están maduros y muy dulces. Necesito endulzarte para entrar en materia en un asunto que hemos de tratar juntos. Mañana, llego en la diligencia. Celebraré misa, luego te pediré que me des de desayunar. Luego, el día mismo, salgo para Nimes.

Bajo la nota y bajo los pámpanos frescos estaban los higos. Nada de higos vulgares de mercado, sino ese hermoso higo negro, perfumado, repleto, blando al tacto, maduro, a punto; en fin, una fruta regia, formada con la más pura savia del árbol, buscada, codiciada, saboreada con delicia: ¡el incomparable higo de flor, de las riveras del Hérault! ¡Juzguen ustedes! ¡Una cesta de frutos exquisitos, recogidos por el Padre; una nota del mismo anunciando su llegada: todo eso junto, llegado con los primeros rayos de sol! Se lo preguntamos a quienes tengan gusto y corazón, ¿no era un día para señalar con una raya en la pared?

Henos aquí al día siguiente. La diligencia de Montagnac se acerca... Se escuchan las campanillas, los chasquidos de la fusta... Llega, se para. El Padre d'Alzon, ágil como siempre, desciende enseguida del coupé. Parece tan fresco y mil veces más delicioso que sus higos, sin comparación.

Escuchad el breve diálogo de entrada:

- Padre, debió mandarme la nota por alguien, en mano. Habría podido no abrir la cesta inmediatamente... Se ha expuesto a no encontrarme aquí...
- ¡Oh! ¡Oh!, amigo mío, te conozco a fondo. Te sé de memoria... ¡Tú! ¿recibir una cesta cerrada y no abrirla enseguida? Nunca. No eres capaz de una abnegación semejante... ¿Has abierto la cesta, verdad? Mientras leías la nota ¿has comido uno de mis higos? Vamos, sé franco...
- Padre, usted desea celebrar misa, creo...

El Padre entonces cambió de tono; tomó un aire serio, preocupado, se quedó en silencio algunos instantes, luego con emoción en la voz me dijo:

-Sí, deseo celebrar misa; quiero que me ayudes, tú mismo, en cuanto no haya nadie en la iglesia. Necesito estar solo...

Mientras se revestía con los ornamentos, me dijo en voz baja:

- ¿Sabrás guardarme el secreto? Tengo un problema serio para el que necesito la intercesión de las almas del purgatorio. En el *Memento* de los difuntos, me detendré cierto tiempo, déjame. Pero si me quedo absorto más de cinco o seis minutos, ven a sacudirme y a decirme que siga la celebración.

Es sabido que nuestro Padre, aun conservando una gran dignidad, celebraba la misa con rapidez, en veinte minutos. Un *Memento* de al menos cinco minutos no podía menos de indicar algo extraordinario.

Llegado a ese punto del augusto sacrificio, el sacerdote, las manos juntas, la cabeza inclinada, los ojos cerrados, pareció como enterrado en una fervorosa oración. Su cuerpo, erguido, inmóvil, con la rigidez de una estatua de piedra. Uno se podía preguntar si no había dejado de respirar.

Mirando desde un ángulo del altar para ver mejor su cara, se podía percibir un ligero, pero sensible movimiento de los labios, cerrados sin embargo. Parecía que el Padre decía interiormente palabras que no articulaba exteriormente.

Al séptimo minuto medido con reloj, le advertí tocándole el brazo. Inmediatamente sus ojos se abrieron, las manos se extendieron. Sin la menor vacilación, como si no hubiera tenido la menor interrupción, el Padre pronunció claramente las palabras de la liturgia: *Ipsis, Domine...* y el rito sagrado retomó su curso sin otro incidente.

Se comprenderá fácilmente que durante el desayuno no hubiera, ni por parte suya ni mía, alusión alguna a lo que acababa de suceder; el Padre, volvió a ser él mismo, alegre, lleno de buen humor, lanzando sus flechas de encantadora malicia contra quien, hoy, por primera vez, publica estas cosas que no ha olvidado, porque guarda esos preciosos recuerdos en el fondo de su alma.

NOTA

Aquí terminan bruscamente las Anécdotas del Padre d'Alzon publicadas por el señor Galeran en los Souvenirs. Nada hacía prever esta interrupción y en ninguna parte se ha dado una explicación escrita. Pero la auténtica explicación está en los mismos acontecimientos como se ha dicho en el Prefacio: habiendo sido suprimida en Francia la Congregación, los Souvenirs desaparecieron y en consecuencia no hubo más Anécdotas del Padre d'Alzon. La guerra de 1914, al expulsar brutalmente a la comunidad de Jerusalén, consumó el desastre, porque destruyó lo que quedaba de los papeles y notas del señor Galeran y que causó la muerte del mismo, cuya edad avanzada fue incapaz de soportar semejante sufrimiento.

Que el lector tenga a bien elevar una oración por el alma de este hijo tan querido del Padre d'Alzon, en agradecimiento a sus esfuerzos por pintarnos el carácter y el espíritu de nuestro Padre.

APENDICE

Añadimos en apéndice, una oración fúnebre sobre el Padre d'Alzon que el señor Galeran pronunció en la comunidad de Nuestra Señora de Francia en el duodécimo aniversario de la muerte del Padre. Fue publicada en Souvenirs en el número 143, del 4 de junio de 1893.

Algunos celebrarán leer también en apéndice, tres Anécdotas del señor Galeran sobre el Padre Pernet. Dos fueron dedicadas a las Hermanitas de la Asunción, que acababan de perder a su fundador y publicadas por Souvenirs, n° 393 y 399, en las fechas respectivas del 1 de julio y 9 de septiembre de 1899. La tercera fue enviada al Padre Vincent de Paul, que la publicó en noviembre de 1900, en el número 29 de su carta "A los Hermanos de la Dispersión en Oriente". No habiéndole dado título el señor Galeran, la titulamos "El sentido común del Padre Pernet" y la colocamos después de las otras dos.

Finalmente, completamos esta interesante serie de Anécdotas con un "Proyecto de Panegírico" del Padre Hippolyte que el señor Galeran envió a su protagonista en vida y donde describía con mucha verba y exactitud el carácter, el ánimo, la fuerza de alma, la energía natural y sobrenatural de su antiguo prefecto de disciplina en el colegio de Nimes. Es un retrato muy bienvenido. Se puede leer en el n° 398 de los Souvenirs del 19 de agosto de 1899. En cuanto al panegírico del Padre Pernet, en el que trabajaba el señor Galeran cuando envió al Padre Hippolyte esta original oración fúnebre, ignoramos si ha sido pronunciado alguna vez.

**Oración fúnebre
sobre el Padre Manuel d'Alzon
pronunciada el 22 de noviembre de 1892
en Jerusalén
en la capilla de Notre Dame de France
por el señor abate Galeran**

Mementote praepositorum vestrorum,
qui vobis locuti sunt verbum Dei,
quorum intuentes exitum conversationis,
imitamini fidem.

Recordad a vuestros dirigentes
que os transmitieron la Palabra de Dios;
imitad su fe, considerando el fin de su vida
(Hebreos 13, 7)

He ahí lo que san Pablo escribía a los Hebreos. Estas palabras me parecen convenir admirablemente a la ceremonia que nos reúne aquí, ya que estamos celebrando el duodécimo aniversario de quien fue nuestro jefe, cuya boca nos ha predicado la Palabra de Dios tan a menudo y cuyo gran espíritu de fe -a través de sus ejemplos a lo largo de su vida y con la última y suprema lección de su santa muerte- nos anima a todos a seguir valientemente las huellas de sus pasos. ¡Qué nombre el de Manuel d'Alzon! ¡Qué recuerdos llenan y perfuman el alma desde el momento en que los labios lo pronuncian! Dejó la tierra, hace doce años, pero no nos dejó huérfanos; a vosotros sobre todo, Padres y Hermanos queridos, de quienes decía antes de morir: "*Ya sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen, sois lo que más he amado en el mundo*". ¿No es cierto que todavía está vivo en medio de vosotros, como vuestro jefe, mediante las reglas que os ha dejado; como vuestro guía, mediante los sabios consejos que os ha transmitido; como vuestro Padre, mediante ese valiente espíritu del que sois herederos y que debe ser, por la gracia de Dios, el molde de vuestra vida religiosa? En este momento todo indica que estamos asistiendo a una ceremonia fúnebre: los cantos, las palabras de la liturgia, el lienzo mortuorio en medio del coro, los ornamentos de los ministros sagrados. Pero si lo externo recuerda el duelo, ¿no sentimos como un soplo vivificante que pasa sobre nuestras almas y las refresca disipando la tristeza?

Al fin y al cabo, esta tumba al borde de la que nos encontramos, apenas cerrada por mano de hombres, pareció abrirse de nuevo bajo la acción de una fuerza misteriosa. El que estaba muerto pareció hablar de nuevo; todo estaba terminado, decían, y he aquí que todo recobró de repente un vigor nuevo e inesperado. Y se han visto salir de este ataúd, como de un manantial fecundo, aquellas aguas que desde hace doce años se expanden por el mundo entero, multiplicándose por diversos canales que son las Congregaciones de religiosos y de religiosas asuncionistas. Sois de ayer, mis queridos Padres y Hermanos, estáis apenas formados y ya lo llenáis todo, y vuestra acción se deja sentir lejos. ¿Qué extraño fenómeno es éste? El Padre d'Alzon lo había anunciado: "Después de mi muerte las obras se desarrollarán".

Los que han visto los comienzos de lo que ha venido a ser un fenómeno prodigioso, podrían contaros, entre otros, un incidente que -eso espero- no parecerá aquí fuera de lugar y cuyo recuerdo no se ha perdido.

Hace muchos años, un día de fiesta, un hombre eminente, amigo abnegado de vuestro fundador, el padre del religioso que es aquí vuestro superior¹, recitaba al abate d'Alzon una encantadora poesía que había improvisado para animarle a continuar la empresa de una obra buena que, se decía, no iba a tener éxito. No encuentro en mi memoria más que dos estrofas, pero se aplican tan bien, como una profecía, al incremento inaudito de la Congregación, tanto en sus miembros como en sus trabajos, que la voy a citar con gusto. Helos aquí:

La obra que nace es como un río,
muy estrecho en su cuna,
pero que, en cuanto el cielo lo abreba,
cesa de ser un arroyuelo.
Y de los flancos pedregosos
de las montañas,
huyendo con rapidez,
se va llevando hacia las campiñas
la alegría y la fertilidad.

Así es, en efecto. El sucesor del Padre d'Alzon ha constatado más de una vez que la obra se duplica bajo la bendición de Dios.

¿Podemos olvidar que estábamos en París y luego en Livry, en el momento del último retiro, pocos días antes de la celebración del Capítulo general?

Allí, hemos visto llegar del Norte y del Mediodía, de Oriente y Occidente, las cohortes numerosas de estos religiosos, viniendo de los distintos campos de combate, para encontrarse reunidos en la casa-madre y rehacerse de nuevo, tras sus labores. En nuestro asombro a la vista de este espectáculo, decíamos al Padre general, que recuerda, al igual que nosotros, la pequeña cuna de esta amplia familia:

- Sólo con que silbara, se han reunido a su derredor estos batallones que Dios ha multiplicado y diseminado entre los pueblos: *Sibilabo eis et congregabo illos...et multiplicabo eos... et seminabo eos in populis (Les silbaré y les reuniré... y*

¹ El señor Germer-Durand, padre del Padre Germer que era entonces superior en Nuestra Señora de Francia.

los multiplicaré y los enviaré a las naciones) (Zacarías 10, 8-9). Y he aquí en el comedor de Livry a sus hijos reunidos en torno a su mesa, numerosos y llenos de savia, como brotes de olivo. *Filii tui sicut novellae olivarum in circuitu mensae tuae?* (*¿Tus hijos, como brotes de olivo en torno a tu mesa?*) (Salmo 127, 3).

He ahí la obra del Padre d'Alzon, dócil instrumento de la gracia divina.

Venid, tratemos de dibujar a grandes rasgos el retrato de este hombre notable, tal como nos ha sido dado conocerlo: *un perfecto gentilhombre, un verdadero sacerdote, un santo religioso.*

El perfecto gentilhombre

La gracia transforma la naturaleza sin absorberla. La personalidad humana no es nunca destruida por el elemento sobrenatural; lo mismo que en Nuestro Señor la humanidad no quedó absorbida por la naturaleza divina. El santo, que es un hombre transformado, sigue siendo él mismo. Antes, pues, de entrar en el estudio de la vida de un santo, es bueno conocerle en sus inclinaciones, en sus cualidades y con sus defectos, en el orden natural, para poder seguir la obra de la gracia y las transfiguraciones que ella opera en un sujeto que no se resiste a su influencia, sino que se somete a ella voluntariamente.

Emmanuel-Joseph-Marie-Maurice d'Alzon era notable por la nobleza de su porte, sus maneras distinguidas y su espíritu caballeresco. A los dieciocho años era un joven apuesto, amable, de un talante alegre, cuya compañía era buscada y cuya conversación llena de vida y de sabor, sin sombra de ostentación, cautivaba a cuantos se le acercaban. Su aire natural, siempre digno, denotaba al hijo de un gran señor.

Más tarde, los que tuvimos la suerte de tenerlo como maestro, admirábamos su hermosa estatura, su amplio tórax, su cabeza siempre alta y echada hacia atrás, sus ojos penetrantes, sus labios expresivos. Sus alumnos le amaban con pasión porque les fascinaba.

La historia nos dice de san Basilio el Grande que cuantos le rodeaban trataban de imitar su porte; recuerdo a más de un maestro y de un antiguo alumno que, quizá sin darse cuenta, trataban de reproducir en sus actitudes y sus modales los de un hombre en quien no queríamos ver ninguna imperfección.

¿Quién no recuerda, entre los antiguos, la distinción con la que asistía en el altar a su obispo, Monseñor Cart? Más de una vez le vimos en medio de un grupo de obispos, como con ocasión de la consagración de la iglesia de San Pablo, en Nîmes, y nos decíamos (perdón por la franqueza tan simple): "¡los eclipsa a todos!".

El encanto de su espíritu quedaba embellecido por el talante caballeresco que le caracterizaba. En vano buscaríamos en el pasado, en los más minuciosos detalles, una sola circunstancia en que el Padre d'Alzon haya actuado *un poco por debajo*, según la expresión al uso; una sola ocasión en que se haya mostrado pequeño o estrecho. Le vimos ponerse colorado cuando tenía que hablar de temas delicados, él, sacerdote de virtud angélica; pero jamás tuvo que bajar los ojos ante el recuerdo de alguno de esos actos que, sin ser pecados, recuerdan a un hombre bien nacido que le ha faltado franqueza, amplitud de alma, generosidad de corazón, o incluso decoro. Manuel d'Alzon actuaba en todo por principio de honor, y este sentimiento, cuando es sobrenaturalizado, lleva lejos y alto; mantiene siempre vigilante.

Nos enseñaba siempre a tener con Jesucristo la fidelidad y la lealtad de súbditos fieles a su Rey. "Amigos míos, nos decía en una de sus instrucciones del sábado por la tarde, la cuestión no es si el pecado es ignoble o atractivo; porque tal acto, que es pecado porque está prohibido, puede ser bueno en sí mismo, cuando es legítimo en ciertos estados de vida. La cuestión para vosotros ha de ser ésta: esta tentación me fascina; no veo en ella al fin y al cabo un gran mal; pero mi Rey no la quiere, el honor pide que yo siga fiel a sus órdenes y sin discutirlos".

Seguid la marcha, por la vida, de la mayoría de sus antiguos alumnos; los reconoceréis por esta señal: han sido fieles a Dios, a la Iglesia y a la patria por honor. No hay un solo hombre, formado por el Padre d'Alzon, que no haya salido de sus manos transformado en auténtico y sincero gentilhombre, en el exacto sentido del término, que procediera de raza aristocrática o de clase inferior.

Manuel, hijo único de una familia ilustre, heredero de un hermoso nombre y de una gran fortuna, acostumbrado a ser servido, mimado, tenía tendencia por naturaleza a ser altanero, imperioso, a veces incluso desdeñoso, brusco y acerado en su lenguaje. Por virtud, era de una sencillez y de una condescendencia inolvidables.

Un día, siendo ya Vicario general, insistió en llevar él mismo, de la estación al colegio de la Asunción, una pesada maleta del Padre Corail, jesuita. Rechazó el ofrecimiento de nuestros servicios.

Temía a su madre; temblaba en su presencia. Lo vi más de una vez, en el castillo de Lavagnac: se levantaba y se descubría siempre delante de su padre y de su madre.

Un día, tras haber gastado su último céntimo, tenía necesidad de una suma de dinero considerable; fue a pedirle a su madre que se la diera. En el viaje, encontró a algunos amigos íntimos y les dijo:

-Tengo miedo, tengo que ir a ver a mi madre para pedirle dinero y me temo que me va a reñir.

De vuelta, los mismos amigos le vieron venir con la cara radiante y alegre, y decirles:

- ¿Lo vais a creer?, mi madre no me ha reñido, me ha dado todo lo que le pedí.

Cuando el joven Manuel estaba en Roma, escribía a menudo al abate Vernières, a la sazón párroco de Montferrier, cerca de Montpellier, y muerto siendo párroco de Capestang. He tenido la suerte de leer aquella correspondencia en la que encontramos a cada línea al gentilhomme cristiano. Habla allí del acta que firmó a petición del papa Gregorio XVI que condenaba los errores de Lamennais. Anuncia su ordenación y pide consejos sobre su porvenir. Ahora que es sacerdote piensa en partir para las misiones; luego, le parece que París ha de ser el centro de su ministerio en medio de los jóvenes estudiantes. Pero el cardenal Micara, escribe, le ha dado el sabio consejo de seguir la vía ordinaria poniéndose entre las manos de su obispo. Es lo que se propone hacer.

Cuando el abate Vernières fundó más tarde una casa de retiro para los sacerdotes en aprietos de toda clase, pocos son los que saben que el abate d'Alzon le animó y le ayudó generosamente con su propio dinero. Ése fue el comienzo de sus gastos incontrolados, que han sido tachados de extravagancias entre los hombres, pero que los ángeles del cielo ponían en el haber de nuestro Padre, en aquel gran libro que algún día hemos de ver. Se empobrecía en la tierra, atesoraba en el cielo.

Sé por el abate Vernières un detalle muy interesante, que he de contar, aunque sea de un carácter muy íntimo, pero pone tan de relieve su carácter de gentilhomme y la delicadeza exquisita de su corazón puro, que no vacilaré en decir lo que sé.

Cuando Manuel volvió de París terminados sus primeros estudios, estaba en todo el esplendor de un joven de raza noble. Las familias aristócratas del entorno de Lavagnac venían a menudo a visitar a los d'Alzon, y las madres traían con ellas a sus hijas. Aquellas señoritas, cuidadosamente educadas, cuya piedad y virtud realzaban su belleza y sus gracias, gustaban del trato de nuestro Manuel. Era cosa muy natural. Varias se enamoraron de él y muy pronto. Él se dio cuenta y entonces, decía el venerable sacerdote, mostró aquel hermoso carácter que le hemos conocido. Con un tacto exquisito, con una delicadeza admirable, sin cambiar bruscamente su conducta, sin dar el menor aliento y, sobre todo, sin ofender nunca aquellos corazones inocentes y sencillos, mantuvo a aquellas jóvenes a distancia con una fuerza suave que paró en seco cualquier pasión naciente e impuso la estima y el respeto. Tal fue el perfecto caballero.

El verdadero sacerdote

¿Qué es un verdadero sacerdote? Aquél que une al carácter sagrado el espíritu de su vocación; el que no sólo ofrece el sacrificio, sino que ofrece también a los demás aquello de lo que es depositario: los sacramentos, la Palabra de Dios, la ciencia divina, añadiendo a eso el ejemplo y, si necesario fuera, su propia inmolación. En una palabra, el verdadero sacerdote es predicador, director y doctor.

El Padre d'Alzon era hermoso en el púlpito, su gesto tenía amplitud y gracia. Tenía la costumbre de no fijar su mirada en el auditorio, excepción hecha de algunos momentos de apasionamiento o de apóstrofes elocuentes; pero se veían siempre los relámpagos de su mirada. Su voz no siempre era justa en su entonación; decía que tenía la voz falsa, pero el oído justo; nunca se equivocó con más candor.

Más de una vez su elocuencia se elevaba a lo sublime. De entrada era tranquilo y sencillo; poco a poco se remontaba mediante impulsos que parecían, según la exacta apreciación de Monseñor Besson, "vigorosos aletazos". No escribía. Rezaba, meditaba y se mortificaba. Decía: "El estudio recoge los materiales y los pone en orden. La víspera de predicar es mejor dejar los libros de lado, a menos que sea necesario precisar una cita. Sólo la oración da unción y poder de penetración. El sermón que da fruto no es siempre el más correcto desde el punto de vista literario, sino el que ha sido preparado ante el Santísimo y mediante la penitencia, la meditación y la oración".

Se ha dicho del Padre d'Alzon, en versos bien inspirados, lo que reproducimos aquí:

Cuando en las llanuras del cielo,

el águila audaz se lanza,
no lejos de nosotros, primero,
sus alas la mantienen;
mas, pronto se le abren vastos horizontes,
y sube, hiende el espacio, y la multitud atónita
la admira, triunfante en medio de la nube.
¿De rayos divinos coronada?

Así, sacerdote inspirado, se eleva tu palabra.
Cuando deseas levantar el velo del símbolo,
el vulgo se turba y teme la oscuridad;
esperad, el relámpago desgarrará la nube;
y sé que a su luz los espíritus más ciegos
han saludado la verdad.

Lacordaire decía un día al Padre d'Alzon: "Usted predica demasiado, se agotará". El le respondió: "Los grandes torrentes lo arrasan todo en un instante, pero la gota de agua ha de caer constantemente para horadar. Yo soy la gota de agua".

Era a menudo el torrente que arrastra. Nimes no olvidará nunca las conferencias impartidas en la iglesia de San Carlos, en 1848, después de la revolución a la que el Padre d'Alzon acababa de asistir en París. Varias horas antes del discurso, la iglesia estaba literalmente invadida. Había hombres sentados a horcajadas en las balaustradas del coro; otros, subidos a los bancos detrás del altar mayor, enseñaban la cabeza por entre los candelabros.

Sus instrucciones de los sábados en la Asunción y sus explicaciones sobre las epístolas de san Pablo en la misa de los domingos, han quedado grabadas en el espíritu de sus antiguos alumnos. Aquellos que han llegado a ser sacerdotes han bebido en ellas para preparar sus sermones, como de un manantial abundante.

Sus Cuaresmas, en París, en Nimes y en otras partes, tuvieron un auténtico éxito. El clero de Montauban ha conservado el recuerdo de sus hermosos retiros eclesiásticos y de sus conferencias prácticas, siempre llenas de ingenio, de finura y de acierto.

Hablemos de lo más íntimo. Nosotros, los antiguos alumnos, no podremos perder de vista el recuerdo de las exhortaciones improvisadas, aquellos momentos sublimes de inspiración repentina de las que hemos sido felices testigos. ¿Quién puede olvidar aquella noche de Navidad en la que el Padre, sosteniendo la Hostia sobre el copón en el momento de la Comunión, nos habló de repente, con una voz temblorosa de emoción, de la presencia real? Su rostro iluminado, su actitud, su mirada, el tono de sus palabras, todo era sobrenatural; era un éxtasis. Pensar en ello, es volver a experimentar aquella suavidad que nos invadió a todos en aquel augusto momento.

Hablemos aquí de un cumplido que dirigió a Monseñor Cart, obispo de Nimes, el día de una primera Comunión. Nunca he podido atravesar el umbral del santuario de nuestra querida Asunción, incluso después de largos años, sin pensar en aquel delicioso incidente.

El obispo, llevado en procesión, llegó mitra puesta y báculo en mano a la entrada de la capilla. El Padre d'Alzon le leyó el cumplido, que contenía estas palabras:

"Es usted el único, Monseñor, por quien hayamos podido consentir en privarnos de la felicidad de distribuir la primera Comunión a nuestros niños. Le hemos pedido que presida esta santa ceremonia; y deseamos darle las gracias diciéndole que el sacrificio que hacemos se convierte en gozo, para nuestro corazón, porque es por Su Excelencia por quien nos privamos de ese gran consuelo".

El obispo, inclinándose ante su Vicario general, respondió con gracia infinita: "Mi querido abate d'Alzon, no tengo más que consultar a mi propio corazón para comprender el sacrificio del vuestro y para apreciar la generosidad de vuestro acto al invitarme a dar la primera Comunión a vuestros niños. Sin embargo, está bien así; nada sale de la familia. Sucede a menudo que el día de la fiesta de un padre, éste renuncia a sus derechos y toma a sus hijos de la mano para ir a pedir al abuelo que les dé una caricia y una bendición. Si usted es el padre, yo soy el abuelo aquí; en su nombre y a petición suya, vengo a dispensar las gracias y los favores que usted mismo hubiera podido distribuir. Estos queridos niños nos verán a usted y a mí en el altar durante la ceremonia; saben que nuestros dos corazones no forman más que uno y que lo que uno dé el otro ayudará a darlo".

Dios sabe que estos viejos recuerdos de hace cuarenta años están frescos aún en mi memoria y su aroma no ha perdido la suavidad del primer día.

El verdadero sacerdote es director de almas. La experiencia prueba que un excelente director de conciencia de hombres, de soldados, de marinos no es siempre un buen director de mujeres, de muchachas y sobre todo de religiosas. El Padre d'Alzon era sin embargo una cosa y otra. Su dirección tenía esta particularidad: era rotunda y al mismo tiempo muy precisa. Era original pero práctico. Sus decisiones eran seguras y motivadas. Profundamente versado en la ciencia de la vida espiritual, familiarizado con los escritos de los grandes místicos, era muy buscado por las almas a quienes Dios llamaba a una más alta perfección. Los hombres, las mujeres, los niños, todos querían tenerlo como confesor.

En el colegio de la Asunción, donde había varios sacerdotes entre los profesores y se garantizaba a los alumnos la más absoluta libertad, a él era a quien buscaban preferentemente. Era realmente padre y juez; su acción sobre las almas tenía algo de prodigioso. Este hombre tan vivo, tan rápido en sus movimientos, tan cortante, tan masculino en sus ademanes, estaba sin embargo dotado de una unción que penetraba con fuerza y se expandía en el alma como aceite de suave olor.

Sabremos un día hasta qué grado de perfección habrá hecho elevarse a Huet, aquel conductor de diligencia a quien se sentía orgulloso de llamar su amigo y cuyos actos de caridad, de abnegación y de penitencia ilustrarían la vida de un santo canonizado.

La ciencia no era descuidada por el Padre d'Alzon. Estudiaba siempre, a los Padres de la Iglesia sobre todo. Era canonista y se mantenía al corriente de los trabajos de las Congregaciones romanas. Las cuestiones modernas le interesaban vivamente; ningún hombre ha comprendido mejor a su tiempo, ni ha conocido mejor a sus contemporáneos en todos los niveles de la sociedad. Leía mucho a los autores ingleses a quienes valoraba con precisión. Los clásicos le resultaban familiares. Le hemos visto a menudo deleitarse con la lectura de Cicerón, del viejo Séneca, de Salustio y de los poetas. Poseía, para este estudio, una colección de elzeviro de la que estaba muy orgulloso.

No hemos escuchado nunca nada comparable a su curso de historia eclesiástica, que daba los jueves a los alumnos más avanzados. Sus visiones amplias, sus juicios seguros, la claridad de sus narraciones, el orden cronológico de los hechos, la exactitud y la inmensa variedad de las citas, todo denotaba al sabio y al profesor completo. Tenía, como Bossuet, hermosas apreciaciones de conjunto, pero cuando bajaba a los detalles, el interés de los oyentes era intenso y la hora del final de la clase llegaba siempre demasiado pronto, a nuestro parecer.

El religioso santo

Henos aquí ahora en presencia del religioso. El Padre d'Alzon era un hombre de regla, de mortificación y de espíritu interior.

Debería guardar silencio aquí y dejar hablar a sus hijos que le han conocido íntimamente en la vida religiosa. Sólo ellos pueden contarnos las cosas de su interior que acabaron de perfeccionar a nuestro Padre. Diré sin embargo lo poco que sé y que se armoniza bien con nuestro tema.

Su puntualidad era proverbial: no le gustaba esperar, le horrorizaba hacer esperar; iba por la calle con el reloj en la mano para no retrasarse.

La constitución de la Iglesia le maravillaba. Nos decía un día durante un paseo:

"La Iglesia está compuesta por monarquía, aristocracia y democracia admirablemente combinadas. En una Congregación religiosa, es bueno que haya una aristocracia que se renueve mediante la democracia. Es la única manera de mantener las tradiciones, de dar el tono suscitando una emulación que en nada dañe a la humildad. La regla ha de ser absolutamente la misma para todos; no debemos aceptar a ningún precio situación alguna que signifique privilegios, dispensas, mitigaciones para siempre; motivadas, no por razones de salud u otras, sino concedidas para recompensar un trabajo o algunos éxitos que sólo Dios debe recompensar algún día".

Su mortificación, lo sabemos, era extrema. Pudo haberse contentado con los sufrimientos crónicos que le causaban sus retorcionones estomacales. Dormía pese a todo en un jergón de paja molida, duro como una tabla, en una habitación sencillamente pintada con cal. Se daba disciplinas hasta sangrar; utilizaba un cilicio que las Carmelitas habían trenzado para él, a petición suya, y que hemos visto ensangrentado; usaba cadenas de hierro con puntas de acero. Dejádme

deciros con toda sencillez que una vez me regaló, para gran sorpresa mía, una de esas cadenas, enrollada en una hermosa cajita, como aguinaldo de año nuevo en 1849.

Otros hablarán de sus peregrinaciones a Rochefort, realizadas incluso descalzo, y de sus frecuentes retiros en la Cartuja de Valbonne. Pero lo que otros no saben probablemente es que subiendo un día la colina de Rochefort, nos confió que sus pies estaban sangrando. Llegó a pesar de todo al Santuario y celebró la misa; pero casi se desvaneció al bajar del altar. El excelente Padre Séon, por entonces superior de los maristas, adivinó la causa de sus sufrimientos y le obligó, no sin resistencias, a aceptar un par de zapatos de lona. Cuando se descalzó, cosa que quiso hacer sin ser visto más que de nosotros que le asistíamos, hubiérase dicho que tenía sus pies a remojo en sangre.

Haré bien, me parece, en contar otro hecho, porque los hechos, aunque sean de carácter familiar, hablan mejor y más alto que las palabras más elocuentes.

Un día salimos de Nimes hacia Rochefort con algunos profesores, bajo la guía del Padre d'Alzon. Yo era el único alumno presente. Tras una larga marcha, llegamos al albergue de Lafoux bastante tarde en la noche y nos encontramos con que no había bastantes camas para todos. Finalmente pudimos arreglarnos; el Padre dijo que me llevaba consigo a su habitación. Al entrar no vimos más que una cama.

- Espera un momento, dijo el Padre, y déjame hacer.

Arrastró la alfombra hasta la otra extremidad de la habitación, echó allí un cojín que había en un viejo sillón del cuarto y luego extendió una manta; yo miraba en silencio pensando, como es natural, que aquello iba a ser mi cama. El Padre dijo entonces:

- Tú vas a dormir en la cama; yo me acostaré aquí; date prisa y buenas noches.

- De ninguna manera, Padre, no aceptaré un arreglo semejante.

- Lo tomas o lo dejas, dijo, yo no cambiaré de idea. Pero si no estás contento, te abro la puerta y te vas a dormir al pasillo. Eso es todo. ¿Está claro?

Hube de someterme. Se echó en el suelo, pese a la fatiga de la larga caminata a pie.

Su espíritu de oración era maravilloso. Sé por él, en una conversación de padre a hijo, que le resultaba fácil aislarse y poder orar y meditar en medio de una multitud, pese al ruido. ¡Cuántas veces le sorprendí con la cara inflamada, después de la santa misa, cuando se detenía en Montpellier para estar a solas con el Santísimo en la capilla que yo atendía por entonces! En tales ocasiones yo le servía de acólito; le agradaba, decía, para poder estar a gusto hablando con Dios.

Veía a Dios en todas partes; nada le motivaba tanto como el deseo de hacer la voluntad de Dios: era su potente y único motor; de ahí su absoluto desprendimiento. Decía al cardenal Mermillod que, cuando era joven, quería entrar en su Congregación:

- No, quédese donde está, allí hará mucho bien. Además, algún día será obispo de Ginebra.

Salía una vez de la catedral de Nimes; un pobre le pidió una limosna; no tenía dinero a mano; tornó a la sacristía, se quitó la camisa de fino lino y al salir la dejó entre las manos del pobre. Este hecho no es único: acciones como ésta o semejantes son innumerables en su vida.

Podemos afirmar sin temor que si el Papa le hubiera dicho: "Renuncie a su Congregación, cambie sus planes y modifique sus ideas", no habría dudado un instante en obedecer. Y mi convicción absoluta respecto de los Agustinos de la Asunción, hoy florecientes, es que una sola palabra del Papa les haría abandonar sus empresas, sus proyectos, sus obras, todo. Ése es el talante de la Asunción: servir a Dios y a la Iglesia como Dios y la Iglesia quieren ser servidos y no de otra manera.

Al santificarse, el Padre d'Alzon entraba por el camino de los grandes santos. Ahora bien, en la vida de las almas de élite que han dejado huella en la tierra encontramos un triple carácter, a saber, una etapa de luchas, un período de impopularidad y una época de triunfo.

1º Manuel conoció la lucha muy pronto. Pocos corazones han estado sometidos a más torturas que el suyo. Ha de luchar primero con su padre y su madre a quienes ama tiernamente, tan tiernamente que parece ceder un instante; pero la llamada de lo alto es más fuerte que todo y sale victorioso. Es conocida su partida a Montpellier, luego a Roma. Su

madre escribía al abate Vernières: "¡Ah, usted no sabe lo que supone la pérdida de este hijo querido! ¡El vacío y la noche nos rodean desde que él nos dejó!".

En Roma encuentra también el sufrimiento; allí se topa primero con envidias y luego con ciertas desconfianzas a causa de su estrecha relación con el abate Lamennais.

Regresa ya sacerdote, los obispos se lo disputan. Se establece finalmente en Nimes, donde Monseñor de Chaffoy le hace su Vicario general, no sin suscitar vivos clamores de ciertos miembros del clero.

Pasemos rápidamente los años. Su familia vive en la diócesis de Montpellier; él solicita del obispo diocesano, Monseñor Thibault, la facultad de oír confesiones allí; pero Monseñor Thibault ha sido prevenido contra él por una tenebrosa intriga; los poderes le son denegados. Me acordaré siempre de la tristeza del Padre cuando le vi después de la muerte de su madre. Con lágrimas en los ojos me dijo:

- Hijo mío, mi madre murió en mis brazos y no tuve el consuelo de poder darle una última absolución. El abate Berthomieu, nuestro viejo amigo, estaba allí; yo no tengo poderes.

Otras luchas que entristecieron un corazón tan bueno entran en otra etapa, la de la impopularidad.

2º Decían: "Es un original, un excéntrico, un pródigo, un extravagante». Los enemigos han dicho eso y más de un amigo lo ha repetido, pero sin la misma mordacidad.

Otros decían: "¡Qué pena! ¡Estaba tan hermoso con su sotana, su alzacuello y su fajín! ¿Cómo ha podido resignarse a tomar ese capuchón tan feo? ¡Qué magnífico obispo habría sido!".

El Padre sabía todo eso, escuchaba mucho, pero no por eso dejaba de seguir adelante a toda vela.

Monseñor Plantier, un momento influido por malos espíritus, le decía secamente tras la muerte del vizconde d'Alzon:

- Ahora que su padre ha muerto, pienso que no seguiré de Vicario general.

Apresurémonos a decir que Monseñor Plantier reconoció pronto que había cedido a un momento de impresión desfavorable; hasta su muerte, siguió siendo amigo sincero del Padre, quien por otra parte le rindió eminentes servicios, sobre todo el de hacerle abandonar el galicanismo.

Un día, en Roma, encontrándose solo con Pío IX, vio sobre la mesa del Papa una fotografía de Monseñor Pie, de Poitiers. Tenía el retrato de Monseñor Plantier en su Breviario; le pidió al Papa que lo aceptara y lo pusiera junto al de Monseñor Pie. Pío IX sonrió diciendo:

- ¡Pero si es un galicano!

- Es cierto, dijo el Padre, pero le vendrá bien estar en esta compañía bajo vuestra mirada.

El Papa aceptó.

Hay que señalar como un hecho que relato, pero sin juzgar las motivaciones, que tras la muerte de Monseñor Plantier, el Padre d'Alzon fue apartado por el Capítulo, que eligió como Vicarios capitulares precisamente a aquellos que no compartían las ideas del antiguo Vicario general.

He aquí otro tipo de prueba que os toca de más cerca, queridos Padres y Hermanos míos, y que les comunico muy a gusto.

Cuando una asociación está formándose, no es de extrañar que haya entradas y salidas entre los candidatos que se presentan. El Padre d'Alzon había puesto sus ojos en dos de sus alumnos, muy diferentes el uno del otro, a quienes quería mucho y de los que quería hacer sus colaboradores. Sus esperanzas quedaron frustradas: uno llegó a obispo, el otro nunca ha sido gran cosa, pero la gracia de Dios le ha mantenido en una cierta línea en que ha intentado hacer un poco de bien. Estos dos alumnos fueron los primeros en conocer los proyectos del Padre d'Alzon. Aquí aparece la mano de Dios: el Padre había hecho su elección pero Dios había hecho una mejor. Sin saberlo, los dos elegidos del Padre empujaron hacia él al que Dios quería y que se llamaba François Picard. Ni el que es obispo, ilustre por más de un título, ni el otro, pese a todos los dones que se le quieran conceder, estaban hechos para tomar en la Congregación la posición que el Padre Picard ocupa en ella con tanta sabiduría y tanta energía. Cuando Dios, cuyos caminos son admirables, quiere perpetuar una obra, sabe hacer que a un hombre notable suceda otro hombre que complete al primero. El Padre d'Alzon y el Padre Picard se completan maravillosamente. El primero, lleno de audacia, de fuego y de impetuosidad, corriendo rápidamente de un sitio a otro, creando y enseguida pasando a otra cosa, era realmente el hombre que se necesitaba para poner todo en movimiento y para abrir camino. Después de él, el timón ha sido tomado por una mano enérgica guiada por un espíritu tranquilo, positivo, hábil en la administración. En el primero como en el segundo brillan el mismo espíritu de fe, el ardor del mismo celo, el amor a la Iglesia; pero mientras el uno expandía

todo su fuego hacia fuera con erupciones espléndidas y majestuosas, el otro sabe contener la ebullición de su alma y gobierna, no a la aventura, sino como el navegante reflexivo que mira primero al cielo y luego fija la mirada en la aguja de la brújula, mantiene firmemente, en la dirección que se ha trazado, la nave que le lleva a él y a los suyos.

Se decía en tiempos del Padre d'Alzon, pero ¡cuán sin razón!, que siendo un hombre tan superior parecía imposible sustituirle: "Cuando se muera, todo se vendrá abajo". Bajo el gobierno del Padre Picard, se dice: "A los Asuncionistas, todo cuanto emprenden les sale bien".

Se criticaba mucho a nuestro Padre por sus extraordinarios dispendios. Sin duda, hay que alabar a quienes tienen la sabiduría de la economía. El Padre d'Alzon iba adelante, sin calcular, es cierto; pero no fue para sí mismo, sino para los demás, por lo que se arruinó más de una vez.

El doctor Combal le decía un día:

- Si continúa usted así, destruirá su salud, como si despilfarrara su capital.
- Oh, si es por eso, respondió sonriente, ya he arruinado más de uno.

El Evangelio trae una palabra notable del divino Maestro: "Los hijos de este mundo son más sagaces en su generación que los hijos de la luz". Sin duda, el divino Maestro quiere decir que los hijos de la luz deberían tener en los negocios la prudencia de las gentes del mundo. Sin embargo, no deja de ser cierto también, como marca característica de los hijos de la luz, que les falta muy a menudo esa prudencia deseable y que la ausencia de esta cualidad no les impide sin embargo seguir siendo verdaderos hijos de la luz.

Dejémoslo aquí, sin hablar de ciertos sufrimientos que entristecieron el final de la vida de nuestro Padre y que le llegaron de parte de aquéllos o aquéllas a quienes había mostrado tanta entrega, en quienes había depositado tanta confianza para luego quedar defraudado. Nada habrá faltado a sus sufrimientos morales. Hizo de su cuerpo y de su espíritu un sacrificio viviente.

3º ¡El triunfo! No lo disfrutó. Lo había previsto y anunciado: "Después de mi muerte, había dicho, las obras se desarrollarán".

En su ocaso, pudo a través de espesas tinieblas entrever las primeras luces de la victoria. Su muerte fue un triunfo. Cuando Agustín moría en Hipona, los Vándalos se detuvieron para no asediar la ciudad antes de que hubiera exhalado el último suspiro. Así, los modernos Vándalos hubieron de suspender su obra de expulsión para dejar morir en paz a este ilustre discípulo de Agustín.

Aquella habitación de la Asunción, tan conocida, donde murió y donde he celebrado la misa con tanta emoción, se ha convertido en un santuario muy querido para todos sus hijos. Entremos en él con el pensamiento, para escuchar allí con respeto sus últimas palabras. Son sagradas para nosotros; no perdamos nada de ellas y repitémoslas una y otra vez.

"Sólo quiero la voluntad de Dios". - "Sólo deseo el cielo". - "Mis queridos Hermanos, ya sabéis que después de Dios y de la Santísima Virgen, sois lo que más he amado en el mundo". - "Vamos a separarnos... Sumisión a la voluntad de Dios... Él es el Dueño". - "Hay muchos otros buenos religiosos que no están aquí; mi corazón los abraza a todos". - "Soy yo quien debiera ponerme de rodillas y pedirlos a todos perdón". - "Voy a partir, pero mi corazón estará con vosotros". - "(Os ayudaré)... cuanto pueda". - "Sed buenos religiosos".

Murió y su triunfo comenzó de inmediato. Sus funerales fueron espléndidos, no por la pompa, sino por la concurrencia inmensa y espontánea de todos los estratos de la población.

Monseñor Besson, obispo de Nimes, dirigió a su clero una carta pastoral, auténtico panegírico, obra maestra cuya elocuencia, interés y nobleza de sentimientos nadie sobrepasará.

Monseñor de la Bouillerie escribía: "Era un gran católico, un gran religioso y uno de los hombres que más honor han dado a la Iglesia en la última mitad de nuestro siglo. Ha dejado a la Congregación que fundó la tradición de una virtud sólida, de un espíritu elevado, de un carácter firme e inaccesible a cualquier componenda del mundo, de una entrega sin límites a la Sede Apostólica".

Monseñor Vitte, a su vez, aportaba este testimonio: "Sí, era un valiente soldado, un fuerte entre los fuertes de Israel. Su alma había seducido a la mía".

Monseñor Mermillod: "La Iglesia pierde a un valiente y fiel servidor".

El obispo de Rodez decía: "Le trataban de imprudente, de apasionado, de hombre capaz de perderlo todo, y es él por el contrario quien lo ha ganado todo".

El obispo de Anthédon llamaba al Padre d'Alzon, "ese sacerdote tan eminente, tan dotado, tan generoso, tan valiente, tan prendado de la gloria de Dios, tan celoso de sus derechos, tan apasionado por su Reino".

Monseñor Besson le aplica aquella palabra de Bossuet: "La sombra del Padre d'Alzon podrá aún ganar batallas".

Pío IX tenía la costumbre de decir: "d'Alzon es nuestro amigo".

¿Qué más se puede desear tras estos testimonios de un gran Papa y del episcopado? Es la Iglesia quien nos habla para decirnos lo que valía nuestro Padre. ¿No hay ahí un gran triunfo?

Mirad a vuestro alrededor: ¡qué espectáculo esos maravillosos progresos de una Congregación tan pequeña y tan débil en sus comienzos! ¡Cuántas obras magníficas irradian de ese centro que es la tumba de la Asunción en Nimes, donde reposan ahora los restos venerados de nuestro Patriarca!

Vuestro éxito, Hermanos míos, se debe primero a la gracia de Dios, y después, sobre todo a lo que yo llamaría, explicándome, vuestra política decidida, franca y determinada. Sabéis lo que queréis y adónde pretendéis llegar y vais adelante con confianza. El mundo conoce vuestras pretensiones; las ve claramente, porque no las escondéis; os mira asombrado.

El programa que seguís con perseverancia está contenido en esta preciosa nota que conocéis, escrita del puño y letra de vuestro fundador en 1877, literalmente reiterada luego por él mismo el primero de junio de 1879, y legada a su sucesor. Hela aquí:

"Recuerdo la divisa de la Asunción: *Adveniat Regnum Tuum*.

1° Trabajar en la restauración de la enseñanza superior cristiana sobre los principios de san Agustín y de santo Tomás.

2° Combatir a los enemigos de la Iglesia encuadrados en las sociedades secretas, bajo la bandera de la Revolución.

3° Luchar por la unidad de la Iglesia entregándome a la extinción del Cisma.

Para mí, en adelante, todo está ahí".

Para vosotros, Padres y Hermanos, todo está ahí.

Considerad atentamente la marcha de la Congregación. Sigue exactamente este orden del día de su jefe.

Vuestros estudios continúan según el plan trazado, y se da la circunstancia de que coincide con el de León XIII. Ninguna rama de las ciencias sagradas y de las ciencias auxiliares es descuidada por vosotros; lo abrazáis todo con éxito asegurado.

Contra las sociedades secretas y las sectas hostiles a la Iglesia y a la sociedad tenéis, manejada por hombres hábiles, el arma poderosa de la prensa; y Dios ha bendecido esta obra de una manera extraordinaria más allá de toda esperanza.

Contra el espíritu de cisma, tenéis obras grandiosas, tales como las peregrinaciones a Lourdes, a Roma, a Jerusalén, que despiertan el entusiasmo católico y obligan a las multitudes a reconocer la grandeza y la majestad de la Iglesia romana.

En una palabra, vuestros proyectos se tornan acontecimientos; los pueblos los observan con admiración. El mundo se ha puesto en marcha para seguiros cuando se auguraba que fracasaríais.

Sois los depositarios de una rica herencia: sed fieles a vuestro Padre.

A él le aplicaremos, para terminar, aquellas hermosas palabras del primer libro de los Reyes: "*Me suscitaré, dice el Señor, un sacerdote fiel que actuará según mi corazón y mi pensamiento. Construiré para él una casa fiel; caminará todos los días de su vida ante la faz de mi Cristo*". (1 Reyes 2, 35).

He ahí el retrato de Manuel d'Alzon; un sacerdote realmente suscitado por Dios, que ha buscado en todo la voluntad de Dios; para quien Dios, a cambio, ha construido una casa, una familia, cuyos miembros elegidos sois vosotros.

Que él obtenga para sus hijos, que le aman y veneran en la tierra, la gracia de caminar, como él, sin desviarse jamás, ante la faz de su Cristo, el único Maestro y Señor, que será nuestra recompensa eterna. Así sea.

El Padre Pernet

Las Hermanitas de la Asunción me han escrito para pedirme que consigne para ellas algunos recuerdos de su venerado fundador. Lo haré con gusto a medida que el pasado se vaya presentando a mi memoria.

Lo haré para la edificación de las hijas de este admirable Padre, y también como testimonio de agradecimiento a la memoria de quien ha sido mi maestro y mi amigo.

Claude Etienne Pernet llegó al colegio de la Asunción de Nimes en 1847: tenía veintitrés años. Yo era entonces alumno de la primera sección, llamada de los mayores, de cuya vigilancia quedó encargado el señor Pernet. He recordado en otro sitio, en una carta al Padre Hippolyte, cómo el nuevo vigilante fue apreciado de todos nosotros y desde el primer momento¹.

Su exterior simpático, el timbre mismo de su voz tan dulce, su timidez encantadora y luego poco a poco el conocimiento de su buen corazón, todo en él atraía nuestro más vivo afecto.

Evitábamos causarle la más mínima pena, lo que por parte de los alumnos respecto de un vigilante es algo sencillamente heroico. Nos esforzábamos incluso por hacer que se sintiera a gusto, por facilitarle el desempeño de su cargo.

Se daba cuenta de ello, aprovechaba todas las oportunidades para hacernos comprender con delicadeza, cuánto apreciaba nuestras maneras para con él.

Me parece estar asistiendo a la presentación del señor Pernet. Fue durante el recreo del almuerzo, mientras estábamos en filas, cuando nos lo presentó el Padre d'Alzon.

Llevaba sombrero de copa, levita marrón oscuro. Tenía barba y pelo largo. También tenía una tabaquera y esnifaba mucho tabaco, costumbre que dejó más tarde.

Le llamábamos *Fantasma* (*Fantôme*). ¿Por qué? He de rectificar aquí una leve inexactitud del Padre Picard en su alocución a las Hermanitas, reproducida en los *Souvenirs*. He aquí en qué circunstancia le pusimos el nombre de *Fantasma*.

Poco tiempo después de su llegada al colegio el señor Pernet desapareció de repente.

- ¿Dónde está?, preguntaban los alumnos.

Alguien respondió:

- En la enfermería, enfermo.

- Enfermo, ¿de qué?

Silencio. Eso nos intrigó y picó nuestra curiosidad. Tuvimos la idea de preguntar al médico a su paso hacia la enfermería. Nos dijo la verdad. El señor Pernet estaba seriamente enfermo de fiebre tifoidea. Estaba aislado, nadie debía acercársele.

Finalmente un día, tras dos meses de ausencia, reapareció en el patio del gimnasio, bien arropado en un abrigo. Era su primera salida. Parecía un espectro. Cara pálida, descarnada, con los ojos hundidos. Ya no era él.

- ¡Es un fantasma!, exclamó Edgard de Balincourt.

Era la palabra justa; ha quedado hasta el día de hoy entre los antiguos.

Se notó inmediatamente que una amistad estrecha se establecía entre Esteban Pernet e Hippolyte Saugrain, dos hombres de un temple de carácter tan distinto, pero de un corazón igualmente tierno y generoso. Iban a ser la alegría del Padre d'Alzon, la gloria y el honor de la familia asuncionista.

Estos dos maestros amados se habían comprendido. Su amistad en Dios y para Dios no ha sido rota por la muerte.

Un día, mirando hacia arriba, hacia el cielo, veremos en la hermosa constelación de la Asunción dos estrellas cercanas brillando con el mismo resplandor en el conjunto de todos estos astros; y quienes vivan dirán: "He ahí dos almas, unidas en la tierra, que no se han separado en la gloria".

¹ Esta carta ha sido publicada en el n° 391 de los *Souvenirs* con fecha del 17 de junio de 1899. Extraemos aquí los rasgos particulares que no están en esa *Anécdota*.

"Su timidez natural (del Padre Pernet) no le impedía tener los ojos abiertos. Nos conocía a fondo, porque estudiaba nuestro carácter, nuestro humor, nuestras pasiones. Sabía, en un momento dado, decir palabras cortas, enérgicas, que iban derecho al blanco. Era observador sin parecerlo; sus comentarios a menudo llenos de finura, sobre distintos temas, probaban que si un día lograba romper la envoltura de su timidez, se volvería un hombre de acción y de heroísmo sin perder nada de la admirable suavidad de su carácter. Ese día llegó: el Padre Pernet y el señor Pernet eran el mismo hombre, pero ¡qué maravillosa transformación había hecho del humilde vigilante del colegio el santo fundador de las Hermanitas de la Asunción! ¡Qué espíritu sobrenatural guió todos sus pasos! ¡Qué amplitud de miras! ¡Qué sabiduría de gobierno, habilidad de organización, previsión, paciencia en los sufrimientos! Pero lo que más asombra es ¡la energía indomable en la persecución de la meta! Si el Padre d'Alzon no hubiera trabajado toda su vida más que para dar a la Iglesia de Jesucristo un Pernet, esa vida hubiera estado bien llena. Porque, ¡mirad las obras de ese gran religioso! Leed los informes anuales sobre el bien realizado por las Hermanitas de la Asunción: ¡qué maravillas!, ¡qué milagros!, ¡qué rica cosecha de almas! Es una siega periódica cada vez mayor que los ángeles recolectan para el cielo. Esperemos tener algún día, junto con la vida del Padre d'Alzon, la de su ilustre hijo y discípulo, el Padre Esteban Pernet. Los religiosos de la Asunción le deben al mundo esos dos libros, que darán a conocer a dos grandes almas, cuya única pasión fue el Reino de Jesucristo...".

H.-D. G.

¿Debo contar un rasgo no carente de sabor?

He dicho que el Padre Pernet era muy tímido. Un día de paseo largo, en el bosque de *Campagne*, habíamos almorzado sobre la hierba. El calor era insoportable; habíamos bebido, más que de costumbre, vino blanco muy poco rebajado con agua. Además habíamos cometido la imprudencia de comer gran cantidad de esos cebollines salvajes que crecen en el campo. El vino blanco y los cebollines, con la ayuda de los rayos solares, nos traicionaron: estábamos todos en un estado parecido a la borrachera.

Bailábamos, cantábamos, aullábamos. Nunca una granja de animales diversos ha producido semejante bulla.

El vigilante, asustado, da la señal de partir. Respondemos con gruñidos, con los gritos más disparatados; todo el mundo patea, da saltos, pero las filas no se forman.

He de confesar que yo me entregaba en cuerpo y alma al desorden. Pido permiso al Reverendo Padre Picard, con el más profundo respeto, para recordarle que él también estaba allí... y no digo más.

El pobre Esteban Pernet, pálido, descompuesto, se acerca a mí, me toma por el brazo y me dice:

- ¡Henri, tú también! Esto es un motín, una revuelta; ¡no quieren obedecerme!

- No se preocupe, señor Pernet, nos divertimos, nada más; cante como nosotros...

Vi entonces que el vigilante estaba muy afectado. Pronto hicimos circular esta sencilla consigna:

- Basta, el señor Pernet está muy apenado.

El orden se restableció inmediatamente; el regreso al colegio se efectuó con la mayor calma.

He aquí otra historia, que podrá interesar al mismo tiempo que edificar; es algo más larga de contar.

Un día de septiembre de 1849, durante las vacaciones, debíamos salir a pie el señor Pernet y yo para hacer una peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, a unos 40 kilómetros de distancia, entre Nimes y Aviñón.

¿Seré culpable de indiscreción o de falta de delicadeza dando ciertos detalles íntimos, cuya revelación me temo que no aprobará todo el mundo? Los considero necesarios, sin embargo, para la claridad del tema.

A partir de 1845, el Padre d'Alzon me había confiado su designio de fundar una Orden religiosa. En 1849, sabía yo del proyecto probablemente más que el señor Pernet. Era yo en cierto modo novicio, sometido a obediencia y a ciertas reglas y prácticas que llamaré *conventuales*. A causa de ello, Esteban Pernet mantenía hacia mí, en la vida privada, modales casi de respeto. A tal punto que había puesto como condición para nuestra peregrinación colocarse bajo mi absoluta obediencia. Fue dicho en serio, en serio fue tomado.

Lo confieso: la propuesta fue aceptada sin la menor objeción. Analizando mis sentimientos de entonces, llego a la conclusión siguiente: teniendo que practicar yo mismo la obediencia al Padre d'Alzon, debí saborear la idea de verme yo mismo, por un tiempo, siendo un poco el superior de otro.

Por desgracia, el día señalado para la partida estaba yo en Cette; perdí el tren que debía tomar y llegué a Nimes por la noche muy tarde.

En el colegio supe que mi compañero, tras una larga espera, había marchar solo. ¿Qué hacer? Todos insistían para que no me pusiera en camino. Me fui pese a todo, esperando que el peregrino, siguiendo la costumbre asuncionista, se habría detenido a dormir en el albergue de Lafoux.

¡Noche negra! Nada de luna, todo daba miedo; el camino parecía no tener fin.

He aquí la puerta del albergue. Llamo, me abren.

- ¿Ha llegado un viajero así y asá?

- Sí.

- ¿A qué hora ha dejado dicho que le despierten?

- A las tres.

- Bien, deme la habitación contigua a la suya; despiérteme a mí primero, y sobre todo no le diga que estoy aquí.

No faltaba mucho para las tres; me adormilé más o menos en un sillón. A las tres, en pie, espero la salida de mi amigo. Abre la puerta, yo hago lo mismo. Lanza un grito, y nos echamos en los brazos el uno del otro, como tras una ausencia de años.

¡Ah, el corazón de aquel querido maestro! ¡Si hubiérais visto aquella escena! ¡Estaba tan contento de aquella sorpresa tras haber perdido toda esperanza!

Finalmente, henos en ruta, en silencio y meditación. Él había traído un libro: en cuanto la claridad lo permitió, me leyó no sé cuántas páginas. ¡Dios mío, qué largo se me hacía el camino! ¡Con qué gusto me habría sentado sobre las piedras partidas y apiladas por los camineros, al borde de la carretera! Debíamos comulgar en el santuario y mi compañero se lanzaba hacia adelante sin piedad, sin ni siquiera moderar el paso.

Al pie de la santa montaña, el señor Pernet comenzó a descalzarse: quería subir descalzo. No podía más de cansancio; yo estaba tan molido como él. Yo no hubiera tenido fuerza ni energía para escalar el sendero pedregoso sin zapatos. Hice, pues, un acto de autoridad por el bien de mi compañero y por el mío propio. Le prohibí aquel acto de mortificación.

¿Sabe alguien el objetivo de aquella peregrinación? Nadie lo sabía en aquel momento, excepto el Padre d'Alzon que lo había autorizado, el señor Pernet y yo. Es probable que hasta hoy todo el mundo lo ignore y sólo lo sabrán por mí. Voy, pues, a revelarlo. Nuestra meta era pedir a Dios para Esteban Pernet, por intercesión de la Santísima Virgen, la gracia de la vocación religiosa en la Asunción, tal como el Padre d'Alzon pensaba fundarla.

En los misterios de la voluntad divina ¿no se remontaría también a esta peregrinación el origen de las Hermanitas?

¡Lástima que no hubiera habido una segunda intención por la perseverancia del segundo peregrino! ¡Qué no hubieran conseguido las oraciones de mi santo amigo!

En 1850, poco después de esta peregrinación, se firmó el acta tan importante mediante la cual Henri Brun, sacerdote, Víctor Cardenne, Hippolyte Saugrain y Esteban Pernet prometían seguir al Padre d'Alzon. Además, se comprometían a adoptar las futuras Constituciones de la Congregación desde el momento en que fueran aprobadas por Roma.

Este documento memorable se puede leer en el primer número de los *Souvenirs*.

Aquí dejo el relato de nuestro viaje. Tiene una continuación, una larga continuación, rica en incidentes y aventuras. Para decidirme a publicar lo que queda necesitaré mucha calma, gran fuerza de voluntad y, más que nada, una especie de abnegación, que llegará tal vez. Esperemos.

El Crucifijo

De vuelta de la peregrinación a Nuestra Señora de Rochefort, en septiembre de 1849, Esteban Pernet quiso pasar por Aviñón, para contemplar el famoso crucifijo de marfil de Jean Guillermin.

En aquel tiempo la obra maestra estaba guardada en la capilla del hospital; hoy está en el museo de la ciudad.

Es sabido que la cara del Salvador crucificado es sobre todo notable por dos expresiones que se armonizan en él, pero permanecen diferenciadas: la resignación y el dolor. En eso consiste el gran mérito de esta maravilla, obra de un genio iluminado por la fe.

Al verlo, Esteban Pernet pareció embargado por una impresión repentina y profunda. Se quedó silencioso, absorto en la contemplación. Su mirada estaba fija en la imagen sagrada; sus labios temblorosos parecían esforzarse por articular una oración.

De repente empezó a sollozar; luego, besando los pies del crucifijo que vi mojados de lágrimas, cayó de rodillas. Entonces, sin poder contener la emoción que desbordaba de su corazón, exclamó:

- ¡Así!, ¡así es como lo he visto en la meditación...!, ¡así es como me lo he representado siempre...!, este marfil respira y me habla... ¡Dios mío!, ¡qué hermoso eres en ese estado de sufrimientos aceptados por nosotros!

Este acto de fe espontáneo me emocionó hasta el fondo del alma, se comprenderá.

La religiosa que nos enseñaba el crucifijo lloraba, e inclinándose hacia mí me dijo:

- Este señor debe ser un santo, ¡mire cómo ama a Nuestro Señor!

El sentido común del Padre Pernet

El Padre d'Alzon dijo una palabra que me parece caracterizar tan bien la rectitud del Padre Pernet que la voy a citar como exordio de este "recuerdo".

Hela aquí: "Hay que reconocer de entrada este primer rasgo de nuestro Instituto: la sencillez de medios. Dicen que la cosa más rara del mundo es el sentido común. ¿Será una paradoja afirmar que en el mundo católico, la cosa más rara, es el sentido común católico? Por eso tratamos de apropiárnoslo como un rasgo original".

He ahí lo que decía el maestro, veamos lo que ha hecho el discípulo.

El lenguaje del Padre d'Alzon está impregnado de un cierto orgullo que encanta. Encontramos en él ese aire digno e independiente del cristiano que quiere servir a Dios como Dios quiere ser servido: con franqueza, sencillez y generosidad.

Esteban Pernet, laico, sacerdote, religioso, ha sido siempre el hombre del sentido común, enérgico, sencillo en sus ademanes, en sus palabras, en los medios que ha elegido para dirigir sus maravillosas empresas. Poseía a la perfección

el espíritu de la Asunción; aquel espíritu, como una savia fecunda, dirigido por "el sentido común católico" ha producido en la Iglesia este árbol vigoroso, cuyas ramas espesas abrigan, en el frescor y en la paz, a tantos pajarillos de Dios que ignoraban las dulces alegrías del alma antes de ser recogidos y cuidados por una Hermanita de la Asunción. Escuchad un rasgo del sentido común, recto y práctico del Padre Pernet. Hablará más fuerte y más alto que cualquier reflexión caída de una pluma.

Esteban Pernet e Hippolyte Saugrain, aquellos dos hermanos, ligados por un afecto emocionante, eran ya sacerdotes cuando yo era capellán de la Providencia de Montpellier. Yo iba a menudo a Nimes, sin dejar nunca de pasar por el colegio.

Por aquel entonces la Congregación de los Agustinos de la Asunción se desarrollaba lentamente. Se presentaban postulantes, que entraban por una puerta y pronto salían por otra. Recuerdo bien la desolación del Padre d'Alzon ante los candidatos que le venían recomendados sobre todo por sacerdotes.

- Mira esto, decía el Padre, sus recomendaciones les salen del corazón, no de la cabeza. ¿No saben que el corazón es una lente que agranda las cualidades? Quieren ser serviciales por caridad, caridad mal entendida. Un canónigo me ha enviado a un joven que ha tenido un síncope de epilepsia a la segunda aparición en el coro. Un cura de pueblo me ha enviado a un tuerto. Seguro que me llega un cojo cualquier día. Y ahora acaba de llegarme un joven judío convertido, que me envía un venerable sacerdote afirmando que ha descubierto en este judío una auténtica vocación religiosa... pero no dice para qué Orden.

Vamos a hablar de este joven judío, pero frente al Padre Pernet.

Estábamos sentados una noche en el banco de piedra del patio del colegio el judío postulante, el Padre Pernet y yo. Durante la conversación, me pareció evidente que el Padre Pernet, con mucho tacto, trataba de sondear lo profundo del alma de su interlocutor. El judío se encontraba en un estado de entusiasmo que no parecía de buena ley. Hablaba alto, gesticulaba mucho, una auténtica Sibila en su escaño.

- Sí, gritaba, quiero entregarme a Dios, quiero ir a predicar la nueva ley a los idólatras... Quiero derramar mi sangre...

- No tan rápido, amigo mío, decía el Padre Pernet; antes de eso, si quieres ser religioso, y buen religioso, irás a pelar patatas a la cocina, lavar platos, barrer pasillos... Luego, quieres predicar la nueva ley ¿pero la conoces bien para enseñársela a los demás?... Habrá que estudiar...

- ¡Cómo!, respondía el hijo de Israel, ¿acaso no sé que Cristo ha venido, y no basta con anunciarlo?

Aquí el energúmeno (eso parecía) se llevó las dos manos a la cabeza diciendo:

- ¿No ve usted la sangre de Cristo que ha caído sobre mi cabeza?

- Amigo mío, le dijo el Padre Pernet con la mayor calma, no veo nada, excepto que empiezas a estar un poco calvo. Por otra parte, estás bautizado y la sangre de la misericordia ha borrado los restos de la sangre de la maldición. Dejemos ahí toda esa declamación y permíteme decirte que Jesucristo ha resumido en dos palabras el espíritu que deben tener sus verdaderos discípulos. Ha dicho: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas". Para un religioso, la prudencia consiste en obedecer... y la sencillez es el sentido común, el vulgar, verdadero y buen sentido común. No declames, habla una sencilla prosa, límpida, y sobre todo tranquila...

Resultó que el israelita no tenía vocación. La conversación fue larga. Yo no podía dejar de admirar a aquel Esteban Pernet que había visto llegar al colegio en 1847, entonces tímido, afable, simpático, es cierto, pero del que nada hacía sospechar los tesoros que se escondían bajo aquella timidez y aquella suavidad: tesoros de energía, de penetración, de acierto en sus apreciaciones, de juicio y de fortaleza de alma en los sufrimientos.

Confieso que durante la conversación con el judío, el Padre Pernet se me reveló con las cualidades maestras que yo no le conocía todavía, aunque ya tenía la más elevada idea de sus virtudes. ¿Pero quién me iba decir que allí estaba el futuro fundador de las Hermanitas de la Asunción?

Podría aún contar conversaciones algunas íntimas con mi venerable amigo, durante las cuales pude palpar la verdad de aquellas palabras del Padre d'Alzon: "No hay santo que se parezca enteramente a otro, y sin embargo todos se parecen a Jesucristo. ¡Fijaos en un apóstol! ¿Hay algo más oscuro y más inculto? Pero, abre la boca y ¡sentimos que la Palabra de Dios ha pasado por sus labios!".

Esteban Pernet me ha hablado a menudo desde la intimidad y *cada vez he sentido que la Palabra de Dios había pasado por sus labios.*

Proyectos de panegíricos

Me paseaba yo por la ribera con la fresca de la tarde, cuando me puse a componer un panegírico del querido Padre Pernet. He tomado como texto: *Justus qui ambulat in simplicitate, beatos post se filios (filias) derelinquet (El justo que camina en la integridad dejará tras de sí hijos (hijas) felices)*. (Proverbios 20, 7).

Cuando ya tuve este panegírico bien organizado en la mente, en el momento en que el sol emitía su rayo verde, pasé con toda naturalidad al panegírico del Padre Hippolyte. Hojeé la Biblia, en la medida en que podía hacerlo mentalmente, buscando un texto; tomé uno, luego otro; ninguno parecía resumir mis ideas. Quería *retratar* a mi Hippolyte en el vigor de su madurez, en el fulgor de su intrepidez. ¿Pero qué texto podía decir en pocas palabras todo lo que yo pensaba?

No era un versículo lo que yo necesitaba, sino un capítulo. Tomé un capítulo que me gustó: el 39 de Job. Éste es Hippolyte. Su solo nombre me llevó a Job. Hippolyte es el noble caballo de Job. Todos los rasgos del autor inspirado le convienen y se le aplican de maravilla. Ejemplos:

He visto a Hippolyte vigilante general, alta la cabeza, ojos llameantes, narices dilatadas, mirando de frente a los distraídos, a los perezosos, a los desobedientes: *gloria narium eius terror (terror infunde su relincho: Job 39, 12)*.

Le he visto impaciente e impetuoso, patear, dar órdenes audaces pero justas: *terram ungula fodit, exultat audacter (piafa escarbando con su pezuña, gozoso de su fuerza: Job 39, 21)*.

Le he oído, cuando de su corazón indignado salían palabras de fuego contra los enemigos de su Dios y de la Iglesia. Entonces le veíamos precipitarse hacia adelante, llevado por su ardiente entusiasmo: *fervens et fremens sorbet terram (enardecido y trepidante devora la distancia: Job 39, 24)*.

¡Escuchad! Da la orden de batalla, respira el olor a pólvora... nos arrastra tras de sí... nos enardece, grita *¡Adveniat Regnum Tuum! - Dicit: Vah! procul odoratur bellum... (oh, de lejos olfatea el combate...: Job 39, 25)*.

El hermoso corcel está ahora en reposo; pero su alma tiembla por no poder ya lanzarse al fuego... etc...etc...

¡Ah!, Padre Hippolyte, ¡ya te tengo!

Querido Padre y amigo, heme aquí contento de haber charlado contigo. Si he dicho tonterías, no te extrañará: ya has oído muchas de mi boca. Sabes muy bien que cuando te digo: "te quiero", no es una tontería, sino una verdad como el agua más cristalina.

Henri-Dieudonné Galeran